



EL APORTE MAPUCHE
WILLICHE A LA
IDENTIDAD DE
COCHRANE Y
CALETA TORTEL

LA OTRA HISTORIA



La otra historia



EL APORTE MAPUCHE WILliche
A LA IDENTIDAD DE COCHRANE Y
CALETA TORTEL

José Ancan Jara y Marisel Conejeros Painemal



**LA OTRA HISTORIA. EL APOORTE
MAPUCHE WILLICHE A LA IDENTIDAD
DE COCHRANE Y CALETA TORTEL**

Primera edición, junio 2021

Segunda impresión, mayo 2025

Ministra de las Culturas,
las Artes y el Patrimonio
Carolina Arredondo Marzán

Subsecretaria del Patrimonio Cultural
Carolina Pérez Dattari

Directora Servicio Nacional
del Patrimonio Cultural
Nélida Pozo Kudo

Subdirector Nacional de Pueblos Originarios
José Ancan Jara

Directora Regional de Aysén
Claudia Cantero Delgado

Sección Regional de Aysén
Subdirección Nacional de Pueblos Originarios
Sergio Sánchez Vásquez
Pamela Ruíz Antiñirre

Desarrollo de contenidos
Marisel Conejeros Painemal
José Ancan Jara

Edición
Danay Mariman Catrileo

Diagramación
Danay Mariman Catrileo

Se autoriza la reproducción parcial
citando la fuente correspondiente.

01

Introducción — 10

02

María Ester Quijanes Millao — 28

Sara Millapan Aucapan — 38

Enedina Rain — 45

Sara Parada Millar — 56

Luis Aguilante Aguilante — 69

José Ramón Ángel Caucaman — 80

Emirce Baigorria Cruces — 87

Rosa Quinto Arratia — 93

Arturo Quinto Arratia — 99

María Mancilla Huilquiruca — 102

Ángela Iñiguez Menco — 116

María Inés Chodil Vidal — 124

Ana Vidal Menco — 132

Gerónimo Tropa Llamin — 142

Santiago Iñiguez Jara — 153

03

Referencias bibliográficas — 161

PRESENTACIÓN



La reconstrucción de memorias colectivas ligadas a la pertenencia a culturas de pueblos originarios constituye uno de los ejes principales del trabajo que desde el Servicio Nacional del Patrimonio Cultural desarrolla la Subdirección Nacional de Pueblos Originarios en todas las regiones del país. Desde esta perspectiva, la edición de esta publicación forma parte de las iniciativas de revitalización cultural indígena que integran el eje del trabajo que realiza esta instancia, labor que a su vez se relaciona directamente con la misión institucional del Servicio, como es: “Gestionar el reconocimiento, el resguardo y el acceso al patrimonio y la memoria, de forma participativa y en su diversidad, para generar conocimiento y contribuir a mejorar la calidad de vida de las personas”.

Este libro, en efecto, publicado después de 15 años de realizado el trabajo de investigación, y que en su tiempo recibió el apoyo del Fondart Regional Línea Indígena, contiene en sus páginas los testimonios de mujeres y hombres que se autorreconocen como *mapuche williche* y que con sus respectivas familias son residentes e incluso fundadoras/es en las comunas de Cochrane y Tortel, ambas ubicadas en la parte sur de la región de Aysén. En estos testimonios, el lector encontrará una reseña significativa de sus historias de vida, relatos impregnados de tesón y sacrificio en unos paisajes que hasta hace unas pocas décadas se encontraban bastante desconectados del resto del territorio nacional.

Es así que las historias contenidas en este texto, en su mayor parte contadas por adultos mayores, algunos y algunas ya fallecidos,

van configurando pequeños trozos del gran mosaico de la historia regional que hasta ahora no le ha dado la cabida que merece a su actual conformación sociocultural al aporte indígena.

En los relatos que contiene esta obra aparecen una serie de reminiscencias de los azarosos desplazamientos que acompañaron a las y los protagonistas en sus recorridos por distintos lugares de la actual región de Aysén, hasta asentarse en sus actuales lugares de residencia. Sin embargo, también aquí aparecen mencionados, a modo de segundo plano, pequeños fragmentos de relatos que nos retrotraen hacia el pasado de pueblos que siempre habitaron este territorio, como lo son los *kawésqar* de la zona de los canales al sur de Tortel y también de las y los habitantes originarios de esta zona como son los *aonikenk* o *tewelche*.

Invitamos, por tanto, a todas las personas interesadas, a conocer a través de las evocaciones insertas en las palabras rescatadas desde la memoria de las personas retratadas en este libro que ustedes leerán a continuación, el cual será distribuido en forma gratuita. Recuerdos, que como toda remembranza, están compuestos de alegrías y sinsabores. Es esta *Otra Historia* que tanto tiene que aportar a la configuración más completa de la región de Aysén, y que por extensión forma parte de la gran historia de Chile.

PRÓLOGO



La otra historia. El aporte mapuche williche a la identidad de Cochrane y Caleta Tortel, recopilación de testimonios que aquí presentamos después de casi quince años de realizado el trabajo de investigación en terreno que le dio origen¹, cumple de esta forma con el fin lógico de todo proceso de estas características: su edición en formato libro. Por diversas razones, este objetivo había quedado pendiente durante todo este tiempo, pese a que en su momento se editaron de manera artesanal unas copias que cumplieron con el objetivo de devolver los testimonios a las y los protagonistas directos de estos relatos y a sus familiares. En el último tiempo además ha estado circulando en el sitio web del Museo Regional de Aysén, una copia digital de esta iniciativa².

El interés demostrado por el contenido de este texto, en particular en círculos organizacionales mapuche de la región de Aysén, ha sido el aliciente definitivo que ha motivado esta publicación. Además de esto, este hito nos ha posibilitado hacer una mirada retrospectiva al contexto general que dio origen al trabajo. En efecto, por aquel tiempo el proceso de eclosión de las identidades indígenas constituía un fenómeno extendido, el que a su vez se había desencadenado unas tres décadas atrás, tanto a nivel global como en el escenario nacional.

El proceso de etnogénesis indígena, esto es, la irrupción dentro del espacio público de identidades hasta entonces circunscritas al

¹ Proyecto Fondart Regional, Línea Indígena, del año 2005.

² Revisar el enlace: www.museoregionalaysen.gob.cl/676/articles-96192_archivo_02.pdf

ámbito de lo íntimo, había desbordado los límites de los espacios territoriales tradicionales o “históricos” indígenas. Para el caso mapuche, esto es la macro región que va desde Biobío hasta Los Lagos, sitios en los que hasta ahora se han mantenido activas una serie de expresiones culturales distintivas. El rasgo distintivo de este tiempo es que la presencia pública indígena ha desbordado hacia otras zonas, particularmente hacia espacios urbanos, como consecuencia de los procesos migratorios contemporáneos, particularmente a la región Metropolitana.

La aparición de organizaciones étnicas en muchos lugares del país, amparadas especialmente por la dictación de la Ley Indígena 19.253 de 1992, fueron un elemento distintivo dentro de este escenario. Tal situación también alcanzó a la región de Aysén en varias de sus comunas, entre ellas las de Cochrane y Tortel, lugares donde se recogieron los testimonios aquí compilados. No es que de la noche a la mañana hubiesen aparecido aquí y en distintos lugares grupos de personas que repentinamente reivindicaran su ascendencia originaria. Lo que ocurrió fue más bien que numerosos grupos familiares que habitaban en esta región por décadas –en la práctica desde el comienzo de su poblamiento contemporáneo y cuya presencia hasta ahora había sido invisibilizada por los discursos oficiales– decidieron manifestar públicamente su presencia en dicho territorio a través de organizaciones, a saber, la Asociación Indígena Manqui de Cochrane y la Asociación Indígena Menco de Tortel, a las cuales estaban vinculados directa o indirectamente las y los protagonistas de este trabajo.

Es así que la presencia indígena dentro de la dinámica histórica de la región de Aysén contiene elementos distintivos que la hacen diferente a la del resto del país. En efecto, como se sostiene en este libro, la recóndita lejanía de este territorio de los centros urbanos centrales y regionales, llevó a que el poblamiento, lo mismo que en Magallanes, se llevara a cabo en gran medida a través de la relación sostenida entre el Estado con grandes empresas concesionarias. La mano de obra de esas empresas la constituyó desde sus inicios mucha gente mapuche venida desde diversos lugares del territorio tradicional, particularmente desde Chiloé e incluso desde la actual Argentina. Una segunda vía, cuya magnitud es aún terreno por explorar en sus detalles, fue la colonización espontánea proveniente también desde Chiloé y otros sectores mapuche. Por su parte, una

tercera vía más contemporánea fue el traslado de grupos de personas desde diversos lugares durante la primera mitad del siglo XX.

El discurso hegemónico construido en Aysén a partir de esta historia ha ubicado en un nivel protagónico la figura del *pionero*, una categoría genérica que pone de relieve la dimensión épica (y masculina) del poblamiento que, a través de sus esfuerzos personales, individuos y familias hicieron del territorio de Aysén, territorio que ese mismo discurso suponía hasta entonces despoblado.

Ese mismo discurso *pionero* contiene una deriva que es la uniformización de la diversidad étnica del colectivo social que dio origen a los actuales asentamientos humanos en la región, subsumiendo a su vez la evidente y protagónica presencia indígena desde los primeros contingentes que llegaron, entre ellos las y los descendientes de nuestras y nuestros protagonistas. Ello incluso sin considerar la posibilidad de la presencia indígena anterior, cosa que es una realidad, como quedará en evidencia en los testimonios que siguen, además de otros trabajos publicados en los últimos años. En este sentido figura por ejemplo el develamiento de importantes antecedentes de lo que fueron los sucesos de la Isla de los Muertos acaecido en 1906 y donde participó un gran número de *mapuche williche* provenientes de Chiloé cerca de la actual Caleta Tortel, episodio anclado en la narrativa oral del lugar³.

Esta publicación –que será distribuida gratuitamente– pretende por tanto ser una contribución a la reflexión regional y local acerca de la constitución de su pasado histórico, tiempo pretérito constituido por el esfuerzo muchas veces individual de muchas personas que reconocen en ese lugar a sus antepasados y su memoria colectiva actual. La contribución indígena, la que ya estaba allí y la que llegó después a esa historia, es urgente y necesaria reconocerla con todos sus matices. No se trata de deconstruir una versión de la historia de los *pioneros* para sustituirla por otra, sino que enriquecer con otras miradas esa memoria común que debería estar en permanente construcción.

Esta publicación es una de las acciones de revitalización cultural indígena promovidas desde la Subdirección Nacional de Pueblos Originarios del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural del Mi-

3 Ver Mauricio Osorio Pefaur (2014). *La tragedia obrera de Bajo Pisagua. Río Baker, 1906. Origen del cementerio Isla de los Muertos en la comuna de Tortel, Patagonia occidental*. Ed. Ñirre Negro, Coyhaique.

nisterio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio. Estas páginas están dedicadas además a la memoria de las y los protagonistas que ya partieron y también a sus familiares que hoy habitan en este territorio: José Ramón Anjel Caucaman, Luis Alberto Aguilante Aguilante y Sara Parada Millar de Cochrane y doña María Leonila Mansilla Huilquiruca, y Ángela Iñiguez Menco de Tortel, quienes nos regalaron los testimonios que contienen las páginas que siguen.

José Ancan Jara

Subdirector Nacional de Pueblos Originarios

Servicio Nacional del Patrimonio Cultural

Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio



01

INTRODUCCIÓN

LOS HACERES Y LOS DEBERES

(O CÓMO SE ACCEDIÓ A LAS PERSONAS Y SUS
CONOCIMIENTOS)



La metodología de este trabajo de investigación fue de tipo exploratorio: no se pretendió arribar a conclusiones definitivas pues se planteó investigar un fenómeno sociocultural del cual existe poca información tanto a nivel regional –donde se han realizado un par de investigaciones sobre el tema– como a nivel local, donde se conocía muy poco sobre los indígenas actuales.

Las preguntas de investigación que guiaron el trabajo estuvieron orientadas a responder algunas interrogantes muy generales acerca de las formas en que se constituía y se manifestaba¹ en la autoimagen la identidad étnica indígena en una muestra de personas seleccionadas en dos comunas –Cochrane y Caleta Tortel– de la zona sur de la región de Aysén². Las dos preguntas sobre las que se trabajó fueron: ¿cuáles son los antecedentes y/o referentes geográficos, socioculturales antiguos y actuales sobre los que se define su sentido de pertenencia étnica?; ¿en qué elementos culturales formales y/o informales se expresa esa identidad étnica actualmente?

La investigación se orientó en líneas generales por una metodología de tipo cualitativo con preponderancia del enfoque denominado *emic*, es decir que han sido los discursos y representaciones de la realidad proporcionados por los y las protagonistas el eje conductor de las interpretaciones que se han hecho. Como se verá, las narrativas derivadas de los testimonios son lo principal.

1 En los años en que se realizó la investigación: 2005, 2006.

2 La forma correcta de escribir los topónimos Coyhaique o Coihaique, Aysén o Aisén, está sancionada a favor de la segunda opción en cada caso (usando la *i* latina) por resoluciones oficiales de las instancias encargadas de estas materias en Chile, a saber, el Instituto Geográfico Militar. No obstante, en ambos casos se siguen usando en diferentes instancias las otras formas (con *y*). Esto se aprecia claramente en las referencias bibliográficas consultadas. Es por esto que a lo largo de este trabajo podrían aparecer ambas formas en los dos casos. (D.F.L. N° 3-18.715.- 1989, en Biblioteca del Congreso Nacional de Chile [www.bcn.cl])

A su vez, del denominado *enfoque etnohistórico* que en líneas muy generales postula la complementación activa entre fuentes orales y escritas para la interpretación de fenómenos socioculturales complejos, se ha aprovechado, cuando se pudo, de cotejar datos que aparecían tanto en el relato como en alguna fuente primaria.

En cuanto a las técnicas de recopilación de la información, estas consistieron en el registro de conversaciones semiestructuradas con personas de diferentes edades que viven hoy día tanto en la comuna de Caleta Tortel como en Cochrane. Se trabajó estableciendo el tipo de comunicación tradicional mapuche para contar historias del pasado: el *gütxam*³, que es un tipo de discurso que se activa mediante la interacción y confianza entre los interlocutores, que pueden ser dos o varios más. En todos los casos, las conversaciones y los registros se hicieron en circunstancias horarias propicias, como la hora del mate.

El perfil sociocultural elegido fue diversificado: se requería en primer lugar que tuvieran ascendencia indígena y que lo reconocieran; en segundo lugar, fue muy importante para el trabajo contar desde el principio con el consentimiento explícito de las y los protagonistas para registrar su testimonio. Si bien la edad de los y las protagonistas fue una variable que se consideró en el momento del diseño de la investigación, finalmente se optó por considerar en el cuerpo de los testimonios recogidos a un perfil etario más amplio que el de las personas ancianas, a las cuales se había pensado privilegiar al comienzo. Se había planteado así pues es usual en este tipo de recopilaciones trabajar con gente muy anciana en el supuesto de que ellas son las mejores depositarias de los conocimientos. Aun así, es claro que para nuestro caso la edad promedio de las personas entrevistadas es alta. La forma de llegar a las personas con las que trabajamos se basó en conocimiento previo⁴.

3 Una definición genérica de *gütxam* sería que se trata de “relatos histórico-legendarios” (Salas, A. 1992:211).

4 La ejecutora y el coejecutor participaron en talleres de capacitación para los integrantes de la Asociación Indígena Manqui de la misma comuna. Marisel Conejeros Painemal, ejecutora del proyecto, vive y trabaja desde hace varios años en Cochrane. Es asistente Social (Universidad de Temuco) con postítulo en Gestión Ambiental (Universidad Católica de Temuco), tiene experiencia en diversas áreas del trabajo social (mujer, infancia, discapacidad, familia, desarrollo comunitario, medioambiente, educación ambiental, responsabilidad social empresarial) y manejo de metodologías de participación ciudadana, planificación estratégica, procesos de intervención social, conflictos ambientales, gestión ambiental local. Ha trabajado en organismos públicos y privados tales como universidades.

Se contactó también a personas que participan como socios o simpatizantes de las asociaciones indígenas Manqui de Cochrane y Menco de Caleta Tortel. Con ambas hubo reuniones explicativas previas al trabajo con sus integrantes y dirigentes, con el fin de explicarles y conversar detalles de la entrevista. En ambos casos hubo apoyo entusiasta desde el primer momento.

La investigación bibliográfica se realizó en forma paralela a la de recopilación. Se trabajó en el Archivo Histórico de la I. Municipalidad de Cochrane y en la biblioteca pública N° 284 de la misma ciudad, donde se contó en todo momento con la inestimable colaboración de su entonces encargado, el Sr. Aladino Rivera Baeza. Se consultó también en la biblioteca pública N° 282 de Caleta Tortel y N° 052 de Coihaique donde tuvimos el apoyo fundamental de los entonces encargados, don Hernán Ovando Pereda y Miriam Mansilla Barría, respectivamente. Se contó además con las valiosas sugerencias y recomendaciones bibliográficas de don José Mansilla Contreras de Coihaique y de doña Rosa Gómez de Cochrane. La fase de recopilación de la información cualitativa, que se propuso ser participativa desde el comienzo, se puede resumir en:

A) Se realizó una primera visita a personas ya contactadas, ya sea personalmente o por familiares directos de ellos y ellas. En esta visita se les daba a conocer el proyecto y en conjunto se acordaron las formas de trabajo (horarios, modalidades).

B) En una segunda visita, si se había establecido el acuerdo explícito en la primera visita, se iniciaba una conversación no rígida (al estilo de los gütxam mapuche) y se procedía al registro de audio de ella.

C) En algunos casos, no fue suficiente el registro de audio en la primera visita, siendo necesario realizar otra. En otros, se volvió para presentar al entrevistado un primer documento escrito con su testimonio para leerlo y revisarlo conjuntamente con la finalidad de que pudieran aportar nuevos relatos.

D) En una tercera o cuarta visita y previo consentimiento también, se procedió al registro fotográfico que acompaña cada testimonio. Se puso énfasis en las sugerencias de cada protagonista a la hora de hacer sus fotos, las cuales les fueron mostradas en una fase posterior.

E) La última fase fue mostrar y discutir con ellos y ellas, en forma individual y/o colectiva, los resultados concretos de la investigación. Esta fase se hizo con la presentación pública de los resultados o inmediatamente anterior a esta.

Los testimonios fueron contruidos a contar del registro de una o más conversaciones, las que fueron transcritas en su totalidad en una primera fase y presentadas a los protagonistas para agregar o quitar datos; a partir de una segunda versión del borrador, se pudo concluir la edición final, que es la que presentamos. En esta versión final se eliminaron todas las intervenciones de los entrevistadores para así dejar el relato íntegro de los y las protagonistas. Se trató de mantener este relato en su forma más próxima al original. Tan solo se eliminaron algunas interjecciones o lagunas, integrando en una estructura sintáctica más coherente a la lectura este tipo de pasajes. Se usaron las letras en cursiva cuando las y los protagonistas mencionaban algún concepto de uso local y/o un modismo o vocablo indígena.

Se ha privilegiado también, además de la transcripción de los nombres propios mencionados por las y los protagonistas, tales como los nombres de personas y grupos, anotar el nombre mencionado más otro de mayor consenso actual. Tal es el caso de los nombres propios de los pueblos originarios mencionados, aparte del mapuche williche, se ha escrito aonikenk (por tewelche) y kawésqar (por alacalufe).

Cuando se consideró pertinente porque complementaba alguna referencia indicada en el relato, se agregaron notas a pie de página, de las que en todo caso se intentó no abusar para no afectar a los relatos, lo esencial de este trabajo.

En todos los casos, se hizo al comienzo una especie de presentación o semblanza de los rasgos que los investigadores consideramos más ilustradores de cada persona. Se hizo esto con la finalidad de facilitar la lectura de los testimonios.

La planificación, coordinación de las actividades, reuniones explicativas con las asociaciones indígenas de las respectivas comunas fueron realizadas por la ejecutora principal, Marisel Conejeros Painemal, como en aquellos casos que requirieron más de una visita; a su vez, ella realizó todas las transcripciones de las grabaciones. Las conversaciones previas, contacto con los y las protagonistas, fueron realizados por ambos ejecutores. La investigación bibliográfica, texto introductorio, presentación de los personajes y notas las realizó el coinvestigador José Ancan Jara. El registro fotográfico fue realizado por Hernán Velásquez y Jimmy Valdés en coordinación con la ejecutora principal.

Por último, agradecemos a la Comunidad Manuel Canuman Canuman de Coihaique, por colaborar y hacer posible la reedición de esta publicación.

TEJIENDO "LA OTRA HISTORIA"

REFLEXIONES PRELIMINARES DE UNA EXPERIENCIA DE RECOPIACIÓN TESTIMONIAL INDÍGENA EN COCHRANE Y CALETA TORTEL



Casi a mismo momento con el que fuimos avanzando en el proceso de este trabajo –lenta y azarosamente, como sucede siempre cuando se trata de la memoria depositada en personas concretas de carne y hueso– plagado de interrogantes no resueltas, como se verá, se fue configurando una especie de paradoja; informe y bastante intuitiva al comienzo, pero muy diáfana y corpórea casi al final. Como nos lo dijeron varios de los protagonistas de este trabajo, refiriéndose a las gentes de su lugar: “Aquí casi todos son indígenas”.

La paradoja es simple, pero no menos reveladora: esto es que esta parte de la región de Aisén –Cochrane y Caleta Tortel– debe ser una de las zonas donde los aires indígenas se notan más; presencia que obviamente está mucho más allá de las inmutables cifras (Cochrane 9%; Caleta Tortel 18,9%, según el censo de 2002¹), los discursos. Y, por supuesto también, la historia que aquí llamamos “oficial”, que olímpicamente prescinde de toda alusión actual a lo originario.

La presencia a la cual nos referimos sería como una especie de substrato que habita en la epidermis, oculta hasta ahora por las circunstancias, de estos paisajes humanizados; está en los rostros silenciosos de muchos de los habitantes de estos lados. Está en el peldaño más profundo –al que más cuesta llegar pero que, por oposición, es

¹ Ver www.inec.cl

el que más permanece-, en la base de la cadena de las identidades étnicas y culturales que conformaron (o se están conformando aún) la idiosincrasia de este, uno de los territorios menos conocidos por el resto de los chilenos. A ese recóndito escalón que aquí quisimos siquiera avizorar es al que llamamos, quizás precariamente aún, la otra historia.

Pese a las negaciones cotidianas y al velo tenue bajo el que se oculta hasta ahora, una configuración sociocultural más acorde con la realidad se manifiesta como evidente al recorrer esta zona; cotejar datos con las referencias bibliográficas relacionadas con nuestro tema, y por sobre todo, conversar con gentes diversas que lo indígena está ahí, a flor de piel. Siempre ha estado, por lo demás. Y no se trata de lo que sucede en otras regiones de Chile, donde existe un pueblo hegemónico que concentra casi toda la trayectoria sociocultural y la actual atención; aquí, dada la especial conformación geográfica con su radical variedad paisajística, se dan las referencias étnicas múltiples, lo cual evidentemente agrega mayor grado de riqueza y complejidad a su cultura².

Y no solo eso. Las evidencias que afloraron de los testimonios echan por tierra como dato anexo aquella imagen edificada por cierta etnografía de apreciar a las culturas originarias, imaginadas y construidas discursivamente en una situación “ideal”; como encapsuladas en su propio e incomunicado mundo, así como listas para que algún antropólogo o historiador perspicaz las descubra y registre.

Los límites territoriales son asimismo expresados en esa tendencia casi obsesiva de circunscribir los paisajes étnicos a límites infranqueables; que tal o cual cultura habitaba exclusivamente entre este y el otro accidente geográfico, pero no más allá, pues era territorio de los “otros” indígenas, etc. De esta forma, las marcas fronterizas formales o informales atribuidas mecánicamente a las culturas originarias resultan poco funcionales ante la realidad heterogénea y compleja que aparece en los testimonios, poniendo en tela de juicio por añadidura,

2 Esta “negación” de lo indígena también es un acto complejo. Está la negación cotidiana de hecho, la cual ciertamente equivale a racismo, como la que menciona en su testimonio María Ester Quijanes [ver p. 28]. Pero está también la menos consciente, la que niega sin querer, incluso aludiendo al negado, pero quitándole los atributos indígenas. En este sentido es muy ilustrativo el caso de doña Ana Vidal Menco, una de las protagonistas de esta investigación (ver la nota 1 de su testimonio en p. 132).

creemos, parte importante del intento de construir la aproximación que proponemos.

De esta suerte es que tanto en Cochrane y sobre todo en Caleta Tortel, así como de entrada uno puede ver la imagen de personas vestidas con atuendo de gaucho pampino instaladas al lado de un muelle, escuchamos en cambio recordar, como cosa normal, antiguas relaciones entre mapuche williche con tewelche (aonikenk) y también con alacalufes (kawésqar o chonke), y entre cualquiera de ellos con loberos o madereros chilotes³. Este universo de relaciones interétnicas abiertas y no traumatizadas –aunque depositada en la memoria más antigua de los lugares y las personas la remembranza de estos encuentros y convivencias– no sólo son útiles en una lógica histórica y cultural, sino que tienen una actualidad y vigencia, incluso como modelos de región y país multicultural, que no deja de asombrar⁴.

La referida paradoja, este no calce entre la realidad y el discurso público oficial, ha sido traspasada por la fuerza de la institucionalidad y sus agentes al resto de la sociedad que se hace parte de ella en los discursos cotidianos. Pero entre este discurso y los porfiados hechos, se produce a la vez otro margen de realidad (que en gran medida es el que aparece en los testimonios). Tal contradicción es bastante probable que vaya mucho más lejos de este ámbito de estudio, pues si hacemos un ejercicio de extrapolación genérico, podría llegar a configurarse inclusive como una especie de signo de identidad nacional chilena. De hecho, aun a esta altura del partido, sigue instalado en el imaginario colectivo en calidad de verdad casi incontrarrestable, como sabemos, cuando se piensa en la conformación étnica del país, aquello del país homogéneo, monocultural, etcétera, situación que tan preclaramente retrata el primer artículo de la Constitución de Chile. En cambio aquí, como en el resto del país, la oculta realidad tras el velo es rotunda. El ser originario está por todos lados: en personas, caras y gestos, por más que algunas de esas personas, que han sido presa de las imposiciones, los camuflajes o el ninguneo, en vano intenten huir de él.

3 La categoría “chilote” en el contexto de la región de Aisén tiene plurales significados. Mientras, surge una interrogante preliminar que podría explicitarse así: ¿podría considerarse a los chilotes como una etnia constitutiva de la identidad aisenina?

4 Ver los testimonios de doña Ángela Iñiguez [p. 116], doña María Leonila Mansilla [p. 102] y doña Ana Vidal [p. 132].

Leemos todavía en los manuales escolares aquella inventada frase de Latcham / Encina referida a los mapuche y repetida hasta el hartazgo: que los mapuche viven “entre el Itata y el Toltén”; que serían originarios de algún lugar “más allá de las Pampas”⁵. Extensión natural de semejante dinámica reductiva, creemos, son las afirmaciones como que los mapuche son en exclusiva habitantes de Chile, así como los tewelche lo serían de Argentina, etc. El último pliegue de esta cadena argumentativa alcanza al plano local que nos preocupa. Aquí se dice: “No hay indígenas hoy, antes sí”.

Así, la imagen de los grupos tewelche que circulaban transversalmente por los valles de la zona tras las especies para caza o los canoeros y otros tantos grupos diversos del litoral estableciendo sus campamentos a la orilla de algún fiordo –como los que vieron y registraron a su modo los primeros cronistas que vinieron a estos lugares– cobra sentido, pero un sentido comprimido por la frontera temporal de principios del siglo xx.

Pero eso era antes, no ahora. Ahora ya es imposible ver grupos de cazadores tewelche, o de otros grupos más o menos antiguos, bajando a los valles tras una manada de guanacos o de ñandúes. De eso sólo quedan algunas pinturas rupestres por ahí o las puntas de flecha que por todos los rincones de estas tierras afloran a simple vista de caminante. Inexpresiva manifestación cultural de esos tiempos idos que en una extensión simbólica, antojadiza si se quiere, podría significar que en la Patagonia la población originaria fue irremediablemente engullida por el ímpetu pionero de principios de siglo xx, siendo desde entonces a lo sumo un ingrediente muy secundario en la configuración de esta identidad regional oficial, etc⁶.

5 Esta delimitación territorial que se le atribuye a Francisco Antonio Encina en el primer tomo de su famosa *Historia de Chile* (1949), en rigor fue planteada primeramente por Ricardo Latcham (1928).

6 Sin mayor comentario, consignamos un párrafo del historiador magallánico Mateo Martinic (Premio Nacional de Historia, año 2000) sobre la desaparición del pueblo aonikenk (tewelche): “Cuando el hombre blanco puso pie de manera definitiva en el territorio meridional, la suerte del indio quedó echada: la fragilidad esencial de las etnias haría imposible su vigencia [...] los cazadores de la Patagonia austral procuraron adaptarse a las nuevas circunstancias que impuso una cultura ajena, fuerza que reconocieron superior y su consecuente trayecto final se realizó quietamente, conservando algunos hasta la hora postrera trazas de la dignidad que otrora los distinguiera” (Martinic, M. 1995:186-187).

Aún más, la construcción arbitraria de ese antes inclusive prescinde de los mapuche, pues se les asume como no originarios de aquí, sino de las tierras de la Araucanía o por último de las pampas argentinas. Entonces, en esta lógica del territorio despoblado de comienzos del siglo xx, que es la substancia del discurso “pionero”, cuando se comienza a reconocer el aporte mapuche en cualquiera de sus variantes territoriales también se entiende a estos como gentes “llegadas de otras tierras”⁷. ¿Es que no hubo presencia mapuche aquí desde “antes” del arribo en tiempos históricos contemporáneos?

Pensamos que para un futuro desarrollo de una historiografía indígena regional, la revisión crítica de preceptos como este sería un paso inexcusable en vista de ciertas evidencias tanto desde la memoria oral –las pretéritas travesías de madereros o loberos chilotes (¿williche, veliche?) a la zona de los canales– como de la existencia de toponimia mapuche que porfiadamente ha persistido, por aquí y por allá. Este punto, creemos, es precisamente uno que queda instalado como uno de los más sugerentes desafíos para futuras investigaciones.

¿Se trata esto de desarticular una versión de la historia local y regional para suplirla por otra, la de nuestra gente en este caso? O tal vez dicho de otro modo: ¿tiene validez la denominada historia “pionera” para los fines de la reivindicación de la memoria indígena en esta región? La respuesta o la insinuación de ella, pensamos, la sugieren los y las protagonistas en los testimonios que siguen. Varios de ellos apelan (sintomáticamente, a las autoridades locales que conceden formalmente tal condición) para sí mismos similar condición que consideran les ha sido negada⁸.

Evidentemente ellos y ellas lo fueron y lo son, como tantas otras personas indígenas que arribaron a esta zona a comienzos del siglo XX ya sea como peones de las grandes estancias o como el grueso de ellos, que al igual que otros tantos pobladores lo hicieron como colonos espontáneos, enfrentados a esas grandes empresas. Es por esto que, frente al legítimo afán que los descendientes de otros grupos étnicos tuvieron para construir la imagen del “pionero”, a modo de propuesta

7 Ver el interesante y precursor trabajo de Millaldeo, Claudia (2002), “Los que vinieron del Mapu” (ver bibliografía).

8 Ver, por ejemplo, los testimonios de don Luis Aguilante y doña Sara Parada Millar de Cochrane [p. 69 y 56 respectivamente].

tal vez podríamos comenzar a hablar también de los “pioneros indígenas” de Aisén. “Gauchos, huasos y chilotes: eso somos”⁹, propone un autor regional como síntesis de lo que sería la constitución (¿étnico?) cultural de Aisén, conformación sobre la cual se ha montado toda la armazón de versión dominante de la historia local. Los signos de interrogación sobre la categoría étnico encierran posiblemente una de las principales preguntas que surgieron de este trabajo. ¿Lo cultural ¿puede prescindir de lo étnico o viceversa?

Más que intentar responder ahora una más de las numerosas interrogantes que aparecieron, diremos que la sencilla pero rotunda fórmula aquella fue uno de los estímulos que activaron nuestro trabajo. En primer lugar, porque ahí queda claramente expuesta la doctrina sobre la que se asienta la historia que aquí llamamos “oficial” de los pioneros. Una fórmula que –hasta ahora– no sólo lisa y llanamente prescinde por completo del componente indígena, sino que proporciona un punto de partida conceptual, a nuestro juicio, a otra secuencia de dispositivos de negación y camuflaje de ese factor como hemos insinuado más atrás. En efecto, más que debatir si gauchos y huasos son también categorías que rozan o contienen derechamente elementos étnicos (de hecho, hay huasos mapuche en la Araucanía así como gauchos tewelche, rankel o mapuche también) nos interesa detenernos en la categoría “chilote”.

Varios de los y las protagonistas provienen ellos o sus familias del archipiélago de Chiloé. Ser parte de esa porción de la geografía es algo que ellos declaran y reclaman con indisimulado orgullo. Es cierto, ellas y ellos son chilotes pues provienen de un sitio que posee una fuerte idiosincrasia que en gran medida, y pese a las enormes diferencias paisajísticas, han trasladado a Aisén. Pero ellos y ellas –por debajo o al lado de aquella condición– también son indígenas, como se verá.

¿Es que la categoría “chilote” encubre o esconde a la indígena tratándose de la gente originaria de allí? Pensamos, de forma preliminar, que esto evidentemente no es punto de conflicto en la gente indígena con la que conversamos. Ellos de hecho portan y declaran

9 González Kappes, Mario, en “Presentación” del libro de Leonel Galindo Oyarzo (2001), pág. 8. Otra síntesis identitaria de Aisén dice: “...el Aisén actual sustenta su cultura íntima, espiritual, de origen chilote y criollo” (Ortega y Brüning, 2004:11). Entiéndase por “criollo” a chilenos con un barniz gauchesco o seudo tewelche.

más de una identidad, y es ahí donde reside la esencia del aporte que puede o podría hacer esta “otra historia”. Es la historia oficial la que se sirve del concepto “chilote” para englobar dentro de ella a todos y todas sin distinción, los provenientes de la isla, y así despojar de atributos étnicos originarios a los que evidentemente lo son tanto por elementos objetivos (apellidos, costumbres materiales e inmateriales) como subjetivos (ellos y ellas se sienten hoy indígenas).

Más aún, el uso de este concepto nos sirve complementariamente para sugerir otra lectura que surge de este trabajo. Hemos dicho que la gente indígena de la zona, específicamente con la que nosotros trabajamos, no se hace ningún tipo de problemas en postular su condición pluridentitaria, si se nos permite el concepto. Son chilotes, gauchos, patagones e indígenas. Esto sólo refiriéndonos a los atributos de tipo étnico-cultural. Estas personas portan varias identidades y no se hacen problema al momento de hacer valer una u otra, o todas a la vez según la ocasión y el contexto. Esto que es tan nítido en los discursos de la gente común, los intérpretes de la historia y de la cultura cotidiana, pareciera en cambio no serlo tanto para los discursos y las prácticas oficiales.

La forma en que se expresan estas pluridentidades mencionadas por los protagonistas de los testimonios que siguen, nos merece un comentario. Aparentemente, uno de los rasgos de la identidad indígena de esta zona es que, partiendo de la base de las identidades múltiples que portan los individuos, estas identidades no se han mezclado hasta formar un núcleo híbrido o una nueva forma de identidad que reemplace a todas las anteriores. Por lo menos en lo que dice relación al factor indígena, la manifestación de dicho dispositivo se asemeja, utilizando una metáfora culinaria, más a un curanto chilote que a una cazuela de la zona central de Chile. Esto quiere decir que la identidad originaria actúa como un substrato que se mantiene más o menos presente según la persona, pero que aparece en el fondo de todos los demás atributos, siendo por ello menos evidente o más difícil de reconocer.

Este cimiento cultural originario se enuncia disímil y hasta contradictoriamente, como era de esperar en un caso así. Aparece a cada rato en el discurso de la autoidentificación étnica. Sin embargo, en los testimonios también se advierten algunos rasgos de tipo objetivo –esto es, reconocibles a simple vista– que los transforman, pensamos, en elementos constitutivos de identidad étnica en este contexto. Nos

referimos al manejo que tienen las personas indígenas de formas de materialidad orgánica, como la hemos llamado.

Prácticamente todas las mujeres protagonistas declararon conocer y/o practicar el oficio del telar mapuche (o chilote, o aisenino, diferenciación que propone un autor)¹⁰. En sus narrativas, todas atribuyeron ese conocimiento a antepasados (madres, abuelas u otras mujeres significativas) que les refuerzan y dan sentido a su pertenencia étnica. A tal punto sucede así, que la transmisión de este oficio a sus hijas o nietas es visto como un “deber” cuando se ha producido o una “falta” cuando no.

El otro gran elemento de esta clase es el manejo de las técnicas de cultivo de plantas medicinales, hortalizas y sembrados que manejan tanto mujeres como hombres¹¹. Este tipo de conocimiento, tan habitual en otras zonas geográficas de Chile, especialmente en la zona centro sur, desde donde provienen los antepasados de la mayoría de las personas entrevistadas, no lo es tanto en esta zona donde los inviernos son inclementes o porque escasea la materia orgánica donde cultivar (la tierra, en Caleta Tortel)¹². Esos conocimientos, lo mismo que el telar, son también aquí herencias manifiestas de “los antiguos”, y su preservación y reproducción, donde cabe incluso el agregado de nuevos saberes, también es visto como un deber étnico.

Es aquí donde se advierte en toda su dimensión aquello de las identidades múltiples. Las personas no tienen problemas en desdoblarse en sembrador cuando así lo amerita la estación del año y la necesidad, como don Ramón Caucaman, que ha desarrollado gran parte de su vida en estancias ganaderas de Argentina. La identidad complementaria y trashumante del Chiloé indígena y mestizo se percibe claramente aquí.

Esto es sólo una pequeña parte de un todo que está aún por descubrir y conocer. Es probable que haga falta la generación de nuevas metodologías y enfoques que den cuenta de la complejidad de un universo que con este trabajo recién comenzamos a ver en una pequeñísima porción. Recurrimos aquí al lenguaje común que nos igualaba con los y las protagonistas de la investigación. Nos referimos a la toma de contacto y la conversación entre personas que compartíamos el mismo origen étnico.

¹⁰ Galindo Oyarzo, L. (2001: 65 - 70).

¹¹ El caso de don Luis Aguilante y su esposa doña Emirce Baigorria, y sus conocimientos de plantas medicinales tradicionales, es el más destacado [ver p. 69].

¹² Ver el testimonio de Gerónimo Tropa [p. 142].

La forma tradicional mapuche de contar y recrear episodios del pasado familiar directo e indirecto, el gütxam, operó así como el gran aliado para la obtención de los textos que se leerán más adelante.

Para terminar esta parte, no está de más recordar que, pese a todo, la presencia indígena es aún invisible para la población local en general y en representaciones histórico-culturales de carácter público con que se ha proyectado al resto del país la región de Aisén. Sin embargo, dicha invisibilidad tiene matices que la particularizan, de los cuales algunos hemos insinuado. Es cierta en tanto es congruente con aquellos lugares comunes citados más atrás, que encuadran las narrativas públicas e intencionalidades relacionadas con los poderes establecidos; es obvio que no podría ser de otra forma pues la influencia indígena patagónica cuestiona algunos de los requisitos básicos que ese discurso oficial ha dictaminado.

Tanto es así que en este caso –como ocurre con el caso de las migraciones mapuche hacia sectores urbanos, especialmente la capital, y la estructuración de una identidad resignificada en estas circunstancias– uno de los ingredientes esenciales de la identidad mapuche, como lo es la noción del origen territorial (tuwün) o conectado a una descendencia familiar de tipo extenso (küpalme), queda aquí formalmente en entredicho. Decimos “formalmente” pues es sabido que los procesos étnicos, por corresponder precisamente a trayectorias y circunstancias de seres humanos, en sus propias vitalidades cotidianas, están permanentemente movilizándolo y recreando un repertorio cultural sustentado en el pasado, pero proyectado en el presente y el futuro.

Es claro que en el siglo XXI ya no vamos a ver aonikenk o tewelche como los que nos enseñaron los libros. Eso ya no va a volver a ser. Los indígenas actuales no andan (andamos) vestidos con pieles ni con plumas. Somos parte de una identidad que hoy es distinta a la de aquellos. Es bien posible que por la fuerza de los acontecimientos se haya generado una percepción equivocada, que marque una contradicción entre ser indígena y vivir en este mundo actual, con todo lo que ello implica.

Hay identidades diferenciadas –olvidadas y postergadas demasiado tiempo ya– que están en el mundo actual, concretamente en esta región y en las dos comunas en que se trabajó. Un punto de partida

posible para empezar a conocer ese mundo, es el que ofrecen los testimonios que siguen; los y las protagonistas auténticas de esta iniciativa. Sin más, escuchémoslos entonces.

José Ancan Jara¹³

¹³ Licenciado en Artes con mención en Teoría e Historia del Arte, Universidad de Chile; Máster en Antropología, Universitat Autònoma de Barcelona; Doctor en © Estudios Culturales Latinoamericanos, Universidad de Chile. Subdirector Nacional, Subdirección de Pueblos Originarios del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural, Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.



02

**LOS
TESTIMONIOS**

María Ester Quijanes Millao

La activista de múltiples causas

COMUNA DE COCHRANE

NACIDA EL 22 DE FEBRERO DE 1957



Presentación

María Ester no pasa en absoluto desapercibida en la localidad de Cochrane. Lideresa femenina y activista social por excelencia, posee una amplia y dilatada trayectoria como dirigente sindical de su sector: el de los funcionarios del servicio de salud. Desde su llegada a la comuna no sólo ha seguido con esa labor sino que –como lo afirma en su testimonio– agregó a esta una nueva causa: la de su ascendencia étnica. Y lo ha hecho con éxito y sobre todo con resultados visibles, como fundar con otras personas la Asociación Indígena Manqui, la cual presidió hasta hace poco y que ha logrado nada menos que visibilizar un tema –el indígena– absolutamente relegado e incluso autocensurado por sus miembros para la opinión pública de la región y la comuna hasta hace unos pocos años. En octubre de 2004 fue elegida concejal por la comuna para el periodo 2004-2008.



Yo nací en San Felipe, en la actual región de Aconcagua. A la edad de 5 años me trajeron a esta región. Viví en Coihaique durante muchos años y hace diez que estoy en la comuna de Cochrane. Mi mamá fue criada en Valparaíso, pero es nacida en Castro, y mi abuelo materno, que lleva el apellido Millao, fue nacido y criado en Chiloé. Por el lado paterno, mi padre era nacido y criado en San Felipe, y su papá, mi abuelo por parte de mi padre, era español.

Mi familia materna (los Millao) era del campo, de una parte que queda cerquita de Castro, como a 5 kilómetros, que se llama Pil-Pil¹. Yo anduve por allá hace como dos o tres años atrás y es una comunidad chiquitita, pequeña, donde todavía tengo una tía abuela viva que a estas alturas debe tener 70 años. Una de las cosas que más me llamó la atención de ese lugar es que en esa parte de campo viven como en comunidad, en el sentido que ahí son varias familias campesinas que tienen 4 o 5 hectáreas de terreno cada uno y, por ejemplo, siembran trigo, papas, crían animales, chanchos. Una de las cosas que me llamó la atención, es que en el verano cuando es la trilla, ellos trabajan en grupo. Un vecino va a trillar y todos los otros vecinos que viven en ese mismo lugar, como comunidad van a trabajar un día gratis para esa familia, cosechan todas las siembras y después el dueño de ese terreno, que trabajaron les da el almuerzo, la comida, a todos los demás.

Eso es una minga. Y después se van rotando, es un trabajo como comunitario que yo no lo había visto en otro lugar, que los vecinos se ayudan todos entre ellos. Esa es una de las cosas que me ha llamado la atención, porque yo estuve en el campo cuando mis tías tenían ese trabajo. Mi tía me llamó la atención también por su color de piel bien como moreno y también porque andaba mucho a pata pelá; no usaba zapatos. Eso no es muy usual de ver. Ella siempre anda así, cuando va al pueblo por ejemplo usa zapatos, pero, si no, va a pata pelá. Esas son cosas que a uno le quedan en la memoria.

Mi mamá estuvo viviendo en Castro hasta como la edad de 15 años más o menos. Todavía ella hace muchas comidas que eran como típicas. Por ejemplo, hasta la fecha ella en las mañanas cocina papas cocidas en una olla y después hace en un sartén que lleva aceite, lleva

1 Pil Pil (o Pid Pid) es una localidad de “escasa población” que se ubica a 10 km hacia noroeste de Castro, en la Isla Grande de Chiloé. El significado de esta palabra provendría de una onomatopeya: “del piar de los pajarillos” (ver Ramírez Sánchez, C. (1995), pág. 126).

«Me dijeron que aquí "indios", en realidad, casi no había. Entonces me dediqué a buscar en un listado y encontré 150 familias indígenas en la comuna de Cochrane».

cebolla picá; lleva pimentón, le coloca ají cacho de cabra, y eso lo lleva con papas, una cosa así, y eso lo toma con café; es como un desayuno para ella, es una cosa que siempre lo ha manejado y eso lo vi también en Chiloé.

En las cosas que mi mamá hace. Por ejemplo, ella sabe todo lo que es el trabajo de la lana de la oveja. Ella sabe tejer, pero también sabe hilar; sabe trabajar con el huso; o sea, ella sabe hacer la lana desde cuando se empieza; tiende la lana, ella la sabe trabajar, la sabe enrollar, la sabe hacer con el huso y después sabe trenzar la lana. Y también sabe hacer teñidos con lana de oveja, después la tiñe y la deja de distintos colores. Eso yo no lo aprendí, pero sí sé cómo se hace todo el proceso, porque más que nada por el tiempo, en realidad tiempo no tengo para eso. Pero sí sé todo el proceso que hace mi mamá. Lo sé hacer.

¿Qué cómo veo actualmente mi identidad mapuche? Creo que en muchas de las cosas que yo hago, como mi forma de ser son, por lo que yo he observado, de mi madre. De mi papá también. En realidad, uno va haciendo las cosas de una forma mecánica, o sea, tú ves lo que hace tu mamá, tu papá, cómo actúan, y uno lo sigue haciendo. Pero uno no se cuestiona, simplemente hace, y de repente uno se da cuenta que está haciendo las cosas que hacen los papás, o lo que aprende. Muchas de las cosas que hace mi mamá, yo las sé hacer, pero porque ella las hacía, o porque las hace, pero no porque yo las piense o lo he cuestionado. Lo hago no más.

Claro que uno se empieza dar cuenta [de la identidad] por ejemplo en que antiguamente a nosotros en la escuela, cuando los chicos se peleaban con uno, le decían "indio". Por eso, una de las cosas que me quedó muy grabada es que mi mamá siempre decía: "ser india no es deshonra, ser ladrona es deshonra". Y yo estoy muy orgullosa de haber siempre dicho que estoy muy orgullosa de ser india.

Ella [su madre] siempre lo ha dicho y es muy orgullosa de su apellido. Ella es Millao Oyarzún. Yo creo que eso es en el fondo lo que me

«Aquí los que no estudiaron, los que quedaron con la básica, que apenas saben leer, son justamente familias mapuche. Eso es discriminación».

trasmitió, porque nunca se sintió avergonzada. Tú la escuchas a ella, cuando alguien se enoja, o cuando alguien la agrede. Que se reían de su apellido, por ejemplo; ella ahí se enoja y se comporta de una forma distinta a como es ella habitualmente. Para ella es como sacarle la madre que alguien se burle de su apellido o se rían.

Cuando nosotros éramos chicos nos decían indios. Para nosotros, cuando nos decían indios, era como sacarnos la madre. Por eso, yo siempre me he puesto mis nombres y mis dos apellidos. La gran mayoría de la gente tiene un apellido, pero es como que ella me dejó eso inculcado, que mi apellido tiene honor; mi apellido tiene presencia.

La discriminación ha sido fundamental. Acá se notaba mucho. Al menos acá, en los pueblos chicos se nota mucho, uno lo nota. Además que siempre he sido dirigente social.

Mi mamá lo vivió. Mi madre fue muy discriminada. Ella pudo haber sido profesora, pero por ser rebelde no se le dieron posibilidades. Mi madre era muy inteligente, podría haber ido a la universidad, pero no le dieron posibilidades, y eso a mí me duele, porque pudo haber sido una gran mujer. Claro, es una gran mujer ahora, es muy trabajadora, tiene sus recursos, ha sacrificado toda su vida para tener lo que tiene. Ella siempre me dice que si ella no hubiese sido india tal vez le hubieran dado posibilidades y eso me duele. Por eso peleo yo, por la causa indígena en todas partes. Por ejemplo, la señora Sara Millapan, que andaba hoy día en el hospital de Cochrane es viejita, ella va a sacar ficha en la mañana y el médico atiende seis pacientes y a la Sara no la atiende. Pero yo creo que si fuera no Millapan, si fuera “la señora de” o fulana de tal, la atiende en el número siete. Esa discriminación hasta la fecha existe en el servicio público; por ser indio y pobre no tienes ninguna posibilidad, y a pesar de todo lo que se habla, y toda la cuestión, sigue siendo igual.

Pero si yo estoy ahí para discutir que se le dé la atención, como debe de respetarse, ¡se la dan pues! Y estamos hablando del año 2005².

2 Año en que se realizó esta investigación.

Entonces imagínate, cuando yo veo a la Sara Millapan, pudo haber sido la situación de mi madre hace 40 años atrás, y eso duele, entonces yo reclamo y “pataleo”. Me molesta esa actitud, ¿entiendes?, tú lo notas y lo ves. O sea, si llega María Ester Quijanes Millao, aunque sea Millao, tengo preparación, sé defenderme y sé declarar mis derechos.

A mí se me atiende y se me abren las puertas, pero si la otra no es así como yo, las puertas se le cierran, y aunque digan que el Estado a mí me beneficia, el Estado no ve lo que pasa en las comunas chicas, porque en las comunas grandes es distinto, la gente tiene más opciones, porque yo en Coihaique si no tengo el hospital, tengo la clínica, tengo Fonasa, tengo médicos, pero en estos lugares públicos, pequeños, tengo el hospital no más y tienes que aguantártelas. Tienes una sola escuela, un solo liceo y entonces se nota la discriminación. Yo creo que a estas alturas todavía se nota esa discriminación, si eres de apellido indio y más encima eres pobre, las posibilidades son pocas.

Yo creo que a mi madre le sirvió que la hayan discriminado y la hayan tratado siempre de india porque a ella eso la fortaleció y después de todo eso que le pasó, se dedicó a trabajar, a tratar de tener todo lo que más pudo de recursos económicos, y todo a su nombre. Yo creo que eso le sirvió, porque tal vez si no hubiese sentido esa discriminación, le hubiera dado lo mismo ser Millao o no Millao; no se habría encaprichado, porque en el fondo se encaprichó en llegar a demostrar que su apellido vale en todas partes. Yo lo veo de esa forma.

Mi papá pasó a segundo plano, me entiendes. El abuelo de mi padre era español. No tengo idea de dónde sería mi abuelo, pero sí sé que era español y se cuenta que venía de la revuelta que hubo una vez en España³. En esa revuelta se arrancaron de allá. Por ahí llegó mi abuelo, mi bisabuelo en realidad. Yo anduve en San Felipe averiguando todos los antecedentes de mi abuelo para saber de dónde venía mi papá, mi abuelo, y él era español. Ahí se conversaba que él había venido en ese tiempo, el tiempo de la guerra.

Yo pienso a veces que cuando la gente es discriminada y sabe asumir esa discriminación en forma positiva, le sirve, porque trata de ser mejor y trata de demostrar que no son lo que se dice siempre; que “los indios son flojos, son cochinos, son borrachos”. Cuando alguien habla de un indio, automáticamente se le identifica en esa forma, que son “conflictivos”. Es el colmo, pero esas cosas pasan. Por lo menos yo he

3 Probablemente se refiera a la Guerra Civil Española (1936-1939).

conocido harta gente que tiene apellido mapuche y son, en realidad, personas muy inteligentes y valorables.

No todos son así, claro. Hay otros que se han dado el lujo de estudiar con la beca indígena, estudian toda su vida, después llegan a ser profesionales y más encima cambian su apellido. En Cochrane hubo uno que se dio el lujo de cambiar su apellido mapuche por uno alemán. Fue una realidad, y ahí le quitó el espacio a otra persona que podría haberse educado y tal vez su forma de pensar habría sido distinta.



Hace nueve años atrás pregunté por el tema de si aquí existía la beca indígena⁴. Resulta que me dijeron que aquí no había becas indígenas, que no existían. Y también me dijeron que aquí indios, en realidad, casi no había. Entonces me dediqué a buscar en un listado y encontré 150 familias indígenas en la comuna de Cochrane hace nueve años atrás.

Revisé el listado del registro electoral, porque ahí en esos listados están todas las familias, todos los nombres, y ahí estuve sacando todos los nombres. Aparecen familias numerosas, tú empiezas a buscar, está el papá, está el abuelo, están los tíos, están los hijos, están los nietos y están los sobrinos en una pura familia. Puedes tener diez, quince familias. De un viaje vas a encontrar una gran cantidad de familias que se han ido formando; después con la misma familia van aumentando. Y así hay apellidos acá: los Menco, los Mariman; o sea, apellidos indígenas hay hartos, 150 familias, y a mí me habían dicho que no existían porque cuando yo pregunté no había becas, no había nada.

Estaba motivada entonces porque en Coihaique existía la Rakidumtun. Yo conocía a varias personas dirigentes de las organizaciones indígenas de la Rakidumtun, porque eso me pareció que era necesario y como yo siempre he sido dirigente sindicalista, a través de todas las reuniones que teníamos nosotros, en esas conocí a estos otros dirigentes y empezamos a armar un tema indígena, y ellos empezaron a motivar que también en las otras comunas deberían existir organizaciones indígenas. De ahí empezaron a nacer las otras organizaciones, a través del trabajo que estaba realizando Rakidumtun.

A mí me dijeron, me hablaron: “Mira, ¿sabes? Lo ideal es que en otras comunas también existan las organizaciones indígenas porque

4 Beca que otorga el Estado de Chile desde 1990.

«Mi trabajo ha sido ese: de que la gente, así como a mí se me respeta, se respete igual. No porque seas negro, no porque seas mapuche, no porque seas pobre, tienes que dejar que el resto te pisotee».

también en esas comunas hay familias, y para que también tengan los mismos beneficios, y para que también peleen por sus derechos”. Por ahí empezó el cuento, porque cuando me vine para acá a Cochrane, en Coihaique ya existía la organización. Empecé primero por ver el tema de la beca indígena y sí existían, no muchas, pero existían, y después ¿quiénes tenían esta beca indígena? Ahí vi que eran solamente funcionarios públicos y eso fue lo que me molestó más todavía, porque ellos sabían, estaban informados: los hijos de los profesores, los funcionarios del hospital, creo que había como quince becas acá.

Ahí empezaron a aparecer las becas. Y después ya decidí que aquí en Cochrane debería existir una organización indígena. Estuvimos, para poderla formar, haciendo reuniones cuatro sábados seguidos, durante un mes para poder juntar los 25 socios⁵, porque cuando cité la primera reunión, llegamos cuatro, porque la gente de solo pensar que la iban a tratar de indios no aparecían, y menos de una organización ya más formal porque iban a estar “identificados” dentro de la comuna. Al final, el año 2000 ya logramos reunir los 25 socios y la formamos.

Y de ahí no hemos parado con el tema. Más que nada de lograr que la gente no la discriminen, que aprendan a defender sus derechos, ¡y lo otro es que no se sientan discriminados! A valorarse como personas, eso es lo que hemos logrado. Y creo que gracias a que personalmente me respetan, me saben respetar, ellos [la gente de la Asociación Manqui de Cochrane] también tienen que lograr eso.

Estoy bien contenta porque me he dado cuenta de que toda esa gente con la que yo he participado en la organización, muchos ahora no se dejan atropellar y cuando tienen que defender sus derechos, los defienden y cuando tiene que reclamar, reclaman, y cuando tienen que hacer un reclamo por escrito también lo hacen, o público o por radio. Eso me alegra porque sé que en el fondo el trabajo que yo he hecho acá en la organización ha servido para que la gente sea respetada.

⁵ Se refiere a la cantidad de integrantes que exige la actual ley indígena 19.253 para formar una “Asociación Indígena”.

Si tú ves antiguamente en las reuniones del año 2000 por ejemplo, cuando empezamos, la “bruja” que hablaba era yo, porque el resto de los dirigentes escuchaban, no se atrevían a hablar ni a opinar porque era como que si hablaban, los demás se iban a reír de ellos, o porque no tenían preparación [educación formal]. Eso me llamó la atención. Es que dentro de la organización yo hice la observación de la educación [formal] que tenía la gente y de 25 socios habíamos solamente dos personas con cuarto medio terminado; el resto, la gran mayoría, no tenía ni básica terminada y habían analfabetos. Entonces es ilógico que en estos años que se le da tanta posibilidad a la educación, esa gran cantidad de personas que tienen apellidos mapuche no tuviera la misma posibilidad de estudios que otros.

Es cierto que acá en Cochrane era más difícil y también es cierto que no había camino para ir a la escuela, que era difícil, pero en el fondo si uno empieza a observar la gran población, aquí los que no estudiaron y los que quedaron con básico, primero, segundo básico, que apenas saben leer, son justamente esas familias mapuche. Eso es discriminación porque en el resto de las familias que hay en esta comuna todos saben leer y escribir y muchos de ellos son profesionales.

También me alegra mucho que la organización haya servido, por ejemplo, que de todos los socios que han estado y han participado en la organización y se les ha incentivado a estudiar, de ellos hay yo creo que aproximadamente diez que terminaron su cuarto medio. Eso yo creo que ha sido un gran logro, que por lo menos hayan terminado su enseñanza media. Incluso hay dos niñas que ahora están estudiando en la universidad y que fueron de la organización y empezaron ahí. Ahora están estudiando en la universidad. Esos son logros, ¿te fijas? En el fondo ha servido para incentivar a la gente.

Yo creo que la organización indígena es vital porque es difícil que yo, de forma sola, independiente, pueda ir de una en una persona incentivándola a participar. Es diferente cuando tú tienes un grupo de gente con la cual tú vas transmitiendo el mismo mensaje y vas transmitiéndolo en forma continua, o sea, uno, dos, tres años. Va habiendo una rotación, porque no son los mismos socios que empezamos en el año 2000. Podemos haber diez que somos los continuos, que desde el año 2000 a la fecha continuamos de forma ininterrumpida, pero mucho de los otros han rotado. Yo tengo anotado al día de hoy 47 personas que han estado en la organización, pero de los 47 inscritos, los que van a participar podemos ser 25, pero de esos 25 ha habido una rotación.

Más de diez no somos, pero esos diez que estamos concientizados somos los que hemos ido cantando la misma canción: no a la discriminación, hacerse respetar, hacerse valer como personas, que son las cosas básicas. Yo creo que hay que incentivar a la gente, entonces son cosas básicas. Yo creo que me identifico por eso, porque mi trabajo ha sido ese: de que la gente, así como a mí se me respeta, se respete igual. No porque seas negro, no porque seas mapuche, no porque seas pobre, tienes que dejar que el resto te pisotee.

Digo esto porque también aquí es muy “importante”, que si la gente es blanca es como que es más valiosa y eso no es así, y uno eso lo capta. Por ejemplo, yo soy blanca, ¿te fijas? Y para la gente como que el blanquito pasa como blanquito, pero cuando tu piel ya no es blanquita, es distinta la cosa. Y no puede ser así: no porque tú seas blanco, negro, tienes que ser discriminado.

Sara Millapan Aucapan

La identidad reconstruida con obstinación

COMUNA DE COCHRANE

NACIDA EL 25 DE DICIEMBRE DE 1942

LA OTRA HISTORIA: EL APOORTE MAPUCHE WILLICHE A LA IDENTIDAD DE COCHRANE Y CALETA TORTEL



Presentación

Como tantas personas indígenas que hoy habitan la región de Aisén, no obstante provenir sus padres desde otros lugares, doña Sara es, en estricto rigor, “originaria” de esas tierras pues como sabemos por sus palabras, nació cerca del actual pueblo de Cochrane. En esta simple y aparentemente inofensiva afirmación quizás sea donde resida el núcleo de la metáfora dentro de la que se desenvuelve la identidad indígena – en este caso, mapuche– en este contexto. Se trata de una identidad que se ha construido, o más bien, reconstruido, en un ambiente no natural, muy diferente a aquel en varios aspectos incluso. Se trata aquí de una identidad reelaborada que ha tomado elementos culturales trasladados por los primeros migrantes – sus padres en este caso– de una parte, y por otra, los que no sin esfuerzo están ahora mismo en proceso. Sin duda esto último es lo más desafiante para las visiones tradicionales de “lo indígena”.



Mi nombre es Sara Millapan Aucapan. Tengo sesenta y tres años. Nací el veinticinco de diciembre. Hija de Francisco Millapan Quintremilla y mi madre Antonia Aucapan Nahuel, ambos fallecidos hace mucho. Ellos son originarios de Valdivia. Llegaron acá en busca de trabajo porque allá las cosas estaban mal, así que el hermano de mi papá los trajo porque tenía campo acá en Puerto Tranquilo. Por eso se vinieron y se quedaron viviendo. Ellos eran de un lugar que se llama Panguipulli. Yo conozco ese lugar, fui dos veces para allá. Anduvimos paseando cuando yo era chica, tenía seis años cuando fuimos la primera vez. Tengo varios hermanos, pero me crié con uno solo. Mi único hermano falleció en Argentina y yo lo vi antes de fallecer, nunca supe de qué fallecería. Abandonó su hogar y se fue. A mis otros hermanos ni siquiera los conozco. No los conozco porque mi madre me dejó abandonada cuando yo tenía cinco meses. Mi madre se fue para Argentina con otro hombre y ahí fue que estuve criada con mi papá y mi abuela paterna. Yo no le sé el nombre a mi madre. Así es que la única madre que conozco es mi abuelita y con mi hermano chico que me crié está muerto, así que estoy yo no más. Los otros viven Argentina. Nunca tuve vínculos con la familia de mis padres. Yo nací y me crié acá. Este es mi pueblo. Aquí me casé, tuve mis hijos y acá tengo que morir. Para qué voy a ir a morir a Panguipulli, es lejos.

Yo nací en el campo, en el Tranquilo, no en Puerto Tranquilo, es otro lugar, en el Río Tranquilo, que queda aquí cerca de Cochrane. Nacida y criada en el campo y después de vieja me vine a Cochrane. Yo salí de los diecisiete años de la casa y desde ahí no volví más, solamente a pasear. Ese campo fue vendido, donde nací y me crié. Ahora hay otro dueño, que es Pedro Muñoz. Ellos viven. Ahí quedó todo, casa, de todo.

El tío que nos trajo fue Julio Vásquez él era rico, tenía capital y lo trajo de peón a mi padre. Él era hermano de mi papá por parte de madre solamente, era hijo de otra parvada. Ellos conversaban que donde se criaron eran diferentes las comidas. Por ejemplo, se come la sopa de trigo, de arvejas. Pan se come poquito. No sé cómo estará ahora. Catuto también. Yo cuando chica sufría, no me gustaba. Era comida a la que yo no estaba acostumbrada.

La vida de mis papás acá cambió en todo, porque se dedicaron a criar animales. También las comidas son distintas. Acá se come más carne, pero igual uno se acostumbra. Mi abuela hacía huertas, hacía quintas, hacía telares y eso lo aprendió en Panguipulli, donde ella se crio. Yo igual aprendí, aunque yo aprendí después de grande. Por

ejemplo, yo aprendí a hacer cinchas, las cinchas que se les colocan a los caballos; juegos de maletas; ponchos; frazadas; fajas; peleros.

Esas cosas yo las aprendí cuando grande, por las mías, nadie me enseñó siquiera. Me rompí hartó la cabeza, pero aprendí y aprendí observando a la gente, a mi abuela y otras personas que también conocí. Yo no aprendí de chica porque en la casa era la única que había joven, entonces tenía que ver los animales y no me alcanzaba el tiempo para trabajar en tejidos y tampoco tenía necesidad. Después cuando uno crece hay más responsabilidades, así que hay que hacer para tener un billete siquiera y hacer otras cositas. Mi abuela sabía, porque ella fue criada allá en el norte. Yo creo que eso no se ha perdido. Eso aquí está en Cochrane, también se está aprendiendo todavía. En Prodemu han dado cursos de tejidos, por ejemplo, eso es bueno.



Yo siempre supe que era indígena, es cosa de ver mi apellido no más. El apellido la “acusa” a uno. ¿Ni siquiera hay que preguntar, no? Y me siento orgullosa, aunque algunos a uno le dicen indio. Pero nunca yo me he sentido mal, si total yo soy india y no me tengo por qué sentir mal. A veces, la sangre blanca, lo primero que le dicen a uno es indio de una manera mala y uno lo siente así. Lo que pasa es que somos distintos no más. Como hay indígenas feos, hay indígenas lindos. Igual que en la raza blanca hay gringos feos y lindos. De todo, como en la vida. En todo caso, yo no me siento mal cuando me han dicho india.

Tengo trece hijos. En ese tiempo no había ninguna entretención. No había ni tele en ese tiempo. Tuve unos pocos en el campo. En el campo siempre había una señora matrona que nos atendía a las mujeres. En el campo nunca se me murió ningún hijo, pero aquí en el pueblo sí. ¿Todo al revés no? No sé por qué sería. Ni siquiera se enfermaron los chiquillos en el campo. Hasta la fecha no han tenido que ir al hospital. Han ido a sacarse las muelas no más. Ahora mis hijos están grandes. En Punta Arenas tengo dos; aquí en Argentina, en Posadas, tengo una hija y los otros están acá en Cochrane. Mi mamá también falleció hace mucho tiempo. No me acuerdo cuándo.

Yo para ganarme la vida he estado tejiendo siempre, aunque ahora estoy embromá, tengo que tramitar mi pensión, pero no hay caso. Yo misma hilo la lana. Tejo allá afuera. Tengo una mediagüita. A mí me cuesta porque mi casita parece una cajita de fósforos. Yo no tengo

telar, sino que coloco unos palitos así no más. Yo no tengo telar bueno que sea hecho por un maestro.

Yo recuerdo que la primera faja que hice, se la hice a mi papá. La hice, la deshice una y otra vez. Me faltó llorar para poder hacerla, yo rogaba que pasara alguien que me enseñara, pero no pasaba nadie, así que sola no más me rompí la cabeza hasta que aprendí y últimamente estuve en Prodemu⁶ y ahí me enseñaron. En la casa cuando vivía con mi mamá nunca me dio por tejer, porque no me alcanzaba el tiempo. Mi mamá nunca me dijo que haga telar, ni yo tuve la iniciativa.

Mi papá sembraba avena, trigo, papas, arvejas, habas y se le daba todo muy lindo. Era muy buen campo. Usábamos el arado, al inicio no teníamos bueyes. Usábamos el caballo no más, yo montando uno, mi hermano en otro y mi papá con el arado, y así arábamos la tierra y nosotros usábamos puro natural. Así como estaba la tierra, todo lo que se sembraba se cosechaba. Después mi papá vendió. Faltó mi mamá y vendió y yo quedé en la calle, no pensó en mí en ese momento, así que después me vine al pueblo. Esta casa se la dieron a mi marido, que vivía en esta casa. Cuando estuvimos en el campo estuvimos bien, cuando nos faltó mi madre se nos echó a perder todo.

Yo creo que este trabajo es importante, porque así la gente se entera de cómo se ha criado. Porque la vida no es fácil, tuve muchos hijos y dígame usted ¿qué hacer? Yo sufrí mucho con mis hijos, yo tuve a mis hijos soltera, y es ahí donde se sufre mucho. Estuve nueve años sola, luchando por mis cinco hijos en ese entonces. Después de nueve años me junté con el marido que tengo ahora. Mi marido se llama Marcelino Beroiza.

Mis hijos no aprendieron las cosas que sé yo. Ninguna de mis hijas sabe hilar, ni para tomar los palillos siquiera. Hay que decir cómo es, para qué voy a estar mintiendo. La juventud de ahora no se molesta en tomar estas cosas, tienen otra crianza. Nada de andar paseando de aquí para allá: antes, la que no tenía nada que hacer, tenía que cocinar, hilar.

Me acuerdo que aquí en este pueblito no había nada. Me acuerdo que había que ir a Chile Chico para hacer trámites. No había oficina, no había nada. Había que ir a caballo a buscar víveres. Teníamos que

⁶ Se refiere a unos cursos de telar mapuche en el marco de un proyecto ejecutado por la Asociación Indígena Manqui, denominado “Difundiendo en el Baker Nuestra Cultura e Identidad Mapuche”, financiado por el Programa de Innovación de la Fundación Prodemu, de la Provincia de Capitán Prat del año 2003.

«Siempre supe que era indígena, es cosa de ver mi apellido no más. Y me siento orgullosa, aunque algunos a uno le dicen indio».

ir a donde Mondelo y Folch, que estaban más cerca. Cómo no va a ser una vida difícil. Imagínese que yo en el campo sola con chicos tenía que venir a buscar las cosas con mi pilchero, con un chico adelante y otro atrás, y para mí era difícil. En cambio ahora hay carreteras para arriba y para abajo. En esos años había puras huellas deslizadas de caballos y yo tenía que hacerlo, porque era por obligación para poder mantener a mis hijos. Eso se llama sacrificio, creo. Hoy, en cambio, las mujeres tienen jardín [infantil], pura comodidad no más. Se trasladan en vehículo. Antes no habían esas cosas, ahora hay escuelas.

Yo alcancé a estar un año en una escuelita vieja que había antes donde ahora está la escuela nueva y nos veníamos a lavar al arroyo Tamango a las siete de la mañana. Nos levantábamos, tomábamos desayuno después y entrábamos a clases todo el día. A las doce almorzábamos y de nuevo hasta la tarde. Ahí estuve unos dos años, pero después mi papá me sacó porque era la única y tenía que ayudar en el campo. Quizás si hubiera estudiado, hubiera estado diferente. Pero en general creo que logré cosas: mis hijos están criados, tengo mi casita... pero me encuentro sola otra vez, mis hijos ya se fueron.

Mi mamá me ayudó y enseñó a criar a los hijos. El primero me lo crío ella porque yo vivía con ellos; los otros ya los críe sola y como vi a mi mamá cómo lo hacía con el primero, después yo practiqué las mismas cosas y otras que a mí misma se me ocurrían. La gente antigua era muy cuidadosa, se preocupaba de que no estuviera sucio, que no se fuera atorar con la leche. Que cuando se afirmara no fuera a agarrar cualquier cosa. Yo críe un montón de hijos y nunca se quemaron con nada y otras mamás tienen un hijo y se queman y eso es porque no tienen cuidado. Yo me acuerdo que con el primer hijo, cuando tenía que ir al arroyo, lo dejaba atado en un cuerito con una fajita y así evitaba que se acercara al fogón. Cuando tuve mi casa, nunca conocí la estufa, tenía el fogón.

Nosotros teníamos una casa grande de tejuelas y el fogón al medio y para cocinar mi mamá colocaba unas piedritas arriba con una latita y

encima colocaba las ollas. En otra casa estaba las piezas para dormir. Así me crie. De todos mis hijos, dos están muertos.

La vida ahora es distinta. Encuentro que es mala la relación con los hijos. Están diferentes los hijos, ya no respetan a sus papás. Antes se les decía “usted”, ahora se les dice “vos”, “tú”, “che”. Al menos mi familia antes no era así. Así es que yo a mis hijos los crie así, que me digan “usted”, pero ellos no han criado a sus hijos así. Encuentro que están mal criados, yo les digo siempre: “¿Por qué los criaron así si yo no los crie así?”. Encuentro que mandan más los hijos que los papás ahora. Yo creo que ahora está peor, porque si uno les aplica el correctivo, los hijos la demandan ahora, y ¿cómo enderezar a los cabros?

Lo que está mejor ahora es que hay más facilidades para vivir. Yo nunca dejé de ser hija cuando yo era grande. Cuando era casada, si mis papás me mandaban, tenía que ir no más. En ese sentido, está muy mala la cosa. Ahora hay más comodidades, porque ahora las mamás llevan a sus niños al jardín infantil y pueden trabajar tranquilamente. De la cosa que me siento más orgullosa es que mis padres me supieron criar. Sé respetar a una persona. No me tengo por qué ocupar de las cosas ajenas y llevármelas, porque no tengo por qué llevármelas y eso le agradezco a mis padres. Quizás cómo hubiera sido, a lo mejor sería ratera, ladrona. Creo que lo peor de una persona es ser mal ocupado, porque uno puede ser pobre pero no ser mal ocupado. Las personas la andan apuntando cuando es incorrecta una. Yo creo que en mi pensamiento tengo la razón.

Enedina Rain

Una vida esforzada, siempre una sonrisa

COMUNA DE COCHRANE

NACIDA EL 17 DE NOVIEMBRE DE 1940



Presentación

El testimonio de doña Enedina representa un gráfico ejemplo de la siempre abundante complejidad del fenómeno que se ha dado en denominar étnico y que en las tierras patagónicas pareciera serlo incluso más. Lo es desde el momento en que –según ella misma confiesa– su conciencia identitaria mapuche “tangible” es de muy reciente data, concretamente desde el momento en el que ingresa a la asociación indígena Manqui, de Cochrane, y se informa allí del significado de su apellido. Pero ¿podríamos afirmar seriamente que antes de aquel suceso la señora Enedina no era mapuche? Ciertamente esto no es así y en este punto precisamente reside a nuestro entender la riqueza de su testimonio. El acervo cultural que maneja doña Enedina, al contrario de otros testimonios recogidos aquí, en efecto no le fue heredado en línea directa por sus padres o abuelos. Ella adquirió sus conocimientos –que son, sin duda, mapuche– primero a través de sus padres adoptivos y segundo, por su natural disposición para aprender e incorporar todos los conocimientos que le resultan atractivos. ¿Es que acaso los conocimientos adquiridos de sus padres adoptivos, por no ser ellos directamente indígenas, quedarían invalidados desde una óptica indígena “tradicional”? Ciertamente pensamos que no es así, y es aquí donde se abre –creemos– una nueva y rica dimensión al análisis de la identidad indígena contemporánea en nuestro contexto: que la cultura e identidad originaria es una especie de substrato que portan y reproducen no sólo quienes pertenecen por ascendencia y herencia al colectivo, sino quienes por una influencia poco o nada reconocida o asumida, sin duda la portan. Esa es otra arista de esta “otra historia”.

Mi nombre es Enedina Rain. Estoy inscrita con un solo apellido, en el año 1940, el diecisiete de noviembre. Mi madre era Aurora González, el segundo apellido no me acuerdo y en realidad no lo sé. El nombre de mi papá es Ramón Rain Chiguay. No tengo muchos recuerdos de mis padres. Yo me crie solita, como un pajarito que andaba de un lado para otro. Me crie guacha. A mí quienes me criaron fueron unos abuelos muy buenos. Tiene usted que haber escuchado de los viejitos, en especial de la viejita Rosalía Gallardo, que le decían la Chalia⁷.

No recuerdo muy bien de dónde venía mi papá, creo que alguna vez lo escuché decir que venía de Calbuco⁸, yo no sé dónde exactamente queda eso. No puedo asegurar si era ese lugar exactamente, no estoy muy segura. Lo que sí le puedo asegurar es con respecto a la abuelita que me crio a mí, la Chalia, ella venía de Calbuco también. Como le decía yo, ellos fueron los abuelos que me criaron. Mi papá y mi mamá me abandonaron cuando yo era chica. Conocí a mi mamá en el año sesenta, cuando yo estaba casada. En esa oportunidad, ella no me echó ni pasto, ella tenía otra hija de apellido Monsalve. Por lo que yo me di cuenta era regalona, pero por lo que yo supe después, ella le hizo la desconocida.

Yo creo que mi mamá nos abandonó porque tiene que haberse aburrido de mi papá, que era un borrachín y su problema lo hacía irresponsable, no le importaban los hijos, no le importaba esposa, no le importaba nada. A nosotros sus hijos, nos dejó tirados. Éramos tres hijos nosotros, Juan y Emilio. A Juan lo dejé de ver cuando yo tenía dieciséis años, fue la última vez que lo vi. En una oportunidad que nos vimos, yo tenía a mi hija y lo único que sé es que después se fue para Argentina. No tengo idea si él vive o está fallecido. El otro hermano es Emilio y es fallecido.

Como le decía, la persona que nos crio fue la señora Rosalía Gallardo Altamirano y fue desde cuando yo era muy pequeña. Yo tenía dos años cuando ella me recogió, así me cuentan las personas que me conocen desde guagua y así también supe por qué nos habían abandonado. Mi papá, como era borrachín, se fue a tomar como siempre y

7 Según otras referencias, esta persona ocupaba el rol de partera en los primeros años de Pueblo Nuevo / Cochrane (ver I. Municipalidad de Cochrane, 2004:24).

8 Calbuco, del mapuzugun *kallfü* ('azul') y *ko* ('agua'), es decir, 'agua azul' o 'aguas azules'. Calbuco es una ciudad pequeña –actualmente comuna– ubicada en el continente, más o menos frente a Ancud, en la Isla Grande de Chiloé. Socioculturalmente, Calbuco, pese a no estar en la Isla, pertenece en propiedad a la tradición chilota (ver Ramírez Sánchez, C. (1995) ob. cit. Pág. 35).

«Nosotros supimos de nuestros orígenes cuando se formó la Asociación Indígena Manqui. Ahí vinimos a saber recién qué bichos éramos».

mi mamá se fue con otro hombre para Argentina. El motivo por el cual dejó a sus hijos no lo sé. Éramos tan chicos y nos abandonó.

La señora Rosalía también tenía hijos. Cuando se vino de su país tenía solamente una hija. Ella venía de Chillán y después tuvo tres hijas. La Anadelia se quedó en Chile Chico; la Cayoy se quedó donde se crio, pero no he sabido nada de ella, me dijeron que estaba en Argentina, en Comodoro [Rivadavia], pero no he sabido más de ella, debe estar viejita, quién sabe. Como le decía yo, con respecto a mis padres sé muy poco.



Soy una persona sin estudios, nunca fui a la escuela. A mí no me dieron estudios, eso es lo malo de los que me criaron, nunca me dieron estudios. En el caso de mi papá verdadero, él no se preocupó nunca. Si hubiera sido otro padre, hubiera dicho o se hubiera preocupado siquiera de darnos educación. Yo no sé leer ni escribir, pero eso no significa que no entienda las cosas porque siempre me he preocupado de aprender y guiarme con las personas que comparto. Siempre estoy informada de las cosas, ya que escucho la radio y no me hacen lesa. Escucho radio desde la cinco de la mañana, cuando me despierto. Yo creo que la herencia más grande que le deja un padre para su hijo es el estudio. Eso es lo que yo pienso.

En mi caso, yo tuve ocho hijos, los críe lo mejor que pude, se educaron un poco; en especial acá era muy difícil educar a los chicos y cuando el dueño de casa cincha por otro lado y no hace nada por los hijos ni por la mujer, por su hogar, es más difícil aún. Pero en mi caso tengo que ser agradecida porque siempre me ayudaron terceros, por ejemplo los carabineros. Yo siempre lo reconozco y lo converso. Ayudaron especialmente a mis hijos y a mí. Los señores de carabineros a veces me vestían a mí y a mis hijos. Yo no puedo olvidar esas cosas, estoy tremendamente agradecida. Me acuerdo de un teniente en especial, un tal Urbina. Me acuerdo que era un chiquitito, no era más grande que yo y era delgadito, menudito y a su señora le llamaban

9 Se refiere al lugar de origen de la señora Rosalía, Calbuco. Ver nota 8.

Mena, porque se llamaba Filomena. Esa señora les tenía un especial cariño a mis hijas mayores, recuerdo que las vestía de pies a cabeza.

Los nombres de mis hijos son Raúl, Juan, José Domingo –que está en Argentina, en Caleta Olivia– y Emilio –el otro varón, que se encuentra viviendo en Coihaique–. Con respecto a las mujeres, la Cecilia se encuentra viviendo en Coihaique también y además están mis otras tres hijas: la Rosa, la Carmen, y la María. Aquí en Cochrane tengo a dos hijos solamente: el Juan y el Raúl. Yo creo que cuando uno tiene hijos, uno tiene mayor motivación para trabajar y fuerza a la vez para poder hacer el bien a ellos, ya sea para criarlos, para darle estudios, poder comprarles sus cosas... Uno tiene que hacer más esfuerzo.

El padre de mis hijos fue a fallecer a Coihaique. Él se llamaba Juan Puebla Diocares. Yo me casé como a los veinte. Uno antes se casaba por necesidad o por obligación, era como una forma de salir de la casa como le decía yo. A mí me criaron otros abuelitos y en mi caso, el viejito era muy mañoso; él se llamaba Ignacio Vargas Matamala. En cambio la viejita era muy buena como persona, ayudaba a mucha gente, hacía remedios, arreglaba huesos, dejaba a las personas como nuevas cuando se quebraban. Aquí hay muchos buenos recuerdos de ella. Ella aprendió esas cosas donde se crio. De allá ella ya venía con esa sabiduría.

Parece que cuando era muy jovencita, ella trabajó con un médico; quizás por eso ella sabía arreglar huesos. Parece que así fue porque ella sabía mucho, fue una mujer muy querida. Recuerdo que la venían a buscar a medianoche: a medianoche salía, no se hacía problemas. Fue una mujer muy humanitaria. Yo tengo un poco de eso, del saber de ella, pero cuando uno es joven, no le llama la atención nada casi, pero hay cosas que me acuerdo. Cositas que a uno le sirven hasta ahora. Por ejemplo, el de aprender a trabajar bien, el no ser una persona incorrecta, no ser una persona mal ocupada. El ser responsable. En el fondo, ella fue mi madre, como dicen, el que cría es el padre y la que cría es la madre, porque cómo que saca alguien tener un hijo y después dejarlo botado como un bichito cualquiera, todo tirado, así lo considero yo. Yo crie a todos mis hijos a mi lado. Ahora yo ya estoy libre, cada cual en su lugar.

Mi niñez la tuve en Chile Chico. No me acuerdo en qué año nos vinimos para acá. Nos vinimos porque nos fue a buscar un hermano de la finá Rosalía. Ellos se vinieron engañados para acá. Aquí en Cochrane cuando nevaba, nevaba mucho, ni comparación como ahora. Las casas

no eran como ahora tampoco. Recuerdo que mi abuela colocaba unos palos, ponían unos cueros y ahí me colocaban. Me colocaban encima unas frazadas y ellos trabajaban. Yo quedaba por ahí arrumbá, como se dice. El hermano se portó muy mañoso con ellos, porque ellos en Chile Chico no estaban mal; después con el tiempo ellos tuvieron que salirse de ahí, porque les negaban hasta la comida.

Por lo que yo sé, el motivo de venirse mis papás para acá fue principalmente por su hermano, ya que él les dijo que les iba a ayudar. Y todo a través de mediería: chacras a medias, todo eso. Pero lo que pasó es que después de que hicieron todas las chacras, no pasó nada. Limpiaron unas tremendas chacras, ya que la abuela Rosalía era muy buena para trabajar, igual que un hombre. Pero después el hermano se puso mañero.

Cuando nosotros llegamos a Cochrane había una casita vieja. En esa casita vivía un viejito, que no me acuerdo de su nombre. Después, acá más arriba, había otra casita. Ahí vivía un viejito de apellido Irquén y en otra casita, allá en el otro lado, donde está el río, vivía un tal Raipillan. Por allá en el rincón.

Antes de llegar a Cochrane, ellos también tenían campo allá en Chile Chico. Con respecto a mi papá biológico, era tan mañoso que él nunca conversaba nada. No se preocupaba de las familias para nada; a él lo hicieron, como dicen por ahí, hecho con el mocho del hacha. Era bien brutito. Allá en Chile Chico vivíamos en una casita, no más era un ranchito, no hay comparación con esta cocina fogón que tengo aquí. Esta es flor de casa, en comparación con la que tuvimos. Esa la hacían con cartones, latitas viejas, arpilleras, estas últimas eran las puertas. Antes así eran.

Cuando llegaron acá, los abuelos tuvieron que empezar de cero y así yo aprendí cosas. Además que ellos me enseñaron hartito. Yo antes aserraba madera con esas sierras de brazos. Ojalá pillara una para tener de recuerdo siquiera. Si encontrara alguna, yo la compraría y podría cortar siquiera un palo. Mi vida fue una vida entera de trabajo. Cuando me encuentro con personas por ahí, me dicen: “A esta vieja no le pasan los años”. Yo creo que la sonrisa ayuda mucho para no envejecer. Yo eso lo he escuchado por radio a un especialista de Argentina. A mí me han echado de menos cuando yo dejo de ir a los lugares que yo visito.

Siempre viví cerca de los abuelos que me criaron. Vivían aquí cerca, en el altito, y siempre los visitaba. Yo me separé de ellos hasta el final, cuando los llevaron a Coihaique, cuando se enfermaron y los llevaron

allá. Cuando murió la abuela Rosalía, debe haber tenido unos ochenta años. Ella al final se perdía. Primero murió el abuelo, cuando lo llevaron a Coihaique. Él duró poco, más o menos un mes y falleció. Él era más joven que ella, tendría como setenta años, pero murió primero que ella.



Lo que yo sé hacer lo he aprendido mirando a otras personas. Fui muy intrusa desde muy chica. Una vez vinieron a hacer un curso en lo que fue antes CEMA Chile, hace muchos años atrás. En ese entonces dieron un curso de telar. A mí me gustó siempre. Enseñaron un tejido que todavía a la fecha no lo he hecho, pero lo tengo en mi memoria grabado y lo voy a hacer.

Yo empecé a hilar primero para hacer medias. Me enseñó una viejita que se llamaba Estela, no me acuerdo de su apellido. Esa era una señora más chiquitita que yo. Siempre me acuerdo de ella porque me enseñó a hilar, a hacer medias, hilar a telar diferentes hilos. Me acuerdo que cuando yo era chica, siempre me estaba dando la flojera a mí. Entonces agarraba un pedazo de lana, amuñaba un poco y se lo tiraba al huso para que se le enrede [risas]. Esto sería cuando yo tenía unos seis años, hace mucho tiempo eso, cuando nosotros vivíamos en Jeinimeni, eso queda de Chile Chico para acá¹⁰.

En ese tiempo hice mis primeros trabajos, después con el tiempo sentí la necesidad de hacer tejidos a telar y no hallaba cómo hacerlos, porque no sabía. Así es que me acerqué a una señora que sabía hacer tejidos a telar y le propuse que le daba cinco ovillos de lana para que me enseñara, y la viejita no me quiso enseñar. Un poco mañosita y egoísta era la viejita y eso que era mi amiga y mi vecina. Después llegaron a hacer ese curso que le contaba y llegué con una mentira para poder ingresar. Llegué preguntando como si anduviera buscando a una persona y me puse a mirar el tejido y así aprendí yo: intruseando se podría decir. Ahí vi tejidos que todavía recuerdo y no los he hecho.

La señora que yo le digo que me enseñó cuando yo era chica, ella era de Chiloé. Esa señora estuvo después acá con un tal Manuel, tampoco me acuerdo del apellido. Después ella se fue a Chile Chico a caballo. En esos tiempos se viajaba a caballo. Ella estuvo mucho tiempo con nosotros en Jeinimeni y fue en ese periodo que nos enseñó a hilar. También fue ella quien me hizo mi huso. ¿Qué será de ella, no? Nunca más la vi. Ella debe estar muerta.

¹⁰ 65 km al sur de Chile Chico.

Así fui aprendiendo y ahora último ya pude hacer diferentes tejidos. Yo aprendí también por Tato. Eso fue por un hombre. Era un viejito que vivía aquí cerca, un vecino; se llamaba José Levicoy. Él me conversó y me dijo cómo tenía que hacerlo y solamente me lo explicó una vez. Y fue porque yo quería pagarle a una señora para que me enseñe, pero no lo hizo. Entonces él me dijo: “No le andes rogando a nadie, yo te voy a decir cómo se hace”. Y me dijo. Y un día él vino para acá a la casa para ver cómo lo había hecho y me dijo: “Vas a aprender, vas a aprender bien”. Yo desde el momento que aprendí, no dejé más de tejer. Siempre me hago un tiempito en cualquier ratito que tengo y tejo. Comencé tejiendo medias, después vendiendo hilado, después hice cinchas. Las peleras son aquellas que se colocan en los caballos.

Yo no sé me los nombres de todas las partes [del telar], pero me sé algunos: los fijadores son los que van en las manos, el otro es el *purapaguen*, que es el que va cruzado, no el que va atravesado. Donde se hace el urdido yo sé que se llama *gerewe*, eso me lo enseñó una de las personas que me ayudó a aprender el telar¹¹.

Yo creo que estos últimos veinte años, yo siento que sé tejer mejor. Me gustaría aprender más diseños. Tiempo atrás vino una chica joven a enseñarnos, pero fue muy poco tiempo, esos diseños más laboreados y a mí se me olvidó la armadura. Si pudiera venir de nuevo debería venir al menos unos diez días.

De las personas que asistimos a ese curso con esa señorita, hay una señora que aprendió muy bien los diseños. No me acuerdo el nombre de ella, pero ella no siguió tejiendo. Yo pienso que cuando uno aprende algo tiene que hacerlo o por último compartirlo con otras. Esto de los tejidos se les enseñó a varias mujeres y solo unas pocas siguen trabajando. En mi caso, yo me quedé con la muestra que hicimos, pero mi problema es que se me olvidó la armadura del telar. El tejido está en todas partes, inclusive una vez se llevaron una manta a Valparaíso, también para Argentina, Santiago, para allá donde vive mi hija en Argentina.

Yo sé que hay gente a la que no le llama la atención tejer a telar. Un ejemplo claro son mis hijas. Ninguna de las cuatro hijas que tengo se van a enredar con un huso o una máquina o con un poco de lana. Siempre me acuerdo de mi hijo Raúl, quien envolvía el mate con un carrito de lana y ellas, las mujeres, como no les gustaba, mi hijo se

11 Para ver un análisis comparativo de los tipos de telar de Cautín, Chiloé y Aisén, ver Galindo Oyarzo, L. (2001), pp. 65-71.

«Empecé a hilar primero para hacer medias. Me enseñó una viejita que se llamaba Estela. Ella era de Chiloé».

las pasaba, que me daba risa. En cambio, a los hombres les gustaba. Ellos torcían lana, hilaban, escarmenaban lana, manejaban. Todo eso yo les enseñé y lo hacían todos. Aprendieron los cuatro hombres, les gustaba ese trabajo.

Yo siempre he vivido en el campo. A mí no me gusta el pueblo, aunque siempre he querido tener una casita porque a veces vengo a reuniones y uno se desocupa tarde, entonces uno así podría quedarse en el pueblo en esas ocasiones. Mi viejo está intentando de ver si puede solicitar una vivienda, aunque parece que está difícil, pero yo le pregunté a una señorita del Serviu y me dijo que se podía. Vamos a ver qué pasa con eso.

También siempre estuve con las siembras, desde pequeña, porque los viejitos eran muy buenos para trabajar, así es que por ahí yo también he ido trabajando así. Uno también va compartiendo semillas y así va teniendo. Por ejemplo, me regalaron un puñadito chiquitito de quinua, así es que con ese poquito sembré y en esta temporada coseché. Fue la abuelita Rosalía la que a mí me enseñó a trabajar en la tierra. Ella se dedicó a enseñarme.

La abuelita Rosalía manejaba conocimientos. Recuerdo que manejaba la salvia, el orégano y remedios de campo: la seca de caballo, el buey curu, la lenga de piedra, el alfarerillo. La lenga de piedra lo usaba para los riñones. La seca de caballo lo usaba para la vejiga, no me acuerdo bien. Después está la limpia plata. Más al norte deben haber hartas de esas hierbas que acá no se ven. Tanto la limpia plata como la zarza parrilla sirven para la compostura de la sangre. La abuela Rosalía era muy sabia con los remedios, con los trabajos del campo y lo otro lo fui aprendiendo más tarde yo sola.

Usted me pregunta ¿quién soy yo? Bueno, yo me defino como una mujer que ha aprendido a trabajar y me siento orgullosa de saber lo que sé y agradecida también de las personas que a mí me enseñaron. También personas que a mí me enseñaron haciendo y fueron personas extrañas. Esas personas ya están muertas. Lo último que he estado aprendiendo ha sido porque he sido inquieta para aprender. Observo y me fijo cómo son las cosas. Yo creo que a mí me gusta aprender, me gusta salir adelante. Siempre he tenido ese espíritu de ser valorada por

lo que yo sé. La gente que me conoce siempre me dice: “Ya está en la tierra, a usted nunca la pillamos en la cocina, siempre trabajando”. Así es. Cuando vienen los de INDAP me dicen esas cosas.



Nosotros supimos de nuestros orígenes cuando se formó la Asociación Indígena Manqui, cuando la señora María Ester [Quijanes] nos invitó. Ahí vinimos a saber recién qué bichos éramos. Yo en mi caso cuando supe me sentí bien y creo que no hay que sentirse mal. Cada cual es como es no más, uno no puede ser ni más ni menos, aunque algunos yo sé que se sintieron mal por ser indígenas. A mí me gustó cuando la María Ester leyó un libro y leyó los significados de los apellidos. El mío significa ‘flor’. Había otros que significaban ‘águila,’ otros ‘cóndor,’ distintos significados. A mí me gustó saber eso, aunque a otras no les gustó saber el significado de sus apellidos, pero en el fondo era porque se sentían mal por el apellido y algunos tenían los dos apellidos y se sentían mal igual. Nosotros los indígenas habemos de distintos colores y eso es por la cruz que ha habido en nuestro país, ¿no?

A mí me gustó mucho cuando leyeron ese libro del significado de los apellidos. Unos eran muy bonitos y otras eran feos. Me acuerdo de uno en especial que significaba ‘puma’ y me reía mucho. Creo que las flores son una cosa que alegra, quizás por eso yo soy alegre, porque toda flor es alegre, ¿cierto? Y quizás los que son de significado águila son más vivacetas.

En la organización indígena Manqui he aprendido cosas, pienso que ha sido importante. Fui la primera socia, una de las primeras. Fueron unos días de lluvia, me acuerdo, pero yo iba no más. Conversé con la señora María Ester [Quijanes] y le dije: “Yo tengo dos nietas y me gustaría que les llegara la beca indígena”. Y con el tiempo, les llegó la beca a las dos. Me siento muy bien por esa parte, estoy feliz por estar en esa organización. Yo creo que es importante la organización siempre que uno sepa llevar su organización. Debe haber amistad y sobre todo, respeto. Para mí forma de pensar la organización es como una familia.

Un buen hombre y una buena mujer para mí es cuando esa persona es humanitaria, es servicial, no hace excepciones. Que sabe ayudar a otra persona, da la mano a otras gentes. Yo tengo una ahijada aquí de cincuenta años más o menos, toda una vida. Es la Miriam Vera. A ella la conozco hace cincuenta años, como le digo siempre nos hemos ayudado cuando necesitábamos. Por ejemplo, nos convidábamos medio

kilito de sal si alguien necesitaba. Hay otras personas buenas que se han ido, otras que se han muerto, yo tengo recuerdos muy bonitos de buenas personas. Han sido personas respetuosas; si pueden ayudar a otras personas, ayudan o también le dan una idea si pueden salir adelante, si tiene dudas de algo, le consultan y esas personas responden a esas dudas y le dan una buena explicación. Así pienso que debe ser una persona buena.

Lo otro también que no he contado es que yo soy gauchota también. Yo iba a ver a mi papá, que estaba en el Fachinal¹². Yo pescaba mi caballo, mi pilchero y un chico que me acompañe para viajar y en tres días estaba en Fachinal. En ese tiempo había que cruzar por la “Cruzada de las Llaves”¹³. En ese tiempo, uno se demoraba cuatro horas en esa vuelta y había una parte que la llamaban “La Cadera”. Ahí en ese lugar había que tirarle las marcas, los cojinillos, a los caballos para que pudieran subir solos para arriba. Y subía con los chicos al hombro. Y sola después había que desensillar los caballos y pasar de a un caballo, había un arenal ahí. Había que tener cuidado en ese lugar porque una vez que se derrumbaba el arenal, después venían piedras, venía ese bote de piedra desde allá arriba y pescaba los caballos y los botaba mil metros para abajo.

Si yo naciera de nuevo, haría las mismas cosas. Si pudiera hacer más, haría más. Cuando uno tiene treinta años uno siente que todavía le queda por caminar, porque todavía tiene mucha vida, pero a la edad mía uno se va quitando el trabajo para cuidarse la salud. Mi compañero, mi viejo, me dice: “¿Para qué trabajas tanto? Si ya no tienes chicos, ¿para qué te estropeas tanto?”, me dice. Hasta cierto punto le hallo la razón porque por mi edad debo cuidarme y yo creo que lo hago. He dejado mucho de trabajar en comparación a como lo hacía antes.

12 Se refiere a un lugar situado cerca de Chile Chico, a orillas del lago General Carrera.

13 Sector del Camino que bordea la Ribera del Lago General Carrera, se ubica entre Fachinal y Mallin Grande. Es un enorme acantilado por el cual cruza el camino recientemente construido que tiene una vista espectacular del lago.

Sara Parada Millar

Un metafórico (y real) recorrido por la otra historia

COMUNA DE COCHRANE

NACIDA EL 19 DE SEPTIEMBRE DE 1924

LA OTRA HISTORIA: EL APOORTE MAPUCHE WILLICHE A LA IDENTIDAD DE COCHRANE Y CALETA TORTEL



Presentación

En una de las paredes de la modesta vivienda social que habita doña Sara Parada Millar cuelga un diploma que le fue entregado por la Municipalidad de Cochrane como reconocimiento público por su calidad de “pionera del Baker”. En un contexto local y regional en el que el concepto “pionero” goza de legitimidad social, sustentada por una historia hegemónica que brinda honores a determinados personajes y circunstancias, el homenaje de doña Sara por lo menos escondía en lo más profundo una leve mueca de ironía.

Es un hecho que el sector que detenta el manejo histórico del concepto pionero fue el sector que en su momento se enfrentó a las personas como la familia de doña Sara por el derecho básico a habitar un territorio. La familia de doña Sara se enfrentó y tuvo serios conflictos, tanto en Valle Simpson como en el Baker, con el poder e influencia de dos empresas privadas. Esta pugna reunió en su seno a los dos actores sociales que determinaron la fase contemporánea de la región de Aisén: empresas privadas y pobladores espontáneos haciendo valer su derecho al suelo propio.

El testimonio de doña Sara, marcado a ratos por esa especie de fatalismo que es típico de las personas que han tenido una existencia llena de esfuerzo, se abre como una especie de escalera donde confluyen de una sola vez todos los actores y procesos paradigmáticos de esta parte de Chile: la pugna de los colonos espontáneos con las empresas ganaderas y un Estado que al comienzo es ausente, pero que por la fuerza de los conflictos declarados se ve obligado a intervenir¹. Y al final, en el peldaño más recóndito, está lo que siempre estuvo: que un porcentaje importante de esos pobladores protagonistas de la historia regional eran y son indígenas, como doña Sara, la “pionera” del Baker.

¹ Con resultado “favorable” para los pobladores en Valle Simpson debido a su porfía y organización y al informe del ingeniero Pomar; “desfavorable” en el Baker, porque no había similar organización, porque siempre hubo otras tierras que ocupar, o porque esta vez la Estancia Río Baker tuvo otra estrategia, incluyendo que el ingeniero Oportus le fue más proclive.

Yo soy nacida en Valle Simpson en el año 1924. Mis papás primero trabajaron en la Argentina y de ahí cuando me quisieron tener a mí, se vinieron a Chile, porque no les gustaba la Argentina pues. A ella no le gustaba Argentina, así que allá [Valle Simpson] estuvimos un par de meses y de ahí se vinieron al Manzano a vivir ellos. Ahí tenían un pedacito de tierra, pero por encimita no más, porque de repente los sacaron a todos los pobladores. No ve que la Estancia de Lucas Bridges quería acaparar todo. Sacaron a la gente, los desalojaron y ahí salimos nosotros *pa'* otro lado¹⁴. Nosotros fuimos ocho hermanos y todos están muertos. Solamente quedo yo.

Salimos del Baker. Estuvimos en El Maitén. Yo tenía 17 años cuando nos fuimos al río Nef, al campo, donde está mi campo por lo menos. Después que nos fuimos al Nef arrimamos una casa de ahí. No quisieron llevarme a la Argentina, porque yo me quería ir a trabajar a la Argentina, no quería estar acá. No me llevaron nunca mis viejos, no me dieron permiso para que me vaya a trabajar. Así que ahí me junté con una persona y ahí pasé mis años, mi vida en el Nef. Tuve a mis hijos, unos pocos todavía hay vivos y otros pocos se murieron, y así. Mi primer hijo tenía 16 años cuando se ahogó en el río. A los años después se enfermó otro. Ese tuvo una enfermedad que no se la conocieron los médicos. Lo llevaron a Punta Arenas y no se mejoró, falleció ahí. Sufrí mucho, estuve como un año donde todos los meses lo llevaba para Chile Chico a control. Le daban remedio. Una vez lo mandamos con

14 El caso de la familia de la señora Sara Millar, a nuestro juicio, representa muy bien una especie de síntesis de la historia de los conflictos por la constitución, la propiedad de la tierra y, a la larga, la conformación sociocultural de Aisén. Conflictos que fueron emblemáticos a principios del siglo xx y en los cuales estuvieron involucrados, por una parte, las grandes empresas concesionarias, como la SIA (Sociedad Industrial de Aisén, en Valle Simpson y la Estancia Río Baker) y los pobladores particulares, que ocuparon tierras espontáneamente, como el caso de la familia de doña Sara. En efecto, ella nació en Valle Simpson, cerca de Coihaique, una zona en la que el conflicto descrito fue solucionado mediante la visita en 1920 del ingeniero José Pomar de la Dirección de Obras Públicas, quien dejó un texto imprescindible de esta visita [*La concesión del Aisén y el valle Simpson*] en el cual aparecen referidos los familiares de doña Sara como unos de los primeros en poblar el Valle (ver Pomar, J. 2002: 83, 88, 92 entre otras). En el listado de pobladores que proporciona Pomar, los Manque aparecen como originarios de Ranco y los Millar, de La Unión. Doña Sara también aparece registrada por el censo de Oportus (con 3 años es la número 12) junto a su padres Manuel Parada Torres (núm. 9), Gregoria Millar “Márquez” (sic); y sus hermanos Alberto (núm. 11, 5 años) y René (núm. 13, 2 años). La familia Parada Millar está consignada como ocupante de la “ribera del Río Baker”, y el hecho de que hayan tenido que cambiar de lugar fue uno de los efectos directos del informe de Oportus.

«La historia de acá no habla mucho de los indígenas porque no se han preocupado de preguntar de los apellidos».

uno de los hijos que estaba allá en la Argentina, después se enfermó y no tuvo mejoría.

Después ya falleció mi viejo también. Ya me quedé sola, me quedé con mi puro chico, que se quitó la vida solo, ¿qué le pasaría? Él se fue a quitar la vida en el Cristo, se colgó en el Cristo. Él era tan católico. Tenía adornada su pieza con santitos y virgencitas. Ya me quedé sola después, me fui para Argentina donde otro hijo que ahora no puede caminar. Yo tuve siete hijos; seis hombres y una mujer. El mayor se llamaba Velencio Real Parada. De ahí sigue Juan; el que vino a verme la otra vez, ese se llama Juan; el que sigue es Heraldo, ese no me viene a ver nunca, y el Victoriano también.

Juan trabajó 27 años en una estancia y de ahí salió. Anda por ahí solo, arrendando campo para sus animalitos, porque sacó animales de la estancia, y además sacaba plata. Él fue que me dio plata para que postule a casa, esta casa me la dio él, y ahora accidentado no puede trabajar, tiene que pagar para que le vean sus animalitos porque no se puede venir con animales desde la Argentina, no lo dejan pasar. El Victoriano, que le digo Nino, se fue para allá y más de 20 años que no viene.

Yo tengo 81 años. Todos me encuentran todavía joven. Todo lo que yo he sufrido han sido años. Lo he pasado mal, mal, por la muerte de mis hijos. Cuando murió el mayor, yo no me podía componer. Una comadre de Chile Chico me ayudó, yo no podía comer, no podía dormir, estaba en los puros huesos, así que me llevaron pa' allá. Andaban conmigo, un brazo una y un brazo la otra, me llevaban para todos lados. Me hacían caminar, me llevaban a los negocios, a andar por las chacras. Así me compuse un poco, pero de ahí me enfermé de la pierna, me tuvieron cuánto tiempo colocándome vitaminas, hasta que me operaron. No había caso que me compusiera. Sufrí tanto con las muertes de mis hijos, en especial el último porque de un momento a otro me dijeron que había fallecido.

El día que falleció mi hijo no me dijeron, pero yo me di cuenta. Yo venía pa' acá pa' abajo enmantá. En una bajada grande que hay de

«En Cochrane casi todos son indígenas. Aunque uno no fue criada de la forma como dicen en los libros que viven, cuando me han leído».

repente en la playa vi dos personas y allá siempre andaba tan poca gente. En ese tiempo yo veía bien, así que los quedé mirando en el cerro antes de bajar. Conocí que uno iba en el caballo de mi hijo, me dio un susto, me dije: “¿Por qué viene otra persona en el caballo de él?”. Entonces bajé y me encontré que era mi sobrino y le pregunté yo: “¿Por qué vienes en el caballo del Chilo, qué le pasó al Chilo?”. Él me dijo: “Está enfermo y quiere que usted lo vaya a atender, le dio una gripe”, me dijo, “está muy mal”. Yo no lo creí y lo seguí, y me puse a llorar. Me vine con él, todavía no se oscurecía bien. Cuando llegamos al balseo, vi un montón de gente a la orillas del Baker. Yo dije: “Cuándo mi hijo, cuándo va a estar vivo”. Había gente esperando. Cuando llegué, lo sacaron del bote, supe que había muerto. No supe cómo llegué a Cochrane...

Mi viejo se vino de un pueblo que se llama Bariloche, de Argentina. Él era argentino, por ahí vino. Se llamaba Juan Real Montesinos. Se vino porque su mamá se murió jovencita. Junto a sus hermanos quedaron huérfanos, dos hermanos, y el papá al poquito tiempo se buscó otra señora. Este ya tenía 17 años y no le gustó, porque el papá buscó otra madre para ellos. Así que se fue y se vino aquí al Cañón Verde que le llaman. Queda aquí en la frontera no más. Existe una estancia, así que se vino a trabajar a ese lugar. Estuvo no sé cuántos años trabajando ahí. El 29 [1929] se vino pa' acá parece y llegó al campo que todavía está ahí.

El campo él no lo solicitó, porque él era argentino, y a él no le dan campo. Así que cuando él falleció, a los dos o tres años, yo lo solicité, porque anduvieron los ingenieros. Así aproveché de solicitarlo. Me dieron los papeles, todavía están. Yo tengo deseo de venderlo porque cuando uno no pueda trabajar, con la platita que me da el gobierno no voy a vivir; pa' comer alcanza, pero para vivir no alcanza. Son 600 hectáreas, pero no son digo yo, porque en caso que la mensuraran, no son, porque cuando la mensuraron los primeros ingenieros eran 400 hectáreas. Después vino otro ingeniero, quien me dijo que lo solicite no más y tenía otros papeles que decía 600 hectáreas. Y así quedó, al

menos en los papeles, con esa cantidad. Si lo mensuran de nuevo, a lo mejor es diferente, ojala saliera esa cantidad.

Mi mamá exactamente no sé de dónde venía. Pero lo que sé es que pasaron por la Argentina, en un lugar que le dicen el Cansao. Estuvieron por mucho tiempo porque la hija mayor, mi tía Candelaria, se quedó ahí. Se casó en ese lugar. No sé exactamente de dónde venía mi mamá. Sé que cruzaron la cordillera desde Chile, un lugar donde sacaban muchos piñones. Hay piñones que pertenecen a Chile y otros piñones que pertenecen a Argentina. Antes me conversaba ella que venían carros y carros a buscar piñones. En ese tiempo no había vehículo, así que se usaban carros. De esos lugares venían ellos. Yo creo que hasta ahora hay indios por ahí. La señora Ester [Quijanes] nos conversa de eso, de qué hay allá. No ve que nos tiene a todos reunidos, mejor dicho a unos pocos. A reunión, nunca va reunir a todos.

Mi mamá se llamaba Gregoria Saturnina Millar Manque, indígena por todos lados. El papá de ella se llamaba Antonio Millar y su mamá Matilde Manque. Yo me acuerdo de ella porque de grande fuimos a estar con ella, antes que muriera a Valle Simpson. La familia Millar es re grande. En ese lugar era peste de Millares. Había dos hermanas y un hombre y casados tenían un montón de hijos. Ahora ya no están quedando. Mi mamá nunca volvió para el norte. Mi mamá murió de cáncer al estómago. Ella se fue para Tortel y por ahí se enfermó. La cuidó una nieta hasta que falleció. Mi abuelita murió de viejita.

Yo he estado en el Blanco, el Valle Simpson; queda cerca de Balmaceda, un poquito pa' acá. Queda más cerca de Balmaceda que Coihaique. Yo tendría a lo mucho tres años cuando nos vinimos aquí al Manzano. En El Manzano estaríamos unos seis o siete años, más no estuvimos. Yo era chica cuando nos fuimos pa' el otro lado. Me acuerdo que estaba cayendo una nevazón, una escarcha que se pega en la ropa. A mí me llevaban debajo de una manta. Yo iba enojada porque no me destapaban la cabeza para ir mirando. Fue en pleno invierno. Después nos fuimos al Maitén, había unos cuantos pobladores. Ahí sí que era bueno, era buen campo.

Finao papá llevó una tía, porque la tía se separó de su marido, tenía animales la viejita. Se repartieron el capital. Tenía como 600 ovejas y no tenía donde llevarlas, así que mi papá tenía campo, le pasó el campo y se fueron a medias y le dio un lugarcito para un ranchito. Pero después no quiso salir más, no la pudo sacar, o bien se haría el que no la pudo sacar, ya que como era argentino... Hasta que compró la viejita

ahí, pero con la plata que le cobró apenas alcanzaría para comprar un par de zapatos cada uno. Nosotros nos quedamos sin nada, yo cuando salí de ahí tenía 17 años.



Mis papás me enseñaron a trabajar. Mi mamá me enseñó el trabajo del tejido; después el trabajo de cortar palos, hacer cercos; enyugar bueyes; arar tierra para sembrar. Yo lo sabía hacer y lo hacía. A mí no me importaba tanto si mi finao marido estuviera o no estuviera, porque nosotros amansábamos bueyes.

Yo sé esquililar igual que un hombre. Empecé de pequeña, de chica. Cuando estaba acá, yo tenía 40-50 huachitos [corderos lanares], porque una vuelta un tío me dio veinte huachitos. Los hicieron apartar, porque los corderos se lo llevan sin madre, quedaban huachitos. Yo los crié todos. Después que me casé con el finao Juan, yo se los di a él. Después, con el tiempo, tuve a medias con el finao Pedro Olivero y Rosario Arriagada¹⁵, que están sepultados aquí. Pobrecito el viejito, me regaló vaquillas al parir y con esas vaquillas hice capital de vacas. Después, los papás me entraron a vender mis vacas y a mí eso no me gustaba. Me entraba a enojar. Un año quedaron siete sin parir y las siete las vendieron.

A mí me gustan todos los trabajos del campo. El tejido es más tranquilo. Está en la casa una. Los animales es más divertido, uno al menos no se aburre porque uno anda feliz y contento; sigue un caballo, sale. Yo ahora último quedé sola con mi hijo, él me dejaba un caballo en el potrero y me encargaba las ovejas. Así que en la mañana tempranito tomaba mate, buscaba mi caballo ensillao y salía tarde y mañana.

Yo aprendí sola a hilar y a tejer medias mirando a mi finá mami. Yo hacía hilo igual que ese hilo pa' costurar, no creían que ese hilo lo hilaba yo, que tenía que ser comprado decían. Yo les decía: "Compren ese hilo en el negocio, a ver si van a hallar de este hilo. ¡Si lo hilo yo!". No me creían, porque las últimas dos fajas que me habían mandado hilar, cuando ya falleció Chilo, ya estaba jodía porque ya no veía. No tenía memoria para nada.

Mi abuelita finaíta me armaba el telar. Mi abuelita se llamaba Matilde Manque, el segundo no me acuerdo. A ver, era parecido a Nahuel, pero

¹⁵ Este matrimonio figura en el censo de Oportus con los números 131 y 132 respectivamente, habitantes del sector de la Confluencia del Baker y Chacabuco (1928: 52).

no era Nahuel. Ella tuvo paciencia conmigo. Yo era bien regalona, yo me acuerdo que en las tardes yo las acompañaba junto a una tía, la tía Catalina, que era soltera. Ellas querían que las acompañara. Tenían una casa grande con hartas piezas y entre las piezas tenían una cocinita bien arregladita donde tomaban mate antes de acostarse. Se iban de su cocina y tomaban mate y hacían hartos quesos, en todo tiempo, y me venían a llamar para que vaya a tomar mate con ellas. Así es que tomaba mate con ellas y después me iba.

Como siempre he tenido paciencia, así yo donde estaba, estaba bien. Yo recuerdo cuando estaba con la finá Rosario Arriagada, me iba a buscar y yo me ponía triste. Cuando me acostaba yo decía: “Ojalá que cuando despierte ya esté con mis viejitas, capaz que en la noche durmiendo iba a ir”. Yo pensaba eso, la ocurrencia mía y despertaba a media noche y me daba cuenta que estaba acostada en mi cama, que era lesa, ja. A mí me gustaba estar con la abuelita, estuve mucho tiempo con ellos, porque esos viejitos [Rosario y su esposo] no tenían familia. Nunca tuvieron hijos. Ellos nunca me pegaron, ninguno de los dos. Me acuerdo que la finá fumaba y el finao la dejaba fumar cuando íbamos a buscar leña.

Aprendí a hilar a los 6 años. Mi huso me lo hizo Luis Millao, no era familia, era amigo de mis papás. Llegaba a parar a la casa, como antes habían pocas casas y tanta gente que caminaba, pasaban siempre a la casa y a él se le ocurrió hacerme un huso. Me lo hizo con una tortera de vacuno, todavía la tengo. Me han hechos torteras buenas, una de greda, otras de plomo, esa la he perdido. La de hueso no se pierde; así que esa tortera la tengo de los seis años¹⁶. El palito lo he cambiado, porque se gastan y los otros husos que tengo aquí, también es muerto. Me lo hizo don Tiburcio Bravo.

Lo primero que tejí fue calcetines y después una manta, pero la manta la armé mal. Encargué anilina azul, la teñí azul con rayitas amarillas y lo armé. Había tejido un cuarto, pero me di cuenta que no iba quedando cuadrada. Lo desarmé todo, lo ovillé todo y lo volví a armar y me resultó. Cuando tenía 18 años en adelante me puse tejendera, después hice frazadas, y es fácil, porque se utiliza un hilo más grueso. Yo pensaba anoche: “No tener un telar grande para poder tejer una frazada”. No se terminan nunca esas frazadas, a todos les hice manta.

16 La tortera es, según una definición de diccionario, una “pieza de madera, cerámica o piedra complementaria del huso” (http://www.puc.cl/sw_educ/textileesandinos). Habría que agregar aquí, el hueso como material.

«Yo hacía hilo igual que ese hilo pa' costurar. No creían que ese hilo lo hilaba yo, que tenía que ser comprado decían. Yo les decía: “Compren ese hilo en el negocio, a ver si van a hallar de este hilo. ¡Si lo hilo yo!”».

Tejer una frazada no es nada, es lo mismo que tejer una maleta, una cosa así. Uno se echa un día. Las peleras de monturas, tejía dos, porque el hilo es grueso. Entonces uno anda rápido.

Le dije al finao Juan cómo se hacía el telar para que haga un telar bueno, porque se le ocurrió que le teja otra manta, de tres colores. Una manta que se le ocurrió, con un hilo bien finito. No me va a creer que me tardé un mes tejiendo. Sufrí tejiendo con esa manta. Me hizo un telar de madera verde. Con el tirón del hilo se va arquear: “No me va a servir”, le dije. “Cómo no te va a servir”, dijo él. En el tejido tiene que estar bien tirante el hilo y bien ovillao, porque si hay una hebra más larga que otra, se corta; si están todos parejos no se corta, así es que por eso sufrí.

Después otro telar bueno me lo hizo José Muñoz Tizanao. Él tenía toda su familia en Ibáñez, era un hombre tranquilo. Yo lo mandé a hacer, se lo compré. Le dije que me lo hiciera como se hacen los telares, con agujeritos. La quilgua, para que vaya para abajo, quede tirante el hilo. Después, le coloco estaquita, para que no vaya pa' arriba y ahí lo ato con la correa, así no se corre. Si es liso, el palo va cediendo la correa, porque el tejido va pujando, y ahí es donde uno trabaja pa' tejer.

Las primeras mantas que hice, las teñí con cáscaras de coigüe. El único yuyo que yo ocupé. Las hervía, porque ese tiñe amarillito, y le ponía un poquito de hollín. Eso puede estar tirado al sol y nunca se destiñe. A mí sola se me ocurrió porque yo sentía que teñía y no tenía con qué teñir. Yo he escuchado ahora que la cebolla, el calafate, la raíz... Pero después teñí con anilina no más. Antes, venía a donde Melero, cuando era chiquitito. Ahora no puedo entrar a comprar a ese lugar porque me mareo. Tanta gente: pasan pa' allá; pasan pa' acá. No ve que yo no estoy bien de la cabeza.

Yo sé bordar bonito; antes, ahora ya no. Me lo enseñó la profesora, porque yo estuve en la escuela unos meses. También aprendí a leer y a escribir. Sabe, yo escribía bonito, pero tampoco ahora lo puedo hacer,

pero firmo sí. Mis profesores fueron Ester Salas y el Luis Alvarado Ruiz. Yo creo que fue el primer profesor que hubo acá en Cochrane, cuando hicieron la casa grande de dos pisos, yo estaba interna como ahora. Antes tenía que venir del campo, tenía once años yo. Estuve como tres meses. Ese año nos vinimos del Valle Simpson. Cuando fuimos a ver a los abuelitos y llegamos acá, nos trajeron enseguida a la escuela.

A mi mamá no le gustaba Argentina. Mi mamá siempre nos conversaba de donde venía, pero ahora yo no me acuerdo. Toda la gente que vivía en el Simpson tenía capital. Los primeros que llegaron se formaron con animales vacunos ariscos que habían, según me conversaban. Se juntaban cinco a seis personas e iban. El animal que encontraba uno, quedaba para uno no más. El que tenía más suerte, cría más animales. Con eso hicieron capital esa gente, sembraban y ganado en el Simpson. Esas tierras eran tan buenas, sembraban trigo, avena, arvejas, papas.

Tenían unas inmensas chacras de papas. Pasamos el invierno allá, llegamos en buen tiempo, en la cosecha de las papas. Salimos a ayudarle a cosechar a donde iban los abuelitos. Esa gente era unida, se juntaban los vecinos, sacaban una chacra de papa. Les costaba hartos días, pero después terminaban esas chacras y se iban donde el otro vecino. Se ayudaban unos con otros, hacían esas cuestiones de milcao. Pelaban una, dos bolsas de papas, hacían milcao en las noches, me acuerdo yo.

Casi todos eran indígenas, porque la familia de mi abuelita estaba un hijo que estaba casado. Estaban los Troncoso, pero de los nuevos, de los pichones; en esos tiempos los conocí allá. Eran mujeres grandes, casadas; la Hilda, la señora Chana. Yo los conocí allá. Los Orellana eran pobladores igual y eran hartos. Los lugares ahora son tan distintos. El Valle Simpson era muy lindo, porque eran buenos campos, campos parejos, buenas casas y todos los campos cerrados. Antes se cerraban con quila y ahora no, son alambrados. Está todo muy diferente.

Mi finaíta mami con unos tejidos ganó unas vaquitas y así nos formamos. Teníamos como unas veinte vacas. Ella era una tejendera, hacía mantas con bordado, con dibujos. Por eso digo yo que yo no fui tan buena como mi mami. En hilar no más soy muy buena. Ella no nos enseñó mucho, no tenía mucha paciencia. Igual que mi hija, no tiene mucha paciencia con mis nietas. Así que yo les enseño a mis nietas. Si usted les pregunta, le van a responder que lo que han aprendido se los he enseñado yo.

A la que le sacaron foto se llama Aira Olivares Arias, es mi bisnieta, y ella sabe hilar, yo le he enseñado. Porque algún día se van acordar, siempre se van a acordar de mí, la Fabi por lo menos ayer me dijo: “Cuídate, abuelita, no te olvides el día que tu mueras, no te olvides de llevarme. Si es cierto, por lo menos, que los muertos vienen a buscar a los vivos, tú tenís que llevarme”.



Yo en verano a las cinco horas de la mañana ya estaba levantada. En el campo antes no había tantas comodidades. Teníamos una quintita y la regaba a puro balde. [Sacaba el agua de] una laguna que había, a veces estaba seca y tenía que ir al río y ese estaba lejos. Para tener algo, hay que regar todas las tardes. Eso era cuando yo ya tenía familia y ya era mujer grande. Yo lo aprendí de mi mamá.

Mi mamá hacía unas tremendas quintas. Sembrábamos de todo: repollo, zanahoria, qué sé yo. Melgas de papas en la quinta, de todo lo que se siembra. Yo en mi caso cuando tenía mi quinta allá arriba, traía mis cosas a venderlas o cambiábamos por lozas o cualquier cosa. Cuando me refiero a quinta, me refiero a quinta de verduras y también de frutales, de cerezas. Las semillas las encargábamos a Aisén. En ese tiempo sonaba más Aisén que Coihaique.

Cuando me casé, yo me fui al Nef. Nunca más fui a Valle Simpson y a Coihaique. Cuando fui a buscar los papeles del campo, estaba distinto. Antes íbamos a caballo, ya que no estaba la carretera. La primera vez que vine a Cochrane había tres casas, cuando tenía once años. Estaba la casa de Quintana, un negocio y la escuela. Después no me acuerdo qué poblador; después vine otra vez y había más pobladores.

Por los apellidos uno sabe que es indígena. Aunque uno no fue criada de la forma como dicen cómo viven en los libros, cuando me han leído. El finao de mi viejo llegó con su abuelito. Llegaron de Brasil. Eran de Brasil y lo trajeron a Bariloche. Ahí sembraban, él nos conversaba todo. Esos libros de los indígenas, tenía muchos de esos libros. El finao Emiliano Pérez, parece que ese hombre le pasaba los libros. A nosotros con mis hermanos nos gustaba escuchar porque ahí estaba toda la historia.

Si uno tuviera la oportunidad de volver a vivir, yo trataría de estudiar, porque yo tuve buena memoria. Con mis hermanos yo estuve una temporada, me vine en noviembre, y aprendimos como si hubieran estado tres temporadas. Imagínese, yo sé leer y escribir, no me costó. Me

«Mi mamá me enseñó el trabajo del tejido; después el trabajo de cortar palos, hacer cercos, enyugar bueyes, arar tierra para sembrar. Yo sé esquilas igual que un hombre».

pasaron un silabario, que se llamaba “silabario fácil”, y después nos dieron otro libro y también lo pasamos. Era grande. Yo aprendí a sumar, a restar. Después se me olvidó porque dejé de hacerlo. Mi hermano Alberto sabía más porque él estuvo una temporada más, pero como nosotros éramos pobres, el fináito papi fue a la Argentina a buscarnos la ropa, porque ni eso había acá, para llevarnos nuevamente a la escuela. Estaba desensillando en el puerto de los Cuevas, su pilchero, le fue a tirar al cabestro y la yegua se le arrancó y cayó al agua, así que después no tuvo plata para volver a comprar todo de nuevo¹⁷.

Me gusta tener animalitos. Mis gallinitas para los huevitos, en fin. El tejido me gusta. El otro día cuando no podía hacer nada me encontraba aburrida, estaba triste. Yo estoy acostumbrada a hacer tantas cosas. Cuando estaba esquilando, yo ayudaba a esquilas, a hacer los vellones. Yo ayudaba a hacer la comida. Yo aprovechaba todos los ratitos. Así es que yo andaba con mi huso en todos partes. Descansaban ellos y yo necesitaba hilar, siempre fue así. Me gustaba trabajar, también costureaba.

He sido muy trabajadora, empeñosa. Cuando se “enfermaba” una mujer para tener guagua, yo la ayudaba. Lo aprendí de mi abuelita, porque yo la acompañaba a ella y a mi tía. Mi mami también hacía ese trabajo, antes no había nadie, había que ayudarse. Éramos como matronas. Yo partía con mi caballo cada vez que me necesitaban.

En Cochrane casi todos son indígenas, unos por el papá, otros por la mamá, por los abuelos. A mí me encontró por el apellido una vez que fui a pedir ficha por el hospital y me anoté en la Asociación [Indígena Manqui]. También pensé en mis nietas, para que puedan estudiar ya que el gobierno da becas. Yo digo que hay poca gente de apellidos diferentes, que sean españoles o de otros países, acá. Aquí hay más gente de apellidos indígenas. La historia de acá no habla mucho de los

17 Para una descripción de nombres y usos de los aperos de las cabalgaduras usados en la zona, ver el capítulo 2, “El Caballo” del trabajo de Galindo Oyarzo, L. (2001: 36-41).

indígenas porque no se han preocupado de preguntar de los apellidos. Por eso no saben. Yo por mi madre soy india, por mi padre soy español.

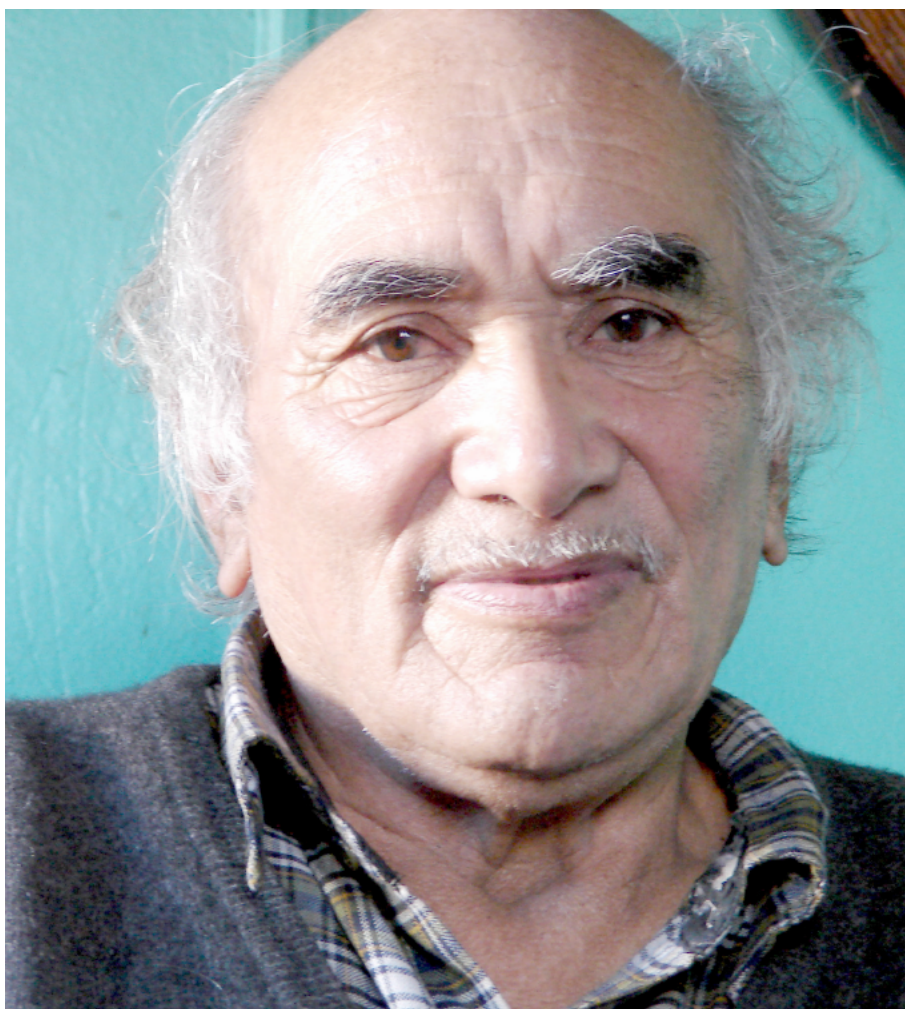
Los chilotes que llegaron casi todos eran indígenas. Yo he visto, me han conversado y yo he leído libros. Yo le puedo decir que los chilotes saben hacer milcao y todo eso. Yo digo que los indígenas tienen que haber ayudado a formar este pueblo porque hay tantos. Nosotros hemos trabajado, todos antes teníamos algo. Yo quise trabajar de avanzada edad, pero como estoy media fulera no me dieron trabajo, así que estoy en mi casa. Siempre me quise ir a Argentina, pero nunca me pude ir, me gusta la gente de allá. Yo siempre he sido una mujer trabajadora y de campo. Nunca estuve de empleada. Seguiré trabajando mientras pueda.

Luis Alberto Aguilante Aguilante

Una longitudinal travesía por las palabras y las cosas

COMUNA DE COCHRANE

NACIDO EN 1929



Presentación

Existe, ya sea por una marca de origen o tal vez por una especie de burbuja metodológica –nos referimos a aquello de la “objetividad” y la “distancia” en el acercamiento a los “otros”–, la tendencia a considerar a los testimonios de tipo etnográfico como anclajes de saberes y conocimientos que se sitúan fuera de lo contemporáneo. Se subentiende así, que el ideal de un relato de este tipo es que refiera a situaciones que están en el ámbito de tradiciones culturales, casi siempre asumidas como cosas del pasado: “costumbres de los antiguos”.

Dicho sesgo también lo asumimos aquí como uno de los elementos fundacionales de este trabajo. De hecho, un tema de discusión metodológica no menor en la fase de los aprestos fue si los testimonios debían o no privilegiar en exclusiva a las cosas de “antes” (personas, costumbres, etc.) en desmedro de las de “ahora”. Ese “antes” que por no estar en estos tiempos, ya sea por pérdida, por abandono o imposición, ya no es tangible más que en los recuerdos. Pero como es usual que ocurra en este tipo de trabajos, la irreprimible fuerza de la oralidad desplegada a sus anchas hace resquebrajar –o por lo menos cuestionar– las convicciones, incluso aquellas disfrazadas de teoría.

He ahí la valía de relatos como el de don Luis Aguilante. Valor que no sólo se ejemplifica en su aporte de conocimiento que tiende a reforzar una de las hipótesis centrales de este trabajo: que la identidad indígena, pese a los cambios y azares varios, se aferra y reproduce en el contexto estudiado, anclada en ciertos elementos culturales materiales y simbólicos que serían un núcleo duro difícil de trastocar (el manejo de la materialidad orgánica, como podríamos llamar a la cultura de plantas y telares; el sentido de pertenencia étnica; una visión intercultural del entorno, etc.).

Don Luis navega con la prestancia de sus palabras por diferentes dimensiones del tiempo, el de sus mayores y el suyo propio. Y como persona vigente que es, piensa su yo a partir del nosotros de su pertenencia, su múltiple identidad de williche/

chilote/aisenino/cochranino, pero también agrega a estos rasgos uno que entronca bruscamente la historia colectiva de su contexto específico con la historia social y política reciente de la Patagonia en particular y de Chile en general; don Luis, en su calidad de militante de una causa política y social, fue una víctima de la dictadura militar de Pinochet.

Aparte de la valentía, que aun ahora hay que valorar, de reconocer su pasado militante, las sencillas palabras de don Luis encierran otras dimensiones tanto o más enriquecedoras; empezando por un párrafo –a nuestro juicio asombrosamente aleccionador para nuestra condición de investigadores indígenas– donde a partir de su conocimiento interpela al tipo de trabajo de investigación histórico no responsable con sus protagonistas de carne y hueso. También cuestiona la historia local y su noción de los “pioneros”; es capaz de oralizar de vuelta a la escritura e incluso a la tecnología actual en su versión de la lectura sobre el calafate, Internet y las “máquinas”. Esto último, por extensión, ¿tal vez sea una metáfora incompleta del futuro inmediato de Cochrane y su referente geográfico por excelencia: el Baker?



Mi nombre es Luis Alberto Aguilante Aguilante. Nací en 1929, tengo 76 años. Nací en Chiloé, en Mechuque¹⁸. Esta es una isla que queda al frente de Castro, la capital.

Mi madre me trajo a no sé qué edad, pero yo era bien niño, era una guagua, y me crie en Aisén. En esos años se vinieron muchas familias de allá, que trajo el general Ibáñez cuando fue presidente y el intendente era Marchant en Aisén¹⁹. Trajeron una colonia de 25 familias a poblar el río Aisén. Hay libros que han escrito sobre eso. Yo como le digo, me crie en Aisén y soy nieto de uno de los viejos que llegó y me conozco a la gente de los antiguos todavía. Me acuerdo de las personas y de las cosas que se hacían; cuando se hacían las mingas, hacían todas esas cosas, porque así llegaron esos. Yo en esos años tendría, a ver, no lo sé, pero soy nacido en 1929; en esos años tendría unos diez años, es fácil sacar la cuenta.

Las familias que llegaron lo hicieron al río de Los Palos. En todos esos ríos metieron gente, de ahí donde está el puente, abajo, donde están los Yáñez. Del otro lado había una población donde estaban los Marimanes; antiguamente donde estaba el puente del otro lado había una familia Mariman. Esa viejita murió de más de 100 años, ella se perdió y como al año la encontraron, estaba sentada en un canelo. Después se vinieron hartas personas, de las que me recuerdo: Chávez, Lillo. Todos ellos se quedaron allá arriba en el río Los Palos y poblaron por la laguna, todas esas partes, el Pangal también. Ellos no se vinieron por cuenta propia, los trajeron e incluso le entregaron esos campos a esa gente para que los trabajen, porque eran campos vírgenes. Ahí trabajaba la gente, ahí me crie yo, en esa parte.

Después cuando tenía unos doce años, como le dije, salí y me vine al pueblo. Después mi mamá me reclamó y mis abuelos me trajeron al

18 En el Archipiélago de Chiloé existen a lo menos dos islas con este nombre. Una en el Golfo de Ancud, de la cual proviene doña María Leonila Mansilla Huilquiruca [ver su testimonio en p. 102]. El lugar al que hace alusión don Luis se encuentra justamente frente a Castro y pertenece al grupo de las llamadas islas Chanques. No es extraño que dos lugares tengan el mismo nombre, más si comparten las mismas características topográficas. Entonces el significado de Mechuque sería el mismo, es decir, 'lugar golpeado por las olas'.

19 Carlos Ibáñez del Campo gobernó Chile en dos períodos, el primero entre los años 1927 y 1931. Durante este período es cuando el Estado chileno toma posesión de la región, pues es en el año 1928 (28 de enero) cuando se crea el "Territorio de Aisén", un año después se crea la Provincia. Luis Marchant González fue intendente de la provincia desde 1928 hasta la caída del gobierno de Ibáñez, en julio de 1931. En este período se fomentó el poblamiento de la región mediante concesiones de territorio a familias, tal cual relata don Luis (ver Ortega, H. y Brüning, A. (2004: 78).

«Mis abuelos hablaban el idioma indígena, yo los escuché hablar, hablaban entre ellos».

pueblo cuando ya tenía más o menos unos 17 o 18 años, cuando salió González Videla²⁰. Entonces nos perseguían mucho, nos buscaban en el trabajo, me perseguían, y como yo era medio conocido de Enrique Villalobos... Él era teniente de Carabineros en la Entrada Baker, él me trajo para acá [Cochrane] y aquí me quedé trabajando con él un tiempo en la Entrada Baker. Después estuve en el campo que tenía él. Ahí trabajé muchos años, como doce años. Después me retiré de ahí, como en el 60; después trabajé en caminos. Aquí en el pueblo hice de todo: hice tejuelas para la escuela, también hice pega pa' los curas; hice tejuelas para Conaf.

En el tiempo del Golpe, en el tiempo de Pinochet, también nos tuvieron ahí arriba y así estuve trabajando en el alambre, haciendo tejuelas igual; en ese tiempo de jefe estaba Aguilera, que tiene bar ahora. Las tejuelas se hacían para hacer casas, eran de lenga. Aquí no hay ciprés. La íbamos a buscar en la montaña arriba, ahí donde están las cabañas ahora. En todos esos lados trabajamos en ese tiempo, y así trabajé y pasé por todo. Después trabajé aquí en el pueblo, trabajé en CORHABIT [Corporación de la Vivienda]. En ese tiempo cuando entró el “Señor Pinochet”, después del 73, yo trabajaba en CORHABIT, que era antes lo que es Serviu hoy día. Ahí estuve trabajando cinco años como maestro segundo. Después, cuando fue el Golpe, trabajaba de bodeguero y después me echaron, no me pagaron nada.

Fui exonerado político acá en el pueblo. Tenía solamente dos calles pa' caminar. Después toda mi documentación se quemó cuando se quemó la Tenencia de Carabineros.

No me acuerdo cómo era Chiloé porque yo era muy chico. Mi gente, eso sí, tenía sus costumbres, por ejemplo ellos hacían las mingas, hacían todas esas cosas. Cuando se casaba alguien de una familia, le hacían su casa, todos sus muebles, en unión, en comunidad. Alguien

²⁰ Se refiere al gobierno de Gabriel González Videla (1946 - 1952), quien fue electo por una coalición de partidos políticos (Frente Popular) que incluyó a los comunistas, a los cuales posteriormente proscribió y persiguió mediante una ley conocida por estos como la “Ley Maldita” y oficialmente como “Ley de defensa de la democracia”, dictada el 3 de septiembre de 1948 y que se mantuvo vigente durante todo el resto de su mandato. Esta ley fue derogada en 1958.

de la familia les hacía la casa, ¿cierto? Aserraban, eran 6 aserradores de sierra de a lazo. Se aserraban cuatro abajo y dos arribanos, ¿son seis, cierto? Un arribano aserraba y el otro iba con la cuña abriendo las tablas y casi en el día hacían la madera. Eso se llamaba minga en esos años. La gente allá era muy unida. Ya cuando murieron los viejos, cambió la cosa.

Los chilotes salían mucho de la isla por trabajo, a formarse en otra parte. Salían para Argentina, las señoras quedaban solas. Mis abuelos hablaban el idioma indígena, yo los escuché hablar. Hablaban entre ellos, eran toda la gente que vino de la isla, toda la gente que vino de la isla eran amigos; los Antipanes, los Maripillan... no recuerdo bien, han pasado tantos años. Pero había de todo ahí, eran familias del mismo lugar. Eran veinticinco familias y a esas familias les dieron todo: facilidad para hacer campo, les dieron casa, animales, pero hoy día no debe quedar nadie; eran gente trabajadora, ni nietos deben quedar porque vendieron todo. Algunos se fueron, otros murieron; algunos se fueron a trabajar a Puerto Cristal, eso queda allá cerca de Chile Chico.

Así se “crio” Aisén, se formó Aisén. Yo he visto hartos libros, a veces me gusta alegar. Yo me río con ellos [se refiere a otros investigadores] porque andan “proyectando” –perdón– así como ustedes. A veces no dicen las cosas como son; una que le informan mal, otra que le cambian las palabras. Porque hoy día a todas las cosas les han cambiado los nombres. Un amigo me dijo un día: “Vamos a ir a un camping”. “¿Qué es un camping?”, le pregunté. “Un paseo, pues, hombre”, me dijo. Entonces yo le dije: “Se llama paseo y no camping, eso es inglés”... Igual por ejemplo esas cosas que está formando nuestro gobierno. Hay un montón de cosas que uno no tiene idea qué son y uno estaba acostumbrado antes a otra cosa.



En esos años antes era difícil. Yo me crie en Aisén, como le dije. Después yo salí joven; en ese tiempo cuando entró González Videla ya me vine para acá. Me vine con don Enrique Villalobos, que después llegó a ser comandante de Carabineros, jefe de la Tenencia. Ese tenía un campo –yo fui su socio al otro lado del Baker– pero por circunstancias de la vida terminó trabajando solo. Y aquí me crie, crie a mi familia, le di un poco de educación a mis hijos. Una sola hija, la menor, fue a estudiar a Chile Chico, llegó hasta cuarto medio. Ahora está en Coihai-

que. Después los otros, el mayor no ve que escribe libros, no ve que hace cuentos. Trabaja con el señor González Kappes²¹. Él se llama Hugo Aguilante y trabaja con González. El hace los libros, el otro escribe cuentos. Yo tenía unos libros y los tengo prestados a un amigo. Como aquí uno presta las cosas y no se devuelven... Después me costó mucho para que me los devuelvan. Hoy día hasta eso no se puede hacer en la Patagonia. Antes, las cosas se hacían en palabra no más. Aquí en la Patagonia un trato era pura palabra, hoy día no.

Cuando a mí me preguntan de dónde soy, yo digo que soy chilote, soy nacido allá. Para que voy a negar de donde fui. Igual si yo negara, como dicen algunos “yo no quiero ser indio”, ¿por qué? Soy indio, soy orgulloso de ser indio. Toda mi vida he dicho lo mismo, por eso siempre me dijeron que yo era comunista. Hasta la fecha la gente que me conoce me dice así. En realidad, estuve inscrito. Por eso le estaba conversando hace un rato que aquí tuve dos calles pa' caminar. Para el tiempo del golpe yo estuve relegado en mi propio pueblo, fui dirigente del Partido Comunista. Me hice comunista muy joven fíjese, cuando yo tenía más o menos 12 años.

Cuando llegué al pueblo, recuerdo que estaban haciendo la calle Lautaro allá en Aisén. Yo vivía con mi mamá, ella me había traído a su casa. Nos contrató un tal Arteaga, que contrató como a quince chiquillos, todos éramos de la misma edad. Las mamás cobraban, pero el hombre no largaba nunca la plata, no nos pagaba. Un día un amigo, un tal Navarro, fue a hablar con él y le pegó el patrón. La cosa es que no se podía hablar, así es que por ahí nos dijeron que podríamos ir a reclamar a la intendencia. Estaba el señor Marchant en esos años. Yo dije que me animaría ir, “pero no sé leer ni escribir”, dije.

Un señor que trabajaba con nosotros, el señor Chiguay, me enseñó a leer. Un cartón de tabaco Virginia, ese era mi cuaderno. Me hicieron un papel que lo aprendí como una poesía y fui a entregarlo, me acuerdo, a la intendencia. Me costó mucho, pero lo entregué y de ahí que salí con el nombre de “comunista”. Yo dije: “Si los comunistas defienden sus derechos, entonces por qué no ser comunista, ¿cuál es el problema?”. Después empecé a estudiar un poco, empecé a leer de a poco, fui dirigente sindical, trabajé en caminos.

²¹ Oriundo de Puerto Aisén, de profesión médico traumatólogo. Es conocido por ser un estudioso y divulgador de la cultura patagónica. Ha escrito obras de poesía y prosa, además de una serie de artículos publicados en revistas como *Creces, Médica de Aisén* y *Tierradentro*. Sus libros más conocidos son *Aisén, País de la Patagonia* y *Aisén en la Patagonia*. Ver referencias bibliográficas.

«Un señor que trabajaba con nosotros, el señor Chiguay, me enseñó a leer. Un cartón de tabaco Virginia era mi cuaderno».

Aquí en Cochrane he hecho harta historia. Llegue muy joven acá. A mí nunca me han considerado como “pionero”. Los que sí me tienen considerado son los curas allá en Coihaique, me querían meter a un libro, pero yo les dije que no, porque les dije que acá había gente más antigua que llegó último. Yo llegué en esa época, cuando estaba Enrique Villalobos. Hay mucha gente que lo conoce, él ya murió. Él fue mi patrón, se crio en Puerto Varas, fue General de Carabineros, después se retiró y en el tiempo del Golpe tuvo problemas. Era del Partido Socialista, así es que pasó a retiro.

Puedo decir que allá en Aisén la cosa está muy cerca. Salían a pescar los tíos en bote, en lancha. Cuando tenían que hacer las siembras de papas, hacían mingas, se juntaban todos los pobladores del sector y sembraban, le llamaban vuelteã cuando sembraban. Hacían un hoyo en la tierra para colocar la papa y allí con una lienza hacían la línea y daban vuelta con un hacha, cortaban una tripita y eso se llamaba voltear, y así tapaban la papa. Así lo hacían, como los chilotes. Éramos todos chilotes. Como le dije yo nací allá en Chiloé, tengo mis documentos que soy de allá, pero mi crie acá en Aisén.

También las mujeres tejían, hacían esos pantalones con doble tejido, todas las ropas eran de lana: las sabanillas, que eran las sábanas. A los cabros chicos le hacían todos los pantalones de lana, así era antes. ¿Se acuerda cuando una vez estaban en reunión de los indígenas, cuando yo dije que me animaba a tejer un telar?²² En Chiloé tejen los hombres y las mujeres, los chicos son ayudantes, nosotros pasamos la lana a la abuela. En Chiloé igual son las mujeres con los cabros chicos, se crían de la misma manera.

Así me vine a este pueblo y aquí me quedé. Después me casé el 53; formé una familia y como andaba en lo ajeno, trabajando de puestero, de peón, anduve trabajando haciendo caminos, después en el pueblo ¡he pasado por todos los trabajos aquí! A Cochrane llegué el año 1948 a la Entrada Baker, con Enrique Villalobos. Antes se le llamaba

²² Se refiere a una reunión de la Asociación Indígena Manqui de Cochrane, de la cual don Luis es socio.

Pueblo Nuevo y no estaba aquí. Eso estaba donde está El Español, que era antes de Alfonso Quintana. Ahí había una casa de barro, al otro lado del puente, el puente San Francisco. Esa casa ahora era de unos españoles. El Valle Esmeralda, todo era de los Quintana antiguos, es decir, del padre de los Quintana. En esos años entré yo, cuando había una casa de adobe ahí y había un señor que era oficial civil, se llamaba Adán Vera.

Había una escuela en la casa donde actualmente está el SAG, que queda al frente de la plaza y donde vive el director del SAG, la casa de esquina. Antes ahí había una casa de dos pisos, ahí le enseñaban a los niños en ese tiempo. Como le dije, no había pueblo, habían esas tres casas no más; estaba la escuela vieja; estaba la casa de Jorge Quintana, que era el finao, el padre de Alfonso Quintana. Esas dos casas había, no había más, no podía ser un pueblo, aunque estaba considerado como un pueblo en ese momento, como “pueblo nuevo”. Por ahí donde está ahora la Gobernación, en ese entonces había una cancha de carrera [de caballos] y donde está la plaza ahora, era un monte.

Antiguamente, la intendencia estaba en Aisén, después los Coihaiquinos la trasladaron cuando crecieron más. Se movía más plata. Usted sabe, todo se mueve con billetes, pero el puerto era Aisén, los barcos llegaban hasta el río, a un muelle que se llamaba el muelle Castañeda, que era una sociedad. Llegaba el barco, el “Pengo”, el “Trinidad”, eran todos barcos grandes, yo lo cuento como historia porque eso sucedía hace muchísimos años.

Hoy día hay mucha gente que dice: “Yo planté el pino aquí en la plaza”. El que plantó los pinos es el señor Márquez, que era el que hacía de ingeniero y de cura en este pueblo, y eso a mí no me lo cuenta nadie. Nosotros fuimos junto al señor Velásquez de la Junta de Vecinos en el año cuando peleamos la casa de la Mujer Campesina, que la quitó la municipalidad en el tiempo del Golpe. Esa casa que está allá abajo, que hoy es la Casa de la Comunidad fue la Casa de la Mujer Campesina antiguamente. Un día me decía él: “¿Por qué no volvemos a pelearla?”, y yo le dije: “Yo no me meto más en esas cosas, iñor, ya pasó el tiempo, ya me calmé, ahora peleo con mis invernaderos no más”.



El saber de las plantas medicinales lo he sabido siempre. Lo aprendí en la casa de mi abuelo, cuando yo era muy chico. El calafate es me-

dicinal, sirve para el corazón, es un remedio, sirve para teñir y da el color amarillo. Hay una historia también que cuenta que había una niña en Argentina, era una niña que se llamaba Calafate y no la dejaron casarse, salió una mata donde ella murió, entonces dicen que la persona que come calafate no se va más. Eso yo lo leí en un libro argentino, Juan Moreira parece que era el autor. Antiguamente llegaban puros libros argentinos no más, ahora está la computación, internet. La historia antigua decía que los mejores amigos del hombre iban a ser las puras máquinas. De repente cuando venga a recordar el viejo, va estar durmiendo. Al final la cabeza se le va a volver en una computadora, ja.

Sé de plantas medicinales y tengo hartas plantas. Ahora estoy limpiando y sacándole las varas viejas a mi huerta. Los que tengo botados allá afuera son ganchos de éter. Tengo hartas plantas de remedios porque antes los remedios [químicos] no existían. En Aisén había un hospital en esos años, como el hospital de acá. Las verduras que produzco son para mi casa, mi familia, y también vendo. Ahora la gente se está organizando y en los veranos los productores tienen una feria que se llama “Los Chacareros”. Yo no he querido meterme en nada, yo trabajo para mí y para mis hijos. Tengo un nieto Andrade; él está casado con una chica Lancaster. Yo he criado nietos, como cuatro, cinco nietos. Lo único que me falta es criar bisnietos. Ya tengo como catorce bisnietos.

Hay muchas cosas que quedan en la memoria, pero otras no. También me acuerdo de las comidas, como le decía la otra vez. Hay cosas que yo no he hecho hace muchos años, pero si me las pongo a hacer, las hago. Por ejemplo, la chuchoca, el milkao, la cicuta. La chuchoca se hace en un palo. La mella es un trigo nacido, un centeno que lo hacen al nacer, entonces ese trigo queda dulce, de eso hacen la mella; después lo meten en la ceniza y queda blandito, queda como un panqueque, así queda.

Aquí es difícil hacer curanto como se hace en Chiloé. No hay nadie que lo haga. Aquí se hace el curanto a la olla. Antiguamente, yo recuerdo que el 49, cuando estaba en Coihaique, hacían curanto al hoyo, se traían los mariscos de ahí de la costa. No eran tan difícil como hoy día, porque hoy está la “marea roja” y otras cosas. Antiguamente, yo digo: ¿cómo aquí no se enfermaba la gente? Quizás por qué será.

Cuando yo era chico, vi cómo mi familia hacía esos curantos en hoyo y utilizaban piedras y lo tapaban con diferentes hojas: de pangue, de repollo y otras, si uno se pone a hacer, tendría que salir. Aquí nunca

«El saber de las plantas medicinales lo he sabido siempre. Lo aprendí en la casa de mi abuelo, cuando yo era muy chico».

he hecho curanto como se preparaba allá en Chiloé porque acá no hay mariscos, aunque si tuviera mariscos, tendría una idea de cómo hacerlo, pero faltarían muchas cosas también; las piedras, el nalque de las nalcas. Habría que hacerlo en Tortel porque allá esas cosas están.

Tengo ganas de ir a Chiloé antes de morirme, tengo familia allá. Nunca he ido de vuelta, tiempo atrás anduve hasta Puerto Montt, pero no he ido a mi isla Mechuque. Yo anduve hasta Osorno, por trabajo de temporero. Para llegar a Chiloé hay que ir por mar; ahora dicen que hay caminos, pero no lo sé. De Chacabuco sale una barcaza. Hace unos cuantos años atrás fuimos con mi vieja a Chiloé, como diez años. Yo tengo una hija que vivía en Coihaique y se casó allá con un chico de Puerto Montt, en un lugar que se llama Piedra Azul, así que viajamos con la vieja a ver a la hija y después nos quedamos en Aisén. Estuvimos como dos meses y después dijeron que se iban a venir, después no juntamos en Guadal, después fuimos a Chile Chico. Puedo decir que he andado hartito.

Toda mi vida trabajé de obrero, yo no tuve estudios, los tuve mucho tiempo después. Fui dirigente, por una situación necesaria y obligatoria, porque había un grupo de personas que no se podían informar, habían que tenían menos palabras, lo sentía como deber. había que defender a los otros que estaban caídos, en cambio ahora en las escuelas la enseñanza es mejor porque les enseñan a hablar, a ser inteligentes.

Yo participo en un Club de Adulto Mayor que se llama “Los Copihues”. Hace cinco años atrás me tocó representar a los viejitos de acá. En esa oportunidad anduve hasta Puerto Montt. Uno nace con ciertos ideales y eso no se quita nunca, aunque después la vida lo va refinando por la familia, por los hijos. Y así nos quedamos aquí en Cochrane. No sé cuántos años más. Antes trabajaba, pichangueaba en diferentes cosas, pero no hay ni eso, nadie da trabajo. Hay que tener cuarto medio para picar leña, hay que dar boleta de honorarios, inclusive antes las instituciones daban; ahora hay que estar en Chile Compra y ya tengo 76 años y soy jubilado, los tiempos cambian. Hace poco celebramos las bodas de oro, nuestros hijos lo organizaron, un buen recuerdo. Son buenos hijos.

José Ramón Ángel Caucaman Williche, chilote, gaucho de la Patagonia, agricultor

COMUNA DE COCHRANE

NACIDO EN 1920

LA OTRA HISTORIA: EL APORTE MAPUCHE WILLICHE A LA IDENTIDAD DE COCHRANE Y CALETA TORTEL



Presentación

Don Ramón Caucaman está próximo a cumplir los 90 años de edad y aunque suene a lugar común, en realidad no pareciera tener más de 30 o 40. En su pequeña y más que humilde casa del sector de Las Chacras, en las afueras de Cochrane, se mueve de aquí para allá con una vitalidad que sorprendería a cualquiera que no esté habituado al ritmo de vida de los habitantes históricos de esta zona.

Don Ramón es williche, chilote, gaucho de la Patagonia argentina y chilena, agricultor, funcionario público; pero también es técnico que arregla cualquier tipo de máquinas, desde radios a transistores a relojes a cuerda. Su casa y su entorno inmediato hablan a las claras de ello. Y aunque este tipo de sistemas hoy esté en claro desuso, él no se desanima y nos dice que si se lo propone, puede aprender hasta las últimas tecnologías. Esto lo dice con la misma soltura con la que nos anuncia que, debido a las dificultades que hay para sobrevivir en Cochrane, está pensando seriamente en echarse a andar nuevamente hacia tierras argentinas.

Aunque parezca una contradicción para la naturaleza de este trabajo, registrar la conversación con don Ramón no fue fácil, y no es que nos haya recibido mal o que haya estado poco comunicativo aquellas tardes en particular. Lo que sucede es que la esencia de su testimonio desbordaba las meras palabras; él representaba su narración con gestos, movimientos y exhibición de antiguos aparatos de radio de su propiedad. Para esas cosas las letras están impeditas. Pero algo de esa riqueza visual que agrega unos cuantos ingredientes más al curanto aquel de las identidades étnicas, quedó como suspendida en el registro escritural que se lee. He aquí entonces otro pionero indígena de esta parte de la Patagonia.



Yo tengo ochenta y seis años. Fui inscrito cuando tenía tres años de edad, el año veinte. A mí me inscribieron allá en Chiloé, en Lemuy²³. A mí me registró mi abuelito por parte de mamá, él era Caucaman y mi padre era Velásquez Gallardo, pero me inscribieron con el apellido de mi abuelo, el papá de mi mamá.

Yo no me acuerdo a qué edad salí de la isla, pero era muy pequeño, no tenía muchos años, tenía la edad donde yo ya andaba en el colegio sí. Yo entré al colegio cuando era chico. Me acuerdo que era el más chico de mi curso, no hacía mucho caso. A mí me gustaba mucho jugar, eso recuerdo. Andaba con cabros más grandes que yo.

Cuando salí de Chiloé, salí con un tío y llegamos a Aisén. En ese tiempo recuerdo que había un barco que se llamaba el Corcovado y el otro era el Santa Elena, dos habían. Yo creo que esos fueron los primeros barcos que llegaron ahí, porque en ese tiempo los barcos llegaban a Puerto Aisén. Eran los primeros que estaban funcionando, eran todo de madera. Toda la gente llegaba a Aisén.

Mi tío entró a trabajar en San Martín, en ese tiempo estaba Menéndez. Y habían barcos de esos, ¡grandes! Tremendos barcos que trabajaban en Punta Arenas. Mi tío entró a trabajar a la estancia y era cocinero. Después yo estuve trabajando de ovejero allá afuera [Argentina]. Hice de todo allá y cuando llegue acá ya estaba curtido, podía hacer cualquier trabajo. Uno puede aprender de todo. Por ejemplo, yo soy relojero, soy mecánico, sé arreglar radios, he hecho de todo ¡de todo! Y eso lo aprendí en Argentina también. Pero aquí no pude trabajar de relojero, ya que este lugar no es para trabajar este tipo de trabajo y además que yo cuando yo llegué acá [Cochrane] ya era un hombre, era curtido para hacer todas las cuestiones, ¿me entiende? Pa' que vea usted, para trabajar en cualquier trabajo. Después no podía trabajar en todo porque me establecí trabajando en la ECA²⁴ a jornal.

23 Lemui o Lemuy es una isla y canal del mismo nombre. La isla es una de las más grandes del archipiélago chilote, tiene unos 120 km cuadrados y se encuentra situada hacia el oriente de la Isla Grande, frente a Castro. El nombre Lemui proviene del mapuzugun y está compuesto por el concepto o sustantivo “lumu” [o *lemu*] que significa ‘bosque’ y la partícula “i” o “y” que verbaliza al sustantivo. Ver Ramírez Sánchez, C. ob. cit. (1995: 95).

24 Corresponde a la sigla de la antigua Empresa de Comercio Agrícola, una empresa estatal que fue creada durante el gobierno de Jorge Alessandri Rodríguez (1958 - 1964). La misión de esta empresa, que duró en funciones hasta los primeros años de la dictadura militar, consistía en la comercialización de productos e insumos agrícolas. En sitios apartados geográficamente de Santiago, “zonas extremas”, como Cochrane, la ECA contaba con oficinas y dependencias.

«Mi abuelo era conductor de un molino de agua. Me acuerdo que hacían chicha de todas clases de manzana».

Manejé a gente, después tuve jefe, fue don Manuel Frías el patrón. Tenía jefes de Santiago, por todos lados, oiga. En ese tiempo, conocí al dentista que está acá ahora, en el Hospital; él me conoció, hace poco llegó aquí nuevamente, él era joven cuando llegó en ese tiempo.



Yo le puedo contar que antes en la isla de Chiloé era normal que la gente saliera a trabajar por temporadas. En mi caso yo no regresé más cuando salí. Me quedé por acá al final. A mí me gustaba esta vida, andar por todos lados, porque si uno no sale es bien redondo. Yo creo que al andar por distintos lugares uno se desarrolla y vive, porque uno aprende, hace de todo y eso hace que una persona sea más equilibrada, ¿o no? Una persona estudiada, ¿usted sabe?, que los guían los estudios. Pero también somos humanos, nos equivocamos a veces. Yo en mi caso, nunca más he vuelto a Chiloé, hasta la madre mía murió. Yo ya tengo 87 años, 87 años, pues, oiga.

Yo en mi Chiloé aprendí a sembrar esa cuestión de la verdura. También iban a sacar pescaos, donde había como “corrales” de pescaos²⁵. Entonces quedaban atrapados los peces ahí amontonados, ¡claro!, mariscaban todos así. Yo no alcancé a aprender eso. Pero yo veía como se hacía, pero no alcancé a trabajar así. Pa’ qué voy a decir que sí, si en verdad no lo hice. Uno no puede decir algo que no hizo, no puede decir ¿verdad?

Esa era la forma de vivir allá. Ellos vivían así. En la isla, al menos antes, se trabajaba hartito. Se sembraba, se cosechaba y hacían la harina. Mi abuelo era conductor de un molino, pues, oiga. Arreglaba el

²⁵ El sistema que cuenta don Ramón corresponde a un método tradicional de pesca usado por los habitantes de Chiloé, de origen sin duda indígena williche o veliche: “Los corrales de pesca (pithrel o mallal)...consistía en un cercado semicircular en la playa, en algunos casos o lineal si se aprovechaba un estero o entrada de río. A veces se construía con piedras amuralladas a modo de una pirca, pero lo común consistía en un tupido cerco de varas, generalmente horizontales, que descansaban en estaquillas (*mechequen*). Se dejaba una compuerta en el centro de esta media luna, la cual era cerrada en la pleamar. Al vaciarse la playa o el estero los peces quedaban atrapados en el murallón” (Cárdenas, R. et al, 1991:184).

«En mi Chiloé aprendí a sembrar esa cuestión de la verdura. También iban a sacar pescaos donde había como “corrales” de pescao».

molino por todos lados, parecía un pescao. Tenía un molino de agua, hacía harina de primera y segunda clase. Me acuerdo que hacían chicha de todas clases de manzana. Se guardaban en tremendos barriles. Me acuerdo que en ese tiempo cobraban a un peso la hora ¡imagínese! Tenían de todo. Había cajones de grano, lo dejaban en la caja especialmente para hacer la harina. Después pasaba por la ventadora y hacían toda esa cuestión. Se iba al molino con el trigo que tenía que estar bien seco. A mí me gustaba ver eso. Yo después de eso nunca vi algo similar a una de estas cosas. La gente de allá es muy trabajadora. Se trabajaba en animales, se hacía queso.

Ahora estamos en otros tiempos, estamos en otra era. Los tiempos han cambiado. He vivido mucho tiempo, digo, una cantidad de años. Casi toda la gente que llegó acá conmigo están todos muertos. Soy el único que está quedando parece, de ese tiempo que llegamos. Cuando yo llegué acá ¿esto no era pueblo!, oiga. Cochrane, me acuerdo que había dos o tres casas ahí, ¡pero no era pueblo!

Un tal Pizarro venía... yo recuerdo que llegué el año cincuenta aquí a Cochrane. Armamos un campamento en este mismo lugar, está este árbol aquí, donde hay un cerezo, un cerezo grande que hay. Yo lo corté porque se estaba secando ¡fíjese, ahí teníamos el campamento! Mire, sembramos ese cerezo y esos árboles que están al otro lado, allá también. Ya son viejos, mire la altura, no le hicimos nada. Estas tierras eran fiscales, nos instalamos no más, pero después se regularizaron las propiedades. A mí me ayudó un ingeniero, don Hugo Pardo. A Cochrane antes le decíamos Pueblo Nuevo, ¿usted sabe esas cosas?

El clima de antes no se compara con el de ahora. En ese tiempo caían unas tremendas nevazones, oiga, ¡claro! Afuera se tapaba hasta donde está el alambre, los animales metíos por ahí, bajo la nieve. Hacían un hoyo, ahí los encontrábamos. Usted no se imagina la escarcha que había ¡uy! Me recuerdo que en este mismo mes [agosto] caían tremendas nevazones y afuera se tapaba hasta el alambre. Los cercos estaban tapados.

En Argentina yo trabajé en una estancia y aquí también había la Estancia Baker, esa era del finao Míster Bricher [Lucas Bridges]. Estaba

el finao Rojas, él era capataz de la estancia. Yo nunca escuché hablar allá en Chiloé en la lengua indígena, los escuché hablar en castellano no más. Yo en Argentina conocí a indígenas que hablaban en su lengua. Era mapuche. Nos vinimos varios para acá, me acuerdo de un tal Gallegos y otros tantos que ahora no me acuerdo de los apellidos.

Me acuerdo de un lugar que se llamaba Posadas, queda muy lejos de acá, cerca de la frontera. Es como unos dos días desde acá hasta la frontera. Me gustaba, a veces me dan ganas de irme. La gente de acá es muy cuentera. Poca gente se dedica a trabajar de verdad. Yo encuentro que no son muy “vivos” para trabajar, por eso que el país se va pa' abajo. Chile sería distinto si hubiera gente realmente trabajadora. Hay que darse tiempo para todo aquí, hay gente de distintos lugares.

Yo nunca le hice el quite al trabajo. Ahora yo soy retirado y estoy botado. Yo tuve señora, ahora no. Yo me casé una vez no más en la vida. Yo creo que en la vida hay que casarse una vez. En el matrimonio hay que respetarse, saber vivir, para eso se hacen los casamientos. Uno después que se casa tiene que dominar a los hijos, ahora los matrimonios no son como antes, ahora la gente no se respeta mucho. A la gente antigua le enseñaban a respetar la gente. Por ejemplo, antes a un profesor, se le respetaba, ahora ni siquiera lo saludan los alumnos.

Yo nunca he escondido mi condición de indígena. Mire, la solución del apellido, la clase de uno es ser “paisano”²⁶. Cuando estaba en Argentina yo conocí gente que hablaba en la lengua, yo hablo castellano. Yo conocí gente que hablaba, sí. Nosotros llegamos el treinta y ocho más o menos a Argentina.

La gente no entiende de animales como era antes. Fueron vendiendo. La gente antigua ya se terminó. La juventud quiere estar en el pueblo, eso es lo que pasa. Las casas en los campos están solas. Yo mismo ya veo que esta cuestión ya no sirve, porque no hay modo de vivir. La chacra a usted no le da. Dos hectáreas que usted tiene aquí es ser pobre. El sembrado no le da para vivir. Se tiene que ir a otro lado para buscarse la vida. Si tiene patrones, se va a una estancia, le pagan cuando termina el trabajo, después se va a otra estancia, sigue

²⁶ El término *paisano* es un apelativo que para algunos es de origen argentino. Es de significado ambiguo. Puede ser tanto neutro como algo discriminatorio. Es de uso general y en Chile se usa indistintamente en el habla popular para nombrar a los “turcos” o árabes, también a los gitanos. En algunos lugares de Argentina, es un sustantivo “usado en la ciudad con significado de judío. Josué vive en el barrio de los paisanos” (www.jergasdehablahispana.org). El uso que aquí nos interesa es el de su uso para llamarse entre mapuche.

«Nunca escuché hablar allá en Chiloé en la lengua indígena, los escuché hablar en castellano no más».

trabajando. Pero no es tan cerca, es tan lejos, por eso yo veo que aquí no hay vida, los únicos que están dando trabajo es la municipalidad, pero no alcanza para vivir.

Yo tengo una pensión, pero no alcanza para vivir, ¿sabe por qué? Usted tiene una casa, tiene living, comedor, pero la mantención de uno, ¿cómo lo hace? Porque usted tiene que pagarlo al contado. Yo tengo la pensión de vejez no más, \$42.000, pero no alcanza para vivir y si uno tiene familia, con más razón. A la gente que está trabajando en la municipalidad le pagan \$120.000. Esos \$120.000, si tiene familia, no le alcanza, porque tienen que comprar de todo: comida, calzado y un montón de cosas. Llegó el mes y uno necesita los víveres y los pide a crédito, pero hay que pagarlo, queda corto uno, ¡así es la cosa!

Yo voy a sembrar en septiembre aquí y así no más. Uno utiliza lo básico porque es poco el terreno. Algunos vecinos tienen almácigo, siembran lechugas, hortalizas, pero a esa gente no le da como para vivir, cosechan poco. Por eso es que la gente está pobre, es poco el terreno. Ahí la gente se empieza a pelear uno con otro.

Yo guardo material; tengo semillas, guardo uno o dos kilos de material de cada cosa. Voy hacer la pelea con trigo acá este año, a ver si da, y si no da, ahí veremos. Voy a ver. Si no, me voy a la Argentina. A veces pienso irme a Argentina, a trabajar allá. Hay más trabajo que acá y yo allá puedo trabajar arreglando cualquier cosa: radios, relojes a cuerda y a pilas. Como le dije, yo sé trabajar en eso, dejo la casa encargá. Aquí uno no puedo trabajar en eso. Uno arregla una cosa y queda esperando un mes, la gente se demora en pagar y así no se puede, ¡yo paré ese trabajo! Antes recibía y arreglé muchas cosas...

Emirce del Carmen
Baigorria Cruces
Indígena por opción
(también por origen)

COMUNA DE COCHRANE

NACIDA EL 11 DE ENERO DE 1938



Presentación

Doña Emirce es de esas personas silenciosas para las cuales su accionar cotidiano pareciera estar supeditado a la figura de su marido, en este caso, don Luis Aguilante¹. Para fines sociales, es él quien lleva la voz, pero tras su figura silenciosa se esconde una historia que no por ser de pocas palabras deja de tener significado.

La señora Emirce ha sido acompañante de los quehaceres de su marido, con quien ha aprendido a manejar los secretos de las plantas medicinales y las verduras –herencia de su esencia williche chilota–, que sorprendentemente crecen y se multiplican en cualquier época del año en el riguroso clima de Cochrane.

Pero la señora Emirce guarda a su vez un “secreto” que encierra todo un mundo por conocer y eventualmente reconstruir. Por su familia paterna, aparentemente, podría ser descendiente de uno de los personajes más interesantes de la historia mapuche del lado Este de los Andes. Mapuche por adopción y por emparentamiento de afinidad, los Baigorria y Baigorrita ocupan una importante página de esa historia del pueblo que, si bien en esas latitudes se encuentra algo más reconstruida que en las chilenas, en términos documentales está aún por completarse.

Ella dice que si es indígena está bien y que si no, también lo es. Pensamos que en un universo de relaciones interétnicas –el caso de Chile como país– fuertemente conflictuadas, donde las identidades étnico-culturales son frecuentemente negadas, camufladas o suplantadas, esta sola frase, tan neutra o incluso ingenua, dice mucho más de lo que aparenta. Bien vale la pena entonces conocer un poco a quién la dijo.

¹ Ver su testimonio en pág. 69.

Mi nombre es Emirce del Carmen Baigorria Cruces, tengo 66 años. Me casé muy joven, cuando tenía quince años y mi marido –don Luis Aguilante– tenía 23 años.

Mi papá era argentino, se llamaba Bernardino Segundo Baigorria Pacheco y se vino de un lugar que se llama Santa Victoria, allá en la República de Argentina. Mi mamá se llamaba Alba Rosa Cruces Parada y se vino de Quilleco, un lugar que queda en el norte de Chile²⁷.

Mi mamá se vino muy jovencita para este lugar, es decir, al Baker; se casaron con mi papá y tuvieron siete hijos, cuatro mujeres y tres hombres. Fuimos la primera parvada, ya que después ella se volvió a casar y tuvo otros hijos con su segundo marido: un total de siete hermanos, igualmente cuatro hombres y tres mujeres, de las cuales dos murieron, y el mayor de ellos tiene cincuenta y un años actualmente.

Con respecto a mis abuelos maternos puedo decir que los conocí. Mi abuelo se llamaba Segundo Cruces Altamirano y mi abuela Juana Parada Montoya. Sin embargo, pude compartir más con mi abuelita, debido a que mi abuelito murió cuando yo era muy chica. Mis abuelos paternos no los conocí, no conocí a nadie de su familia, solamente tengo conocimiento de sus nombres; mi abuela se llamaba Martina Pacheco y él se llamaba Bernardino Baigorria. Vivían al norte de Argentina, pero no sé en qué parte específicamente. Ellos también se casaron jóvenes, al igual que mis papás, cuando mi abuela tenía quince años; mi abuelo era mayor que ella, tenía treinta años aproximadamente. Mi abuela tuvo dos hijos, el otro hijo era hermano por parte de madre, ya que él era de apellido Luna, y él también falleció.

No tengo muchos antecedentes de la familia de mi padre porque él falleció cuando yo tenía diez años de edad y no recuerdo muchas cosas. Él a nosotros sus hijos no nos conversaba, considerando que yo era chica y que también la gente de antes era de otra manera en la comunicación de los padres con los hijos. Mi mamá no me dijo más detalles y es por este motivo que no tengo mucho conocimiento e

27 Quilleco es en la actualidad una pequeña localidad cabecera de la comuna del mismo nombre en la región del Biobío. Tiene diez mil habitantes aproximadamente. Es de hacer notar que el padre y la madre de la señora Emirce aparecen mencionados en el “Censo Humano de la Región del río Baker”, confeccionado por Carlos Oportus en el año 1928. Bernardino Baigorria es el habitante núm. 192 de la nómina y doña Alba Rosa, el 193. Ambos ya están viviendo como pareja, según el censo, en la ribera norte de río Baker con su hijo Servando, nacido en 1927. Bernardino Baigorria, había nacido en Argentina en 1888 y doña Alba Rosa en 1912, en Los Ángeles. Es decir, son corroboradas mutuamente ambas fuentes, la documental y la oral (el testimonio de doña Emirce). Ver datos del censo en referencias bibliográficas.

información, además que actualmente no tengo contacto con la familia de Argentina. Antes yo tenía a mi hermano en un lugar que se llama “el Jaramillo”, él era el mayor de todos los hermanos Baigorria, pero ya falleció. También tenía una hermana que se vino para Cochrane dejando a mis sobrinos allá, pero no los conozco a ellos.

Mi papá se vino acá en busca de trabajo y también porque en ese entonces su mamá se juntó con otro hombre, que era de apellido Luna, y mi papá tuvo problemas con el padrastro, lo que influyó en su decisión de irse de la casa. En el caso de la familia de mi mamá, se vinieron porque estaban mal allá en el norte, muy mal, ya que no tenían trabajo, así que se vinieron para acá, para el Baker.

Yo nací en el campo de mi papá en el Baker. Mi infancia fue en ese lugar y después cuando me casé, me vine para Cochrane. Yo me casé jovencita y también en mi caso me terminé de criar con padrastro, y eso no es muy bueno, así que por eso me casé tan joven.



Nosotros con mi esposo nos conocimos porque éramos vecinos en el campo, no pololeamos mucho, teníamos problemas porque no me daban permiso. Nos veíamos y conversábamos un poco cuando a mí me mandaban a lavar la ropa o cuando él iba a la casa a efectuar algún tipo de solicitud. Así que con el tiempo acordamos casarnos y como yo estaba con padrastro, decidimos casarnos lo antes posible. Nos salimos del campo cuando teníamos tres chicos.

Tuvimos siete hijos, de los cuales dos son muertos. Los primeros hijos nacieron en el campo y mi mamá me ayudó. El hijo menor nació en Coihaique y la hija mayor que él nació en Chile Chico. En ese tiempo nos llevaban en avión, no estaba el camino. Nosotros nos vinimos en el año 1954 para Cochrane y acá estamos. Hemos estado en las buenas y en las malas. Hemos trabajado y luchado para salir adelante. Recuerdo que en esa oportunidad que nos vinimos con los chicos para vivir aquí en Cochrane, nevaba mucho, muy distinto como ahora, pero acá estamos.

Cuando nuestros hijos eran chicos, mi esposo y yo nos repartíamos las tareas de la casa. Él salía a trabajar o debía trasladarse a comprar víveres a la Argentina, ya que para quienes estuvimos poblando la vida en ese entonces era muy dura. No es como ahora. Cuando salía mi esposo, yo me quedaba con los chicos, entonces no me aburría.

«Los antiguos sembraban mucho por aquí, los abuelos de los que existen hoy día sembraban mucho, los Baigorria y otros tantos».

Ahora salimos siempre los dos para efectuar cualquier cosa. Nosotros siempre estamos juntos. Nos casamos para estar juntos, así que nunca nos hemos separado, y así hemos pasado tiempos buenos y malos. Terminamos de criar a los chicos y ahora todos están grandes. Cuando se fue el hijo menor lo eché tanto de menos y todavía lo extraño. Tiene 33 años, se casó y actualmente se encuentra en Puerto Tranquilo.

Nosotros cuando nos casamos, vinimos a casarnos por el registro civil a Banderas; vinimos a caballo, se hizo fiesta y la mayoría era familia mía, ya que mi esposo no tenía familia, vinieron algunos amigos de él. Nuestros hijos nos hicieron la fiesta de los 50 años de matrimonio en la ciudad de Coihaique. Nos casamos por la iglesia, casi toda era familia mía, tenemos lindos recuerdos, tenemos fotos de la fiesta.

Dicen que mi apellido es indígena. Quizás usted ha escuchado la canción del Cacique Baigorrita. Por esa parte creo que sí, pero también he escuchado que es un apellido vasco. Tengo dos versiones²⁸. Así que no sé, pero si soy indígena, bien, porque me gusta y si no, también. Sea lo que sea, sigo siendo la persona que soy, que tiene una familia numerosa: tengo 23 nietos y 13 bisnietos, pronto van a ser 14. Es la ley de la vida.

Todos los hijos se fueron de la casa. En Coihaique se encuentran viviendo tres hijos; en Caleta Tortel uno; otro en Caleta Olivia, en la

²⁸ Lo que plantea doña Emirce acerca de los dos significados de su apellido, es, en rigor, verdad. En la historia mapuche argentina del siglo xix se consigna el dato de dos personajes relacionados con su apellido. Manuel Baigorria (1809-1875) fue un coronel del ejército argentino que debido a las luchas internas que se dieron entre unitarios y federales, terminó refugiándose en las tolderías de los indígenas ranqueles, donde fue considerado uno más de ellos. Entre estos, adoptó a un niño que adoptó el nombre de Baigorrita. A este personaje es a quien conoció el coronel Lucio Mansilla, quien dejó testimonio de él en su clásico texto *Una excursión a los indios ranqueles* y lo describió así: “Tiene treinta y dos años. Se llama así porque su padrino de bautismo fue el gaucho puntano de ese nombre, que en tiempos del cacique Pichun, vivió en Tierra Adentro. Su madre fue una señora cautiva del Morro. Allí vivía no ha mucho con su familia, rescatada, no puedo decir en qué época. Baigorrita tiene la talla mediana, predominando en su fisonomía el tipo español” (1948: 161). Este Baigorrita murió en 1879, peleando con el ejército argentino.

«Dicen que mi apellido es indígena. Quizás usted ha escuchado la canción del Cacique Baigorrita. Por esa parte creo que sí, pero también he escuchado que es un apellido vasco. Tengo dos versiones».

República de Argentina. Yo una vez fui a Argentina a ver a mis hijas, siete años atrás. Me gustó viajar allá, pero no he vuelto a ir.

Los antiguos sembraban mucho por aquí, los abuelos de los que existen hoy día sembraban mucho, los Baigorria y otros tantos. En realidad, toda la gente antigua. La familia de mi mamá trajo su visión de allá del norte, de donde venían. Uno que ha estado años acá puede decir que todos nos conocemos aquí en Cochrane, aunque no nos tuteemos, no nos acordemos, no nos visitemos.

Cuando me junté con mi esposo, los dos compartíamos nuestros saberes. Él sabía hacer un plato de comida y yo otras cosas, así fuimos compartiendo. La gente comía mucha carne y mate. Mi esposo me ha enseñado lo de las hierbas y me gusta. Antes no había hospital, porque cualquiera se enferma y sirven (las hierbas). Unos días atrás no más estaba enferma de la guatita y fui a buscar ajenco para tomar. Entonces siempre hemos tenido hierbitas, por eso me gustaría tener más hierbitas, ahora están secas.

Rosa y Arturo Quinto Arratia

Herederos de un “pionero” del Baker, Los Ñadis

COMUNA DE COCHRANE

NACIDA EL 15 DE DICIEMBRE DE 1946



Presentación

Hemos partido en este trabajo de la base de que existe en la actual región de Aisén una persistente versión de la historia que hemos llamado “oficial”. Esta versión del pasado, que es la que se reproduce hoy mismo en todos los amplios espacios de la institucionalidad –sistema educativo, administrativo, medios de comunicación, instituciones culturales, etc.–, creemos que parte de una apreciación incompleta: que implícitamente se considera a los indígenas como parte del pasado remoto, de un “antes” que es sinónimo de lejanía en el tiempo y el espacio y del cual no quedaría actualmente más vestigio que relatos que resuenan a mito o los silentes restos de cultura material –puntas de flecha especialmente, pintura rupestre, alguna tumba–.

La historia patagónica contemporánea les está, por así decirlo, vedada a los indígenas de carne y hueso, a los seres concretos de hoy. Se dan las cosas de esta forma pues pareciera que este tiempo en su apertura temporal fue hegemonizado por la transversal categoría del “pionero”, que no hace distinciones, o mejor dicho, que pareciera haber diluido en su interior a cualquier otra categoría étnica diferenciada (excepción hecha de las extranjeras).

Pero contra todo lo que pudiera aseverarse, una lectura desprejuiciada en el sentido indicado, o más aún, una nueva lectura histórica-cultural de la Patagonia chilena –complementaria y no excluyente, como la que aquí se comienza a insinuar– tendría que conceder que la presencia indígena en estas tierras, por plantearlo alegóricamente, no solo traspasa aquella frontera de tiempo histórico elaborada oficialmente, sino que inunda también hasta el mismo terreno donde se le había negado: el de la historia “pionera”.

Los hermanos Quinto son hijos y familiares de aquellas muchas personas que silentemente a principios del siglo XX contribuyeron a levantar el telón de fondo de la parte contemporánea de la historia “oficial” de la región. Su padre vino a estas tierras de la misma manera como llegaron los

demás “pioneros”: tras un largo recorrido desde la Araucanía, pasando por tierras al otro lado de los Andes hasta desembocar en el Baker como parte del contingente de trabajadores enrolados por la Estancia Baker, empresa privada que llegó a ser tan importante en esta zona que reemplazó labores propias del Estado central.

Metáfora con proyección hasta el presente quizás, las grandes empresas concesionarias y los anónimos aunque persistentes pobladores han sido a lo largo del siglo XX los grandes protagonistas de esta región. De los primeros hay testimonio documental suficiente; de los segundos poco se sabe todavía. De ellas y ellos, las siguientes palabras dan cuenta.



Mi nombre es Rosa Quinto Arratia. Yo nací en este lugar, un poco más abajo, aquí en Los Ñadis. Siempre he vivido aquí. Soy la hija mayor de cinco hermanos; estamos tres vivos y dos fallecidos, que murieron por enfermedad. Mi papá se llamaba Antonio Quinto Reinal, mi mamá se llamaba Hilda Arratia Carrasco. Mis padres se conocieron acá en el Baker. Los padres de ella vivían aquí cerca, aquí al lado del río Colonia. Con respecto a los orígenes de mi papá y mi mamá, en el caso de mi papá ellos venían de Victoria, eso queda cerca de Temuco. Yo no conozco para allá, nunca he viajado para allá. Y en el caso de mi mamá, ellos venían de Panguipulli, pero tampoco lo conozco. Mi familia se vino para acá para trabajar en la compañía del Baker. Mi padre se vino joven, cuando él tenía veinte años más o menos y se casó acá, cuando estaba en la Estancia Baker²⁹. No sé la edad exacta que tenía mi papá cuando contrajo matrimonio con mi mamá.

Con respecto a mi niñez, recuerdo que jugaba mucho. Acá siempre se sembraba. Sembraban papas, arvejas, habas, todo eso y este trabajo lo hacíamos todos, como familia. Ocupábamos el gualato³⁰. Mi padre sabía hacer siembras por lo que él había visto allá en sus tierras de por allá. Este campo en el cual yo vivo es mío ahora, lo solicité porque no estaba con permiso. Estas tierras son seiscientos cincuenta hectáreas.

Recuerdo que hacíamos queso también; mi madre también hilaba y ella aprendió con su hermana, porque su madre falleció cuando eran chicos. Mi mamá tiene familia en Tortel: los Arratia. Yo no sé ahí con respecto a ellos, porque la familia de mi mamá se vino para acá cuando ellas eran chiquititas. Yo nací en el año 1944 aquí en Los Ñadis. La atendió una vecina, la señora Rosa Gangas. En esos tiempos las mamás tenían sus guaguas en el campo. La vida no ha sido fácil, todos nosotros nacimos acá, salimos adelante trabajando.

29 En el Archivo Histórico de la I. Municipalidad de Cochrane, correspondiente al fondo "Estancias de la Patagonia", que en realidad son documentos de la Estancia Río Baker, ya en el año 1925 (Vol. 2, 1a y 2a parte, también en el volumen 5), en distintos documentos figuran dos personas de apellido Quinto (Ruperto y Eugenio). Esto nos hace suponer, que de ser parientes del padre de doña Rosa y don Arturo, la familia Quinto es "histórica" en la zona del Baker. Ver siguiente testimonio de don Arturo Quinto Arratia.

30 Gualato: azada de hoja ovalada por el lado delantero y de forma de hacha por detrás del astil. Sigue siendo hoy la herramienta más usada por los campesinos. Deriva del "palo de plantar" que evolucionó adosando una hoja de piedra; luego un trozo de raíz de luma con forma de media luna; a comienzos del siglo que termina fue reforzado con una planta metálica y, finalmente, toda la azada se convierte en una pieza de herrería (en <http://membres.lycos.fr/chiloe/diccionarios.htm>).

«Me acuerdo que había un vecino que era temucano. Ese viejito hablaba mapuche. Ese viejito me enseñaba cosas a mí de repente, en paisano. A ese veterano una vez lo escuché cantar en indígena, pero yo no le entendí nada. Mi papá nunca nos enseñó a nosotros».

Mi mamá murió cuando yo tenía dieciséis años y mi papá murió ahogado cuando tenía que pasar unos animales en el Baker. Andaba con otro viejito, andaban en bote; él sabía nadar, pero el bote se dio vuelta y andaba otra persona a la cual salvó, pero después él no se pudo salvar. Así es que mi mamá quedó sola, pero en ese entonces habían hartos animales. Aquí había vacas, ovejas. Para juntar animales se trabajó por intereses, es decir a medias. Y así fue que después de que murió mi papá los animales se fueron terminando. Mi mamá estaba en el pueblo.

Yo fui a la escuela, pero estuve poco tiempo. Me enfermé. Tuve bronconeumonía, así es que tuve que estar mucho tiempo en reposo y de ahí no me trajeron más a la escuela. Me cuidaba la mamá. Nuestra primera casa aquí en Los Ñadis, la antigua, no estaba aquí donde yo vivo actualmente. Esa la construyó Manuel Vargas. Él era de Tortel, seguramente es muerto. Después que murió mi papá algunos de mis hermanos vivieron acá y otros no. Mis hermanos son Reinaldo, Ester, Arturo, Faustino, que está en Villa O'Higgins; el que está fallecido es Reinaldo.

Yo soy la hija mayor. Mis primeros dos hijos los tuve cuando era soltera, tuve seis hijos en total. Soltera tuve dos y con mi pareja actual tuve cuatro y uno falleció. Mis hijas también saben hilar, tejen chombas, chalecos, medias. Nosotros hilamos más en la época de invierno y lo hacemos desde chicas, yo al menos desde que tenía nueve años. Nosotras empezamos porque veíamos a mi mamá Rosa cuando hilaba y hacia yerses (jersey) para mi papá. Entonces nosotras también quisimos y lo hacíamos con lana de ovejas. Lo único que sabemos es que mi mamá aprendió por nuestra abuela, a mí me gustaría enseñarles también a mis hijas. Yo creo que es lindo aprender a tejer, porque sirve para uno. También son picaronas las chiquillas. La mejor para tejer de nuestras hijas es Marcia.

«Nosotros hilamos más en la época de invierno y lo hacemos desde chicas, yo al menos desde que tenía nueve años».

Este cementerio lo hizo mi papá, tiene más de sesenta años, porque yo nací el cuarenta y seis. En este cementerio tenemos un hermanito que falleció y un primo que se llamaba Atilio. Este cementerio siempre ha estado en este cerrito, porque es una parte alta. Un lugar al que no le llega humedad porque está en un alto. Aquí cerca, los Cheuqueman también tenían un cementerio. A ellos se les murieron dos hermanos de nacimiento. Ellos los sepultaron ahí. Yo creo que ahí están los papás del Cheuqueman, que es profesor³¹. Yo creo que si alguien muriera de mi familia debieran sepultarnos acá, pero no lo sé. Quizás ahora no admiten que uno se sepulte donde vive. No he arreglado mi cementerio; le dije a una persona, pero no ha venido. Mi vecina acá igual tiene su cementerio, ahí está su abuelita, está la mamá. Los abuelos plantaron esa araucaria que tienen al lado de la casa. Antes, las familias antiguas tenían sus cementerios acá en sus campos.

A mí me gusta tener de todo. Como usted ve, tengo animales vacunos, ovejas, gallinas, pavos, gansos, chivos; caballos también tengo. Mire, ahí están. Tengo invernaderos. Uno tiene que decidirse a tener estas cosas porque son necesarias, porque todo sirve. De repente, uno necesita ovejas, a veces un chivo. Yo soy la que tomo las riendas para decir las cosas que tenemos. Yo creo que es importante tener todas estas cosas. Hay que tener las cazuelas siquiera para atender a los hijos o si no, uno tendría que comprarlos aquí.

Para cuidar todo me ayudan mis hijos. Así uno va capitalizando. Yo encuentro que mi vida hasta acá ha estado bien. Siempre con el ánimo de tener una vida mejor. Si tuviera otra nueva vida, haría las mismas cosas porque la persona que está acostumbrada a trabajar y si no hace nada, eso no es bueno. Esa es mi idea. Eso me lo enseñaron mis padres. La gente no piensa a veces como uno, pero en el campo hacemos las mismas cosas.

³¹ Se refiere al profesor y escritor de Cochrane Joaquín Cheuqueman Fuentes.

Arturo Quinto Arratia

COMUNA DE COCHRANE

99

LOS TESTIMONIOS



Yo soy el hermano de la Rosa. Les puedo contar lo siguiente: cuando llegamos nosotros, Los Ñadis ya se llamaba Los Ñadis. Yo he vivido desde chico acá, yo prefiero vivir aquí porque es tranquilo, me gusta, es muy bonito.

Lo único que sé es que mi papá se vino desde Victoria. Por lo que sé, en Bariloche (Argentina) se juntó con su padre ahí, también se juntó con un hermano que se llamaba Alberto. El nombre de mi abuelo paterno no me acuerdo. Después llegó a la Estancia Baker y en el año treinta y tres llegó a Los Ñadis. Y buscó, se dedicó a buscar un campo. Después la compañía lo sacó de acá en dos oportunidades. Lo sacaron, lo ocupaban para los animales y lo sacaban por eso. Después no lo sacaron más, pero mi papá viajó a Aisén y pidió permiso y de ahí en adelante no lo pudieron sacar más. Yo creo que él se motivó a tener un campo para poder tener capital, porque antes de eso vivíamos solamente de su trabajo.

Recuerdo la función de mi papá. Le tocaba hacerse cargo de los animales porque en la estancia se dedicaban mucho a la ganadería. Había varias personas, varias gentes que trabajaban con ellos. Él se dedicaba específicamente a trabajar con carros, era carrero con buey y después lo trasladaron. Después el patrón de la compañía le dio otro trabajo y ahí tuvo un trabajo mejor, hasta llegar a ser capataz de la estancia. Estuvo trabajando más o menos cuatro años, después se salió. Estuvo trabajando con vacunos y con ovejas. Después se hizo de un capitalito y con la misma plata que ganaba, iba juntando y se compró vaquillas. Así es que cuando se salió de ahí de la estancia, él tenía treinta y tres animales y con eso empezó a salir adelante; caballos tenía siete.

Cuando mi papá murió, yo quedé haciendo esas cosas. Entre todos ayudábamos en el campo, pero después las cosas se empezaron a acabar. Los dos hermanos que estamos cerca soy yo y la Rosa, el otro está en Villa O'Higgins, somos cuatro los que estamos vivos.

Yo por nada del mundo me iría a vivir a Cochrane. A mí me gustaría morir acá. Yo he viajado hasta Argentina, lo he pasado bien y todo, pero me gusta vivir aquí. Me entretengo con mis animales que tengo, tengo vacas y ovejitas. Yo ahora no siembro, aunque antes lo hacíamos. Cuando sembrábamos, no usábamos fertilizantes. No recuerdo mucho de las cosas que hacíamos con mi papá, pero me acuerdo de las cosas que conversábamos cuando estábamos en la estancia. Imagínese que no le sé ni el nombre a la mamá de mi papá. Yo me acuerdo del

nombre de un tío mío que se llamaba Alberto y un primo que tenía en Coihaique. Nunca fuimos visitados acá por familiares de él.

Con respecto a la familia de mi mamá, también sé poco. Ellos venían de allá, de la décima región (actual región de Los Lagos). Nunca escuché a mi papá, por ejemplo, de querer volverse nuevamente a su tierra. No conoció a su papá, como le decía, porque él andaba trabajando por allá. Él se crio sólo. Parece que se crio con un abuelito y una prima de él.

Mi mamá hacía las mismas cosas que la Rosa. Lo que más me acuerdo de mis papás es que eran muy trabajadores, salían al campo a trabajar habiendo nieve o lloviendo o no lloviendo. Cuando andaban en los campos, en los valles, los dos andaban juntos, andaban sacando animales en el “pantanal vivo”. Aquí no más donde está el corral antes era un pantanal. Ahora es seco, antes llegaba hasta la misma loma abajo. Cuando hablo de “pantano vivo”, me refiero a que es una parte blanda de la tierra. En ese pantano, si entraba un animal y no salía rápido, podía morir en ese pantano. Aquí cuántos animales no murieron, teníamos que sacarlos con lazos; así también murieron caballos, así como también los caballos nos ayudaban a sacar a las vacas.

Los campos no están ni parecidos a como eran antes. Antes había muchos pantanos como le digo yo, esa parte ahora está seca donde le decía delante. Ha habido cambios. Las cordilleras son celosas. Un poco de ruido que uno hacía y se ponía a llover, uno pegaba un grito y ya al rato estaba lloviendo. Y ahora cuántos viejos que andamos por aquí metiendo ruido...

A mi papá nunca lo escuché hablar en su lengua, pero debe haber sabido. Yo creo que sabía, porque yo me acuerdo que había un vecino que era temucano. Ese viejito hablaba mapuche. Ese viejito me enseñaba cosas a mí de repente, en paisano. A ese veterano una vez lo escuché cantar en indígena, pero yo no le entendí nada, mi papá nunca nos enseñó a nosotros.

María Leonila Mancilla Huilquiruca

Un relato donde las dos historias se encuentran cara a cara

COMUNA DE CALETA TORTEL

NACIDA EL 29 DE AGOSTO DE 1917



Presentación

En Caleta Tortel hay una impronta indígena que se transmite desde el paisaje a las personas y su entorno. Quizás sea la condición de enclave geográfico aislado y de difícil acceso hasta hace muy poco; o la escasa cantidad de población, donde la gran mayoría se conoce o está emparentada, o a que en un lugar como este las dos “historias”, la oficial y la de los protagonistas anónimos, de tan cercanas parecieran tocarse con las manos.

Doña Leonila es una de esas personas que por ser protagonista de su relato, que se entronca hasta los orígenes del pueblo, posee, por así decirlo, las llaves que comunican y hacen dialogar a ambas versiones del pasado.

¿Quiere decir esto que la memoria oral heredada tiene menos valor testimonial que los testimonios de primera mano? Creemos que no, pues uno de los rasgos distintivos de una narración recogida por herencia es la de reactualizar y mantener viva la raíz que en algún momento la generó. El caso de doña Leonila se ajusta en propiedad a esa raíz, a la que podríamos llamar matriz testimonial. Muchas de sus historias están y estarán en el futuro siendo reproducidas por alguien que se las escuchó en estos días.

Tal distinción, pensamos, contiene a su vez varias dimensiones; una es la certificación personal de acontecimientos y personas que sucedieron y que están en la memoria colectiva de Tortel. Otra, el incommensurable valor de tipo sociocultural y etnográfico que sus palabras comprenden.

Quisiéramos asimismo recuperar la relación respetuosa entre personas de diferentes culturas –en su testimonio del contacto con las y los kawésqar– y a las relaciones interculturales entre williche y chilotes anteriores a los registros históricos oficiales, de los cual quizás esa especie de predisposición hacia lo originario que existiría en Tortel sería una muestra. Esto que se conoce hoy quizás más como pretensión que como realidad es la denominada interculturalidad.



Yo soy María Leonila Mancilla Huilquiruca, tengo 89 años de edad. Nací el 29 de agosto en el año 1917, en Mechuque; eso queda en Chiloé, al norte de la isla. El nombre de mi papá era Francisco Mansilla Barrientos y mi madre, Eloísa Huilquiruca Paillan, por eso soy indígena pues. Y mi pareja, Senovio Cheuqueman Levio. Él en Cochrane tiene un sobrino que le queda. Ese sobrino trabaja en la escuela. El padre de ese profesor se llamaba igual: Senovio Cheuqueman y su madre, Domitila Levin, el otro apellido no me acuerdo. Mi hija mayor está en Punta Arenas y está casada. Mi hijo, Juan Nahuel, se encuentra acá en Tortel y mi otro hijo, Patricio, tuvo problemas de salud, pero se recuperó.

Nosotros fuimos tres hermanos, dos mujeres y un hombre. Y ninguno está vivo. Me acuerdo que en el lugar que me crie era muy lindo. Ahí se pasaba una vida buena, pero hubo ese cambio en la agricultura donde de un día para otro no había nada, se quemó todo. Yo le puedo contar que en Aisén ocurrió lo mismo. Después me acuerdo que uno viajaba en un avión chiquitito para acá.

Al final, mis papás murieron en Argentina porque mi hermano se los llevó para allá debido a que trabajaba en Comodoro [Rivadavia], y trabajaba muy bien. Murieron de viejos, de enfermedades. Mi mamá murió de cáncer a los huesos.

Mechuque es una isla donde nací, me crie, me casé y tuve a mi familia. Tuve cuatro hijos y también tuve la mala suerte que perdí a mi compañero. La hija que está aquí quedó de tres meses. Yo no me aguanté mucho después que murió mi compañero, llegué viuda acá a la zona. Yo tenía familia en Aisén y debido a que vino una epidemia del “tizón”, que le decían, y perjudicaba las siembras, las quemaba todas, no dejaba nada, porque por allá [Chiloé] se vive de la agricultura. Entonces escribí para Aisén, estaba ahí mi familia, unos que ya están muertos, y me mandaron a buscar, me dijeron que vaya para allá donde estaban.

Mi marido se llamaba Valeriano Nahuel Pacheco y él murió de pulmonía allá en Mechuque y como yo me había quedado sola y mi familia de Aisén vieron que sola no iba a prosperar, y como tenía a mis chicos, y uno que vive de la agricultura, no podía. La otra cosa es que mi papá vivió trabajando en Argentina, en esquila, en cualquier trabajo que aparecía. Mi papá estaba muy poco tiempo en la casa, venía a pasear, porque al llegar el tiempo de la faena, él tenía que irse a la Argentina, y como yo era la hija mayor quedaba a cargo de todo. Lo que sí hacía él era buscarme una compañera para ayudarme a trabajar.

«Yo siento que no he dejado de ser indígena. El hecho de que me haya venido para esta tierra... he hecho las mismas cosas que hacía en mi tierra, cómo se le ocurre que voy a perder eso».

Acompañé a mi mamá porque ella era enfermiza, así que yo pensé: “Sin plata no me puedo ir”. Yo en mi trabajo comía, pero mis chicos no; hasta un punto que me cabrié y tuve la necesidad de volver a mi tierra³², “aunque coma puro marisco”, decía yo. Lo que pasó es que mi papá vio que mi mamá ya estaba vieja y mi hermana se casó con un judío y mi papá no le tenía confianza, estaba más conmigo que con mi hermana, entonces mi mamá le escribió una carta contándole todo esto.

Entonces yo puse en venta mis especies, una casa, un galpón, una yunta de bueyes, vacas como cuatro. El resto quedó para mis criaturas que estaban creciendo, como lo llamaban los antiguos [quedó en] un tutor, en eso quedó. Cuando ellos fueron y tenían uso de razón, el hijo mayor que es Juan Nahuel, él no quiso ir, dijo: “Mamá, por pocas cosas no vamos a sacar mucho”, así que no le exigí porque queda tan lejos y cada año iban subiendo más los pasajes. Claro que la primera vez que me vine era una pequeñez en plata. Bueno, me quedé en Aisén y no le dije más, quedó su herencia ahí y esta se perdió. Estoy segura porque el papá de ellos es muerto, la mamá también y todos los otros cabros; unos están por Talcahuano y otros están desparrramados, todos.

Una hija mujer que tenía estaba en Balmaceda. Yo estuve trabajando ahí más de un año con una prima. No me aguanté tampoco por el clima, el temporal, el frío. Tan helado ese lugar. Además andaba con esta pajarita [su hija] y con otro hermanito. Me fui para Coihaique, me junté con los chicos, con las primas y me preguntaron: “¿Por qué te viniste?”, y yo les dije que yo estaba arriesgando que se enfermaran mis hijos o me enferme yo por el mucho frío. Mi cuñado estaba empezando a trabajar una casa que estaba arreglando. Era la única casa que vendía comida, así que no me aguanté.

Mi prima después murió de cáncer por el puro frío, por el frío de la matriz. Esa es una cosa muy mala. Mi mamá, que en paz descansa, era muy curiosa para eso, para los remedios. Fue matrona. El enfriamiento a la matriz es por descuido y en especial por la ropa. Si se pone los

32 Al decir “volver a mi tierra”, doña Leonila se refiere a su llegada a Aisén.

«Nosotros llegamos a Tortel en el año 1953. El cincuenta y cuatro se instaló la primera casa en Tortel».

calzones húmedos, por ejemplo, si se moja los pies. De los pies viene. Usted tiene que hacerse muchos medicamentos caseros, tiene que hacerse baños, lavados, ojalá con esa cuestión que se hace limpieza a la matriz. Esa se llena de agua, entonces se mete pa' dentro. Cuántas señoras mi mamá atendió. Llegaban allá niñas jóvenes, pasaban un año, o más o menos, que no podían, porque allá la vida es bien sacrificada, porque andaban mojadas, porque andaban como podían no más, allá en la isla.

Yo estuve el cuarenta, se murió mi mamá y el cuarenta y uno me vine. Y el cincuenta, el cincuenta y uno y el cincuenta y dos estuve en Coihaique. Acá me casé con Senovio Cheuqueman. Con él nos conocíamos desde niños allá en Mechuque y nos casamos cuando yo tenía más de treinta años. Era un hombre trabajador y luchador, pero mi marido se murió en el campo. A él lo “cortaron” por sacar un toro de su propiedad en el canal. El hombre que lo mató sacó un cuchillo primero y le dañó el pulmón. Menos mal que el médico que había era bueno, él era de Punta Arenas, y lo salvó. A él lo trajo un compañero que estaba alojado en la casa, un tal Cáceres, porque siempre pasaba pasajero a alojar porque no podían caminar o por ser muy tarde, por la lluvia. Mi marido no había querido venir, venía súper mal. Y yo me decía: “¿Qué pasó, se dieron vuelta?”. Yo no hallaba qué hacer y llegó un caballero diciéndome que me traía una mala noticia. Me quedé helada, puras desgracias, así que le dije al caballero que me dijera qué había pasado, por qué no vino mi marido y él me dijo: “Qué íbamos a venir si a su marido lo dañó Becerra”. Así que lo llevamos a la posta aquí abajo y en seguida el enfermero hizo todo lo que pudo para cortarle la sangre.

¡Tantas cosas que me han pasado en la vida! Dios me da tanta vida, ¡tantas cosas me las ha dado por bien y tantas me las ha dado por mal! Yo no he sido una mujer mala, no sé por qué dios me hace sufrir tanto.



La cosa es que estuve trabajando y yo andaba como el pájaro, picaba por aquí y por allá para poder mantener a mi chico, pagar el arriendo de las piezas y entonces cuando nos vinimos, nos casamos ahí en

Cochrane. Yo no quise estar mucho porque no estaba segura debido a que de repente podía pasar algo, así que nos fuimos con Juan, que era el más grandecito. Él tenía catorce años, mi chico.

El tráfico no es como ahora, era puro caballo y los caminitos donde podían caminar los animales. No había caminos, no había nada de nada. Una se hacía pedazos las canillas, mis chicos lloraban y yo me decía: “¿Para qué me habré venido aquí”? Uno que no conoce es igual como el ciego. Nos vinimos porque mi marido tenía un campo, animales y una casa y ¿a quién se lo iba a dejar?, ¿a quién se lo iba a vender? Y plata se necesitaba, cuando a uno le faltaban los víveres tenía que salir para Argentina. Se demoraban un mes.

Yo al final me vine para acá por mi novio y yo me vine porque andaba por aquí, por allá en Aisén, Coihaique, y de repente caí donde una señora por ahí, en la calle de Magallanes, cerca estaba el hospital. Cuando me vio, ella me llamó con la mano y me dijo: “Venga, venga un ratito”. Yo pensé que era una señora conocida. Era señora de un camionero antiguo que había, tenían restaurante; me llevó para adentro y fuimos a tomar unos mates para conversar. Yo le hallé una cara buena, muy amistosa y muy amable. Me dijo: “Me encariñé con usted”, y yo le dije: “No, si soy mala”. Me acuerdo que tenía una [cantidad] de pensionistas porque era una casa grande. Me dijo que estaba atrasada con el almuerzo: “Van a venir a almorzar y no tengo quien me ayude para cortar la carne”. Y me preguntó que ella podía pagar al mes y yo le dije: “Tengo un problema, tengo mis niños y yo necesito una pieza para que los pueda dejar a ellos y pueda trabajar unos días”. Y ella me dijo que ponía el auto para que los vayan a dejar en la noche y dijo: “Aquí al lado hay una mediagüita que es de mi hija y parece que no la ocupa”. Y al otro día ella me consiguió esta mediagua. Eso fue cuando yo estuve en Coihaique.

Nosotros llegamos a Tortel en el año 1953. El cincuenta y cuatro se instaló la primera casa en Tortel. Tocó la coincidencia. Me acuerdo que bajamos de arriba, donde Jorge Nova, un veterano que había. Era un trabajador de madera y ahí había un negocio y mi esposo me dijo: “Quien quita que haya harina”, así es que bajamos y como costumbre de los viajeros, uno toma mate, y bajamos en esta puntilla donde están las piedras. Me acuerdo que ahí comimos y recuerdo que escuchamos unas sonajeras de chapas³³. ¡Mira la suerte nuestra, parece que venía

33 Las chapas son las planchas de metal para techar las viviendas.

la construcción para empezar Tortel! Aunque en ese tiempo, así no se llamaba. Se llamaba... no me acuerdo cómo se llamaba en realidad³⁴.

Nosotros andábamos embarcados en ese tiempo. Habíamos venido a buscar carne porque acuérdesese, como le dije, nosotros vivíamos en el campo y bajamos aquí a buscar víveres. Ese campo queda lejos de acá, me acuerdo que era la una y media del día, al dar la vuelta a la puntilla vimos un barquito. Qué alegría. Y vimos al capitán y conversamos. Diciéndonos [el capitán] que éramos los primeros pobladores que veníamos a ver esto y ahí nos dijo: “Qué bueno”, cuando de repente me fijé que había una ventanita con una señora que salió y nos saludó. Nos invitaron al comedor, nos sirvieron comida. Esa señora conversaba con el finao [su marido, don Senovio] diciéndole que iban a hacer el puerto ahí, que iban a hacer un negocio de madera y él dijo “Bueno, nos vamos a alojar aquí y mañana vamos a empezar a trabajar”.

A mí me contrataron enseguida de cocinera, aquí abajo no habían mujeres. Habían más gente, pero en los campos. Se escondían de ver a otras gentes. Después, el otro año, vino otro barco a dejar víveres a la gente, más cosas. Después construyeron un lugar para que los niños tengan clases y después uno del personal que trabajaba. Ahí me dijeron si aceptaba trabajar de manipuladora, de hacer la leche en las mañanas, pero ahí no me pagaban nada, sino que me pagaban en víveres, así es que nunca nos faltó nada.



Como le contaba, en Mechuque se dedicaban a la agricultura. Todo lo que se tiraba a la tierra se daba y también mariscaban. Hasta yo me dedicaba a eso cuando niña. Yo no me quedaba en ninguna, iba a todas. Inclusive a mí me colocaron “la macho” y la que heredó de mi sangre eso es una nieta que tengo, [ella] pasa rabia con sus padres. Pero así era yo y después, cuando venía la época de la siembra, yo empezaba con los arados. Me salieron unas tremendas ampollas aquí en los brazos por el trabajo, pero mi abuelita paterna antes que se muriera vio mi mano, así que ella lo chupó, era una pelota grande que me llegaba a dar vergüenza, y me dieron ese secreto y desapareció.

34 Se refiere a Bajo Pisagua. Ver las referencias citadas en los otros testimonios de Tortel.

«Lo de los remedios yo lo sé porque me lo enseñó mi madre. Mi mamá era “médica”. Mi mamá veía la orina, la miraba y leía las enfermedades de las personas y qué es lo que tenían, si iban a vivir o no».

Lo de los remedios yo lo sé porque me lo enseñó mi madre. Mi mamá era “medica”³⁵. Mi mamá veía la orina, la miraba y leía las enfermedades de las personas y qué es lo que tenían, si iban a vivir o no. Recuerdo que llegaba mucha gente a mi casa, a veces no había capacidad para atender a la gente. Yo también antes sabía leer la orina, pero ahora no. Hoy tengo la mala suerte que no veo muy bien y yo a lo mejor si tuviera lentes, podría ver. De aquí al frente no distingo a la gente. Yo por ejemplo, si la veo a usted de lejos, no la conozco. Yo tengo que preguntar quién es esa persona.

Mi mamá empezó a enseñarme por el pulso de la gente. Cuando llegaban las personas yo les tomaba el pulso y me decía: “Mira, siente aquí este latido” y ahí me daba explicaciones. Yo creo que hubiera sido médica, pero cuando me vine para acá eso se perdió. A veces pienso también que no hubiera querido, porque no me gustaba. Yo tenía una hermana en Valparaíso. Ella es muerta y a ella tampoco le gustaba. Recuerdo que ella siempre le decía a mi mamá: “¿Por qué no está tranquila, mamá?”. Era tan sacrificado atender tanta gente en nuestra casa. Según la persona y la enfermedad, tenían que llevar la persona a la casa.

Mi mamá siempre quiso enseñarnos. Quería que aprendiéramos y nos decía: “Cuando yo me muera, me gustaría que siquiera supieran hacer un agua para sus hijos”. Yo ni siquiera cuando joven quería escucharla, me daba lástima mi madre porque tenía que arreglar un remedio aquí, un remedio allá. Me acuerdo que mi mamá ni siquiera comía, así es que por eso yo fui ayudándole, y como le digo, ella me explicaba todo. Por eso yo conocía el tema de las hierbas, aunque por acá no hay ese tipo de hierbas.

35 “Médicas / médicos” se denomina en la jerga popular de Chiloé y de otras zonas campesinas de Chile Central, a las personas que ejercen la medicina popular, en la cual se mezclan elementos de raíz indígena, preferentemente mapuche, con otros traídos por los primeros europeos, los que a su vez tienen sus raíces más profundas en otras partes del mundo.

Yo por lo menos para el corazón tengo la salvia y el toronjil, la ruda y el ajenco para el estómago, para la matriz son otras cosas, ¡uf! Hay muchos remedios. Yo siempre recomiendo tener en la casa remedios que son muy necesarios: por ejemplo, si una comida cae mal vienen los cólicos y para eso yo tengo curavio, la ruda y el mastuerdo. El último sirve para las hinchazones, los malestares, el dolor de estómago. Yo siempre suelo tener estos remedios en casa.

Los médicos no creen en estas cosas, pero ellos en el fondo saben que estas cosas sirven. Con la orina de las personas uno puede leer sus enfermedades, porque yo le voy a contar, fíjese. Cuando está la orina mala y tiene dolores... Por ejemplo, mi hija la que está aquí, estuvo bien fregada. La llevamos al hospital y cuántos días estuvo ahí. Primero dijeron que era vesícula, después dijeron que no sabían, pero yo al final compré unos yuyos en Cochrane y la empecé a atender dándole estos remedios y ella se compuso. Yo a mis hijas he intentado enseñarles, pero me salieron testarudas; quizás cuando yo me muera se acuerden y yo ya no esté.

A mi mamá, por atender, la gente le pagaba. En mi caso, yo no cobro a nadie. Por ejemplo, lo común que a veces me llega acá son los empachos de los niños. A veces la mamá no le prepara bien la leche, no les queda bien cocida, por descuido, o le dan muy cargada; no le daban la comida como debe ser y así los niños se empachaban. Por ejemplo, mañana viene a verme una señora porque tiene chicos empachados. Y así he salvado muchos niños, pero ahora ni siquiera tengo remedios. Ahora no tengo remedios aunque llegue alguno muriendo. Y no tengo remedios porque no quiero, se me pasaron las ganas porque no me pagan. Hay algunas personas que son conscientes y correctas y reconocen este trabajo. Recuerdo que hubo una señora que me dijo y reconoció que ni siquiera con cinco mil pesos más o menos de dinero no iba a escapar de la muerte. Ella, por ejemplo, nunca escatimó, siempre se preocupaba de entregarme algún engaño, pero hay otras personas que ni siquiera dan las gracias. Por eso yo sentí rabia y se me pasaron las ganas.



Nosotros cuando llegamos nos dedicamos a la agricultura. Le contaré que en ese campito lo que usted tiraba se daba: avena, arvejas, habas. Y también salíamos a pescar. De en vez en cuando salíamos a la playa a tomar once. En mi campo hay algunos sectores especiales para eso,

pero ahora ya no me fui para abajo. Mi hogar está abandonado, más pena me da llegar que salir. Me había preparado para vender, ¡cuánto trabajé ahí! Saqué ese campo a pura pelea. Quería vender y no me permiten vender, no quieren que venda, así que me tienen que mantener ese campo. Ahora no se está trabajando, pero lo voy a ver porque tengo cuatro invernaderos, pero el temporal a uno lo hizo pedazos y lo estamos arreglando. Con los invernaderos producía lechugas, acelgas, zanahorias, arvejas, de todo, y ahora tenía ganas de sembrar tomates porque me estaba yendo bien con esto de las verduras, pero con el temporal y el clima no alcanzaron a madurar los tomates.

Yo siento que no he dejado de ser indígena. He hecho las mismas cosas que hacía en mi tierra, cómo se le ocurre que lo voy a perder. Yo tenía nombre acá en este lugar. Cuando yo llegué, yo me acuerdo que estaba revolviendo la tierra para sembrar y plantar y una señora me dijo: “¿Qué está haciendo esta Leonila, siempre está revolviendo su tierra, qué cosas va a hacer?”, y yo le respondí: “Yo nací revolviendo la tierra y voy a seguir trabajándola hasta la muerte”. Mi padre siempre salía a la Argentina cuando era niña, entonces quedaba yo para trabajar en mi casa.

Yo nunca más volví a la isla Mechuque. No me queda ninguna familia por allá, si no hubiera tratado de ir. Yo sé eso porque he preguntado con aquellos que viajan para allá. Lo único que tengo es una amiga que vive en Añihue, fuimos criadas como hermanas, pero la última vez que contacté con ella estaba como rara, así que de ahí que no voy.

Estudié hasta séptimo básico, mi papá no quiso mandarnos más a estudiar porque había desordenes, era una escuela mixta. Además que yo era la regalona de mi pobre padre y donde yo era lolita se inquietaba por los compañeros, que algunos eran mayores. Me acuerdo que cuando tocaban el recreo de las doce él estaba cerca de donde vivíamos y bajaba a comprarme caramelos para dejármelos a mí. Era yo muy regalona. Yo creo que ahí fue donde la dentadura me jodió, mire como estoy.

Mi papá vendió sus tierras en vida; era un campo grande, teníamos molinos, animales, todo eso se vendió. Fue mi madre quien nos enseñó todo lo que se hace y nuestros hermanos también tenían que aprender. El antiguo fue muy duro, era muy riguroso. Quien hacía alguna cosa mala, le llegaba el chicote al tiro. Toda mi familia es originaria de Mechuque, hasta los antiguos de mi familia.

«Yo me hice amiga con las señoras alacalufes. Ellas venían para acá a cazar nutrias, a pescar, después fueron desapareciendo».

Ahora a estas alturas de mi vida pienso solamente en morir ya que estoy inútil para trabajar, aunque todavía se puede decir que tengo ánimos para vivir. También fuimos unas de las primeras familias en llegar a Tortel. Después iban llegando otras familias, otras señoras. Me acuerdo que las primeras señoras eran muy calladas, eran medio ariscas. Me acuerdo que el padre Ronchi³⁶ me dijo en ese entonces: “Me vas a tener que ayudar, la gente acá ni siquiera sabe la señal”. La gente nacía como corderito no más acá. Yo, como le contaba, era la cocinera de la escuela y ahí estuve como dos años.

Aquí en el pueblo me conocen como la abuela Leo. Recuerdo que cuando vino el comandante de la barcaza habíamos como veinte mujeres, yo también estaba ahí parada mirando, y nos consultó: “Yo quiero saber si ustedes ya tienen conformado el centro de madres”. Yo le respondí: “¿Y dónde lo vamos a formar?”. Recuerdo que todas arrancaron de ahí y me quedé sola conversando con el comandante. Hubo que tener mucha paciencia para poder trabajar. Me acuerdo que preparaba el almuerzo, servíamos. Me ayudaban las chicas que estaban ahí. Dejaba todo listo, después salía para la iglesia a hacer y educar lo que me habían enseñado, y la tercera cosa era para formar a las socias con las mujeres, con la gente más humilde. Recuerdo que era la más empeñosa, intentaba de aprender. Había otras que no tenían ningún estudio, así que yo tuve que estar enseñándoles letra por letra.

Yo creo que he hecho hartas cosas aquí en este pueblo. Por ejemplo, el padre Ronchi me dejó a cargo de la iglesia, me dejó las llaves. Bueno, el padre Ronchi hizo hartos por esta gente acá, ayudándolos. Yo le colaboraba en lo que podía.

³⁶ Antonio Ronchi Berra. Nació en Milán, Italia. Hijo de una familia campesina. Llegó a Chile en 1961 a trabajar en la misión de la Obra Don Guanella. Desde el año 1974 desarrolló trabajo misional en diversos lugares de la región de Aisén. Fue capellán en Puerto Ingeniero Ibáñez y luego, desde 1979, párroco en Puerto Cisnes, lugares desde donde se desplazó a Caleta Tortel, Villa O'Higgins, Puerto Gaviota, Puerto Gala, Isla Toto, entre otros. En Tortel, donde es muy recordado por sus habitantes, entre otras cosas, fundó la radio MADIPRO. Falleció en Santiago de Chile en 1997. (ver /www.misioneros.cl).



Cuando se estaba instalando Tortel, llegaban los alacalufes [kawésqar]. Yo me hice amiga con las señoras alacalufes, una se llamaba la Ralae, otra se llamaba la Rosa, otra era la Bienvenida. Ellas venían para acá a cazar nutrias, a pescar en esos años, porque aquí antes había muchas nutrias. También me acuerdo de las alacalufes Rosalva, Ana, eran bien bonitas. Yo los vi a ellos acá hasta el 1958-1959, después ellos fueron desapareciendo. Por ahí se mataban, peleaban en las islas. Por ahí una vuelta me llevaron a mariscar, porque yo era buena para eso, me gustaba, era una mariscadora. Así es que nos fuimos con el finao, con Senovio, y nos fuimos donde ellos conocían, donde estaban los mariscos. Y cuando andábamos en eso, hallamos un campamento que era de los “nutrieros”, de los chonkis³⁷. Era un tremendo campamento. Ellos estaban en una isla chica que está aquí cerca, no me acuerdo cómo le decíamos a esa isla, pero eran muchos campamentos.

Las chonkas siempre que venían acá me iban a buscar para tomar mate y comer torta con grasa de lobo, ¡qué torta más rica esa! Conmigo hablaban el castellano y entre ellas hablaban su lengua. Llegaban a un lugar y hacían sus carpas. No eran muy distintos a nosotros los mapuche, eran un poco distintos. Habían algunos bien simpáticos. Yo compartía con ellos, me iban a buscar porque ya me conocían, y cuando me veían... porque antes no teníamos casas sino que era campamentos, así no más, tirábamos ramas debajo; cuando llovía, tapábamos: se nos mojaban todas las pilchas, así que cuando llegaban los alacalufes íbamos y mis muchachos se hacían amigos de ellos.

En otra ocasión fuimos a mariscar a una isla que le decimos “Incolaza”. Me fui sorprendiendo porque vi entrar agua de mar del golfo [de Penas]. Había un tremendo campamento ahí donde está el faro de San Pedro. Los campamentos [de los alacalufes] eran encachados porque eran como triángulos y tenían dos corridas con piolas de los mismos bichos que ellos cazaban. Así que ahí nosotros nos quedamos al ladito, en una playa cerca de ellos, y acampamos con los chicos y

³⁷ Chonke, chonka, chonkis son apelativos con que, según algunos autores, se denomina genéricamente a los indígenas, similar al concepto “gentil” que usaban los primeros españoles para referirse a los pueblos originarios. Para Cárdenas, R. et al, la voz provendría de la palabra aonikenk (tewelche) “chonk” que significa ‘gente’, palabra que en la denominación propuesta aquí se habría difundido hacia el norte, “hasta Valdivia”. Ver Cárdenas, R. et al (1991: nota 11, pág. 93). Cabría agregar aquí que, tal como usa el concepto doña Leonila, este está aplicado a los Kawésqar vistos por una persona mapuche williche.

el finao. En ese lugar hicimos un curanto para sacarnos las ganas de comer mariscos³⁸.

Yo después nunca más supe de ellos. Una vuelta, cuando estuve enferma, salí a ver médico y pasé por Puerto Edén, fui a Punta Arenas en esa oportunidad porque estaba muy, muy enferma. Los campamentos de ellos estaban para allá adentro, en el centro. Por las islas salían a pescar también; las islas, las playas, por ahí tenían sus campamentos, tremendos campamentos. Pescaban, mariscaban. A mí siempre me hacían llegar mariscos, cholgas. Lo pasaba bien con los alacalufes, me llevaba muy bien con ellos. Después ya los echaba de menos. Yo compartía más con las mujeres. También andaban hombres, pero eran veteranos, no tenían mi edad. Había uno que le decían “Panchote”, a mi hijo le gustaba compartir con él, no era un hombre atrevido, era un hombre respetuoso, no era para nada atrevido. Le gustaba jugar con los chicos. Con mis hijos ellos siempre me mandaban a buscar para compartir. Los alacalufes tenían apellidos bien raros.

Yo no supe si alguien se casó con una chonka, así una mezcla con chonke pública no hay, pero sí existe mezcla por fuera. Pero esa mezcla se producía con los hombres malos. Eso pasaba cuando le pegaban a las chonkas, a la fuerza quiero decir. Me acuerdo que una vez un chileno le pegó a una chonka. Ese se tuvo que ir porque si lo hubiesen pillado, los chonkis lo hubieran matado.

Se hicieron mezclas con las chonkas porque ellas iban a ofrecer cueros de nutrias a los buques y cuando habían mujeres, las subían a los barcos y quedaban embarazadas. Había mucho entrevero. Ellos llevaban mariscos y los buques les daban aguardiente. Después prohibieron que las mujeres fueran a vender porque los marinos la subían para arriba y salían embarazadas. Eran buques extranjeros así que las mezclas eran alacalufes con gringos.

Hasta el año 1965 fue uno de los años en que vinieron los alacalufes y también los marinos los empezaron a cortar. Que fueran a mariscar más lejos y sus campamentos tenían que estar más lejos. Yo creo que lo hicieron porque pensaron que iban a tener más contacto con las mujeres.

La Margarita se murió hace años, la Rosa, la Anadelia [sus amigas alacalufe]. Eran señoras jóvenes. Me acuerdo que estábamos con la señora Griselda Álvarez y dijo: “Mira allá vienen unos botes”, y me preguntó: “¿No serán peligrosos?”. Y yo le dije que eran gente como

38 Sobre los viajes al Faro San Pedro, ver el relato de doña Ana Vidal Menco.

«Las chonkas siempre que venían me iban a buscar para tomar mate y comer torta con grasa de lobo, ¡qué torta más rica! Conmigo hablaban castellano y entre ellas hablaban su lengua. No eran muy distintos a nosotros los mapuche».

nosotros, igual que uno. A mí me gusta compartir con ellos porque son bien amistosos, pero ella me dijo: “Yo los he visto a pata pelá y todo eso”, y yo le dije: “Son sus costumbres”. Ella me dijo: “Yo tengo unos zapatos usados, a lo mejor los pueden usar”, y me pidió que la acompañara. Me acuerdo que ella estaba toda asustada cuando estábamos con ellos y yo les dije: “Vengo con una señora porque viene a hacerles un regalo”. Entonces la Anadelia dice: “¿Y qué regalo será?”, y la señora Griselda le dijo: “Yo le traigo este par de zapatos, a ver si les pueden servir porque yo los veo a pata pelá y a mí me da frío”, y le respondieron: “Pero nosotros para qué los queremos”, y se largó a reír. “Pero a ver, déjeme verlos”, los miró un buen rato y [Anadelia] dijo: “Los voy a guardar”.

Antes teníamos campo por allá fuera, ahí hay una pasada que viene de la marea de Rahuelco, y son las tremendas olas, terrible, y el que no es capo para gobernar un bote se lo lleva el diablo. Se murió una familia, nueve... ¿Cuántos fueron? Allá, adentro en Pascua, los pilló un temporal, les llenó la embarcación de agua, la ola sacó a los chicos y lo que barrió, barrió, y no se hallaron nunca. Eso sí que fue raro, solamente una guagua se halló. Por ahí afuera de la isla Francisco que le dicen, ahí hallaron una guagüita, estaba el zapatito enredado en una piedra, el pasador de la patita estaba enredado. No estaría el pobre angelito para que lo salven. Ahí se me murió una ahijada.

Otra cosa que quiero contar es que cuando de repente no tenía nada que hacer viajaba a Punta Arenas, porque los barcos nos llevaban gratis. El problema es que teníamos que andar tres meses arriba entre ir y volver, y andábamos en pensiones. Por ahí de repente nos llegaba el aviso que a tal hora sale el barco. Tengo muy buenos recuerdos de esos viajes, yo era feliz así.

Ángela Iñiguez Menco

Una testigo de otro tiempo

COMUNA DE CALETA TORTEL

NACIDA EL 14 DE OCTUBRE DE 1914



Presentación

Doña Ángela, con seguridad, es una de las personas más ancianas que al momento de conocerla [junio de 2005] habitaban en Caleta Tortel. Como en tantos casos parecidos, tratándose de gente indígena, sorprende por su vitalidad y lucidez dada su avanzada edad y las enormes vicisitudes que ha pasado producto de los largos y continuos desplazamientos territoriales que debían –y deben aún– hacer los habitantes de esta zona como también por el esfuerzo constante que, sin pausas, ha registrado su larga existencia de más de 90 años. Por eso, más que una testigo de primera mano, para el caso de esa “otra historia” –la de los indígenas– que aquí pretendemos empezar a develar es un testimonio viviente de la dura, anónima y muchas veces solitaria condición en la que se ha desenvuelto la existencia por estas lejanas tierras.



Yo me llamo Ángela Iñiguez Menco. Tengo 92 años. Nací el 14 de octubre del año 1914. Mi papá se llamaba Cesario Iñiguez Barrientos. Mi madre era María Menco Pimir. Los nombres de mis abuelos no los sé. Mi abuelita no más, la única, que se llamaba Carmen Pimir. A ella la conocí. Yo soy de Corrientes, en la Argentina, ahí sí que no sé en qué parte nació, como era una niña chica... pero en el “Guaco Grande”, que le llaman en la Argentina, nació³⁹, cerca de Chile con la Argentina, ahí nació yo. Y ahí nos vinimos para acá. Falleció mi papá y mi tío me fue a buscar allá. Tenía como ocho años. Falleció de pulmonía. Él tiene toda su familia allá en Buenos aires, ahí conocí a mi tía.

Somos cuatro hermanas. Soy yo la mayor y tres mujeres más. Una se llama Valeria, la otra Carmen y yo Ángela, y Segundo Iñiguez⁴⁰. La Carmen murió en costa de Colluhuapi. Valeria no sé, está en la Argentina, dicen. En realidad no la he visto ni sé de ella tampoco, así que está en la Argentina. Quedo yo y ella y nada más. Mi mamá era de acá de Chile. Era araucana mi mamá, por eso soy Menco. Mi papá era alemán, parece.

Yo me crie por todos lados, andando así no más, como se dice. Así, andando por allá, un año por acá y el otro año por allá en el otro lado, y así. La primera vez que me trajo mi tío, me trajo allá en [Villa] O'Higgins. Eso todo lo conocí yo en una parte de cordillera, “Escorial”. Ahí había dos pobladores y nada más⁴¹. Ahora le pusieron O'Higgins a esa parte, es muy nombrado el O'Higgins. Ahí estuve como tres años con mi tío y después me trajo acá donde mi tía Catalina Menco. Ahí vivimos como tres años más. De ahí fui completando la edad yo.

39 Seguramente doña Ángela no se refiere a la actual Provincia de Corrientes, ubicada en el nordeste de Argentina en el límite con Paraguay y las provincias de Chaco y Santa Fe. Según sus propias palabras, el lugar al que hace mención se encontraría cerca de la actual frontera de Chile y Argentina, en la zona austral.

40 Todas las personas mencionadas por doña Ángela, empezando por ella misma, figuran en el ya citado Censo de Oportus Mena, un auténtico telón de fondo documental para la historia local y punto de referencia para las historias de varios de nuestros protagonistas. El ejercicio correcto aquí no es tratar de decidir cuál de las dos fuentes prevalece sobre la otra: si las escriturales o las orales. Creemos que ambas, en cambio, se complementan perfectamente bien. En el censo, doña Ángela, que aparece registrada con fecha de nacimiento en 1909, tiene el número 118; su madre, María Menco Pimir, es la 119 (aparece aquí como nacida en Argentina y viuda); Valeria, de ocho años, es la 125; Carmen, de seis años, la 126; Segundo, aquí de diez años (el padre de Santiago Iñiguez) es el 124; también está registrada la abuela de doña Ángela, Carmen Pimir Nírrir, la 127 (65 años, originaria de Osorno) y Gabriel Vidal Núñez (que aquí “vive con doña María”) es el 120. Todos ellos y ellas figuran como ocupantes de la Ribera del Río Cochrane (1928: 50).

41 Ver el trabajo de Mateo Martinic (1977). En bibliografía.

«Aquí en Tortel somos personas indígenas mezclados, igual que yo, quedan bien pocos los que son extranjeros. Yo siempre supe que era indígena. Mi finada abuelita me decía que ella era indígena. Me decía que yo era mezclada con indio, que era “chone”».

Después, ya en el año 1920, entramos acá a Cochrane. Ahí mi mamá se casó con un hombre, un tal Gabriel Vidal, un hombre jovencito, y se vino a vivir acá. Entonces ahí vivimos. Ahí me terminé de criar y todo. Y como eran pobres ellos y después había un hombre rico que tenía bastantes vacas, me vendieron por ocho vacas para que me case con un viejo. Yo tenía catorce años en ese tiempo. Mi esposo tenía como más de cincuenta años. Era viejo. Yo lloraba, yo no quería estar con él de ninguna manera. Yo les lloraba a ellos y les pedía que por favor no me echen con este hombre; mi mamá me dijo: “Usted tiene que irse con este hombre, este hombre pagó tantos animales y usted va a ser la señora después”. Me cayó mal eso, pero igual me fui.

Él me trajo acá, a este lado de Cochrane. Ahí tenían una rincónada y tenían una casa nuevita, linda la casa. Se la había mandado a hacer. El hombre era rico, tenía hartas vacas y todas esas cosas, así es que nos vinimos ahí y me trataba igual que una hija no más. En ese caso fue bastante bueno el hombre, porque nunca él abusó. Los primeros años, como ser dos años, no buscó por mí. Me tenía igual que una chica, como sirvienta, así. Y después ya tuvo relación conmigo, pero no le tenía cariño porque era un hombre que yo no lo había escogido, yo siempre he sido mañosa para esas cosas. Así que por ahí estuvimos existiendo.

Como a los cuatro años tuve una chica y no tuve más. Después murió él y quedé viuda; fui allá a Aisén porque en ese tiempo tenías que arreglar los papeles en Aisén. Así que fuimos como con tres o cuatro vecinos de ahí al lado que me acompañaron y a los siete años conocí a mi esposo que tenía, que falleció ahora, más de sesenta años juntos.

Cuando yo lo conocí era cabro nuevo, éramos cabros nuevos los dos. Le dije: “Bueno, si tú me esperas cinco años, le dije yo, nos casamos, pero antes de eso no”. Le dije: “Tengo dos chicos”. “Eso no importa”, dijo, “yo me hago cargo de ellos”, y así fue. Me llevaron para cocinera

«Mi mamá pintaba los cueros. Hacía de guanaco, de zorro. No sé quién le enseñó, tienen que haber sido los mismos tewelche Menco».

[donde trabajaba su marido] cuando había que esquilas las ovejas, porque en ese tiempo se esquilaba con tijeras la oveja. Donde había 100, 200 o 1000, demoraban siete u ocho días. Ahí me ganaba la billetera.

En total, he tenido 14 hijos. Uno se me murió [con su primer marido]. Antes los partos los atendía el mismo marido porque no había más nadie, porque en esos tiempos era así. Igual que si llegara usted y viviera gente, pura gente sola. Lo mismo si se enfermara y anduviera por tener familia, cualquier persona se anima a atenderla y la atiende, así era antes. Tengo seis hijos afuera, tres o cuatro muertos y los otros están vivos. Acá tengo cinco.



Mi finado padre, él no alcanzó a vivir; después nos criaron a nosotros mis tíos y mi finado padrastro. Usted sabe que una persona joven, nueva, no sabe lo que es hogar; él se ponía al cuidado de mi madre y ahí le pasaron una casa después y a cuidar esos animales. Terminabas de cuidar esos animales tenías que seguir a trabajar. Así me crie yo acá en Cochrane. Cuando me casé con mi viejo, para el otro lado vivimos nueve años, nada más que para lavar la ropa y le cuidaba los animales. A los trabajadores ahí les pagaban con todas las crianzas de los terneros que cuidó. Con eso come y le dan la carne. Ahora es distinto.

Antes conocimos la gente que, cómo le dijera yo, que defendió toda esta tierra, que eran los Menco. Ahí en la tele uno al mirarlos han salido unos verdaderos Menco que todavía viven para que usted vea, el otro día lo vi yo. Los tewelche son unas personas grandes, altas, que anduvieron un poco tiempo acá porque anduvieron defendiendo estas tierras. Estas tierras las tenemos nosotros porque las defendieron ellos, los Menco, los tewelche que se dice. Esos vivían en el sur. Conocía a algunos cuantos que ahora han muerto. Conocí a un Paulino Ibáñez, ese era tewelche. Benito Ibáñez también era tewelche. A esos lo conocí yo, eran muy buenas personas. Los Ibáñez y los Menco se mezclaron ahí.

Aquí en Tortel somos personas indígenas mezclados, igual que yo. Aquí todos somos mezclados, casi todos, quedan bien pocos los que son extranjeros, para qué lo vamos a estar negando. Yo siempre supe que era indígena. Mi finada abuelita me decía que ella era indígena. Me decía que yo era mezclada con indio, que era “chone”. A los indios les dicen chonki algunos, otros les dicen alacalufes. Ellos llegaban aquí a cambiar cueros. Esos venían de Puerto Edén parece.

Después ha pasado mucho. Estos últimos años cuando entramos aquí no había ni una cosa, el pueblo emergió por nosotros, ahora todo el mundo viene. Antes aquí era igual que mirar a esa colina, no le digo. No había dónde allegarse. Yo me vine aquí con mi esposo el año 1957. Había un capitán, no sé quién es, que vivía ahí; unas dos personas habían y nada más ahí donde está el capitán de puerto. Antes Tortel se llamaba Bajo Pisagua, para que sepa. Bajo Pisagua se llamaba, ahora se llama Caleta Tortel acá e Isla de los Muertos allá.

Del episodio de la Isla de los Muertos lo único que sé es que el año 1930 venían las mulas llenas de alambre, de víveres para acá abajo y la compañía tenía todo eso que acaparaba, era todo de ellos, y después resultó eso que se comenta harto. Nosotros estábamos afuera cuando llegó un hombre disparando, que lo querían matar, y por eso supimos que estaban matando acá. Así dijo el hombre ese. Eran los tiempos de míster Brigs [Bridges] que se llamaba⁴².



No estudié en la escuela, pero sé leer y escribir igual. Todo eso lo aprendí, me enseñó un tío así. Como yo tenía buena memoria, me enseñó a leer, me enseñó a conocer las letras y así aprendí.

De chica me enseñó a esquilar mi tío Pablo. Tenía cuatro que me había comprado él cuando yo tenía ocho años. Él me enseñó a voltear la oveja y después a esquilar, y aprendí luego no más porque él era recto. A mí me gustaba aprender todo y así aprendí a hacer todos los trabajos. Yo esquilé; sé cuidar las ovejas; sé cuidar las vacas; sé cuidar los caballos, todo eso lo sé cuidar. Así nos criaron a nosotros, siempre trabajando. Harto hemos trabajado, la hemos sufrido de todas maneras.

Yo en el campo tengo huerta, tengo árboles. Ahora eso está sólo. Aquí lo más difícil era antes para comer, como ser la harina, la hierba,

42 Sobre el punto, ver trabajo de Danka Ivanoff (2005). En bibliografía.

«Los tewelche son unas personas grandes, altas, que anduvieron un poco de tiempo acá porque anduvieron defendiendo estas tierras. Estas tierras las tenemos porque las defendieron ellos. Conocía a algunos cuantos que ahora han muerto. Eran muy buenas personas».

el azúcar, todas esas cosas. Tenías que ir allá afuera. Allá fuera iba mi marido y me dejaba aquí con todos mis chicos y se demoraban un mes y diez días para ir y volver con víveres desde afuera, de los boliches de allá afuera. Antes no había ese camino que hay ahora. Eso lo encuentro bueno yo. Si eso se hizo por nosotros, no por otras personas. Para nosotros y todos los demás, nunca ha sido para nosotros no más, no, para todos parejito. Por eso esta ese camino ¿o no?

Mi madre me enseñó a tejer. Sí esto lo hago yo, lo hice ahora [sus trabajos de tejido a palillo] iba a hacer otros más bonitos, cuando me enfermé, pero ya me enfermé. Después, cuando ya me componga un poco... Tengo el hilo hilado y todo, lo voy hacer con este amarillo y este negro, porque tengo que hilar toda la tarde. Toda la semana, en una semana o dos semanas lo tengo listo.

Mi mamá me enseñó a tejer a los catorce o quince años. También sé el crochet, por ahí le voy a traer unos trabajos que hago yo. Por el crochet que hacen en la fábrica, ahí va sacando uno. Para hacer los palillos de crochet se tiene que trabajar con las limas chicas, tiene que trabajar con la lima grande que se llama. Yo aprendí [el crochet] sola casi. Es la inteligencia del cristiano no más. Yo hago palillos de madera, hago de alambre, de cobre igual hago los crochet; si los quiero gruesos y si no, delgaditos igual, claro que sí. Es que puede ser un poquito más grande y avanzo más rápido, porque cuando son chiquititos no. El otro día tenía uno bien bonito, chiquitito, vino una señora y se enamoró de ella y me dijo que lo venda, yo le dije: “Llévelo no más”.

El tejido a telar sirve para la lluvia y el frío también. El otro día hice dos mantas, la otra la tiene la comadre allá, una delgadita. A mi finado padre le debo esto, porque mi finado padre era muy inteligente.

Ese hombre era inteligente para cuidar los animales, para hacer sogas, para hacer cuestionales, tejía qué bonito. Por eso yo fui a salir como él.

Cuando no tenía lana, yo agarraba una lonja que le llaman cuando carnean una yegua, que la pelaban bien, después quedaba finita y eso con tijera después lo tejía. Yo salí inteligente de por sí no más. Mi mamá también tejía, hacía matra dibujada, de esas que salían antes, unas dibujadas con dibujos, de esas hacia mi mamá. Pintaba los cueros. Hacía de guanaco, de zorro. Eso lo hizo hasta el último, hasta cuando falleció ella. No sé quién le enseñó, tienen que haber sido los mismos tewelche Menco, la viejita, la mamá de ella. Mi abuelita sabía todas esas cosas. Claro, ella donde estaba con los indios que se dice, ahí aprendió. Esas son cosas que yo lo he hecho, me viene, sean imágenes (sic). Cuando estoy haciendo alguna cosa, me sale algún dibujo, lo hago con hilo de color. Lo principal es el hilo de color o la tinta para teñir lana. Yo saco verde, amarillo, todos esos colores, con las plantas que hay acá.

María Inés Chodil Vidal

La simple profundidad de un relato

COMUNA DE CALETA TORTEL

NACIDA EL 21 DE NOVIEMBRE DE 1964

LA OTRA HISTORIA: EL APORTE MAPUCHE WILLICHE A LA IDENTIDAD DE COCHRANE Y CALETA TORTEL



Presentación

María Inés, como la mayoría de los cuatro o cinco centenares de personas que habitan Caleta Tortel, tiene una casa que está como suspendida entre la ladera de un cerro y el fiordo en el que desemboca el río Baker. Lugar de belleza sobrecogedora para quienes vienen de otras tierras y se aventuran a llegar a un lugar que hasta ahora, pese al camino inaugurado hace unos años, parece como de otro tiempo y contexto.

En Tortel se ven gauchos a la orilla del mar; lanchas de pescadores que se dedican a madrear ciprés y otras maderas nobles. También, como en tantos otros lugares, se aprecia por todos lados la ineludible presencia indígena de la cual María Inés orgullosamente se hace parte en una opción que está alimentada en su relato por las enseñanzas de sus padres que, según vamos viendo, para el caso de la gente proveniente desde la Isla Grande de Chiloé, constituyen una matriz de elementos culturales que no sin esfuerzo e imaginación han sido trasplantados desde el hábitat de origen chilote a las tierras aiseninas.

En Caleta Tortel casi todo se respira indígena. Mapuche williche venidos desde más al norte, especialmente de Chiloé, la herencia tewelche proveniente desde las pampas, pero aquí también está presente la otra vertiente indígena, la más ignorada por habersele dado por extinta muchas veces: la de los habitantes de los canales australes, kawésqar especialmente, cuya comparecencia se constata en muchos rostros de los habitantes de este –para muchos– desconocido paraje.



Mi nombre es María Inés Chodil Vidal, tengo 40 años. Nací en el año 1964, en el Río Bravo; en Puerto Yungay, que queda cerca, no sé a cuántas horas de navegación.

Mi abuelita materna fue quien me recibió cuando nací, en el lugar donde vive actualmente mi mamá. Este lugar [Río Bravo] queda frente a la desembocadura del Lago Vargas. Fue mi papá quien trajo a mi mamá para ser atendida por mi abuelita en mi nacimiento.

El nombre de mi abuelita era María Menco Pimir⁴³. Yo la conocí y me acuerdo muy bien. Ella era chiquita, era muy buena conmigo, me quería mucho, era cariñosa. La vi cuando yo tenía cinco años y fue también la última vez que la vi. Mi abuelita vivía en el sector Río Bravo y nosotros vivíamos en la desembocadura del Lago Vargas.

Mi papá con mi mamá no salían nunca, venía él no más a comprar acá la mercadería y a Cochrane, pero viajaba solo porque nosotros éramos hartos hermanos. Mi mamá tenía que quedarse en el campo con nosotros. No salíamos mucho y esa vez yo iba a cumplir cinco años cuando vinimos acá a Tortel debido a que mis hermanitas estaban enfermas, y viajamos toda la familia a Tortel porque las trajeron a la posta. No me acuerdo el año exacto en que fue eso, pero estaba mi hermano Marcial; él era el más chiquitito y tenía un año... eso fue el año 1970 entonces, porque mi hermano nació en el año 1969. En esa oportunidad estuvimos varios días y viajamos en lancha al Río Bravo y me parece que de esa vez no vi más a mi abuelita.

Me acuerdo muy bien de esa visita, del lugar donde vivía, de la casita que tenía; había una pieza separada donde se hacía fogón, esa era la cocina. Ahí nos juntábamos todos. Me acuerdo que en esa ocasión llegó mi tío y mi tía con sus hijos.

También recuerdo a mi abuelito materno, ya que lo conocí en ese entonces, su nombre era Gabriel Vidal, pero su segundo apellido no lo sé. Lo volví a ver nuevamente cuando yo tenía catorce años y ambos fallecieron. Los abuelitos por parte de mi papá no los conocí, como tampoco a ningún familiar, a ningún tío, a nadie.

Hace un tiempo atrás tenía muchas ganas de encontrar a mi familia, pero cuando anduve en Chiloé fue imposible encontrarme con alguien realmente. Me hubiera gustado saber de algún primo o hermano, pero fue imposible.

43 La señora María Chodil es nieta de los ya citados en el censo de Oportus, Gabriel Vidal Núñez y María Menco Pimir (ver el texto de Oportus, C., 1928).

«Me acuerdo que mi mamá nos hacía moler trigo en una piedra. Se hacía la harina tostada, era un trabajo que demoraba».

La familia de mi papá es de Chonchi por lo que yo sé. Mi padre llegó solito acá, pero no sé en qué año exacto fue eso, solamente sé que llegó acá trabajando por ahí, y después compró campo y lo solicitó. Hizo su casa, se casó y se puso a trabajar y nunca, nunca más fue a ver a su familia a Chiloé.

Por lo que él contaba, anduvo primero por Cochrane y después se vino para Tortel. Tampoco me acuerdo en qué año llegó aquí. Mis recuerdos son por lo que conversaba. Nos decía que cuando llegó no había nada aquí, pero comenzaron a trabajar con otras personas. Cuando llegaron acá no existía Tortel. Creo que a este lugar le llamaban Bajo Pisagua y no sé por qué.

Nosotros somos diez hermanos, yo soy la segunda mayor. Somos cinco mujeres y cinco hombres y no falleció ninguno. Somos una familia numerosa, la casa siempre estaba llenita, nos sentábamos todos a la hora del desayuno y del almuerzo. La mesa que teníamos quedaba chica por eso. Unos pocos comíamos en las sillitas, porque éramos muchos, pero siempre llegábamos a un acuerdo; éramos hermanos unidos, no éramos peleadores.

Recuerdo que cuando llegaba visita a nuestra casa, todos estábamos muy tranquilos, aunque éramos un montón, nadie andaba saltando delante de la visita, gritando o llorando; cuando llegaba la visita estaban todos sentaditos para no interrumpir la conversación de los adultos. Y cuando alguien se portaba mal, ahí tenía su correctivo. Pero eso no pasaba, porque siempre nos portábamos bien cuando llegaban las visitas. Nos visitaban los vecinos, quienes eran los que más conocíamos... don Víctor Cruces, que son los abuelitos de mi hija.



El campo de mis papás son 300 hectáreas. Tenían vacas y todavía tienen, aunque antes había más; además habían ovejitas. Mi papá sembraba mucho junto con mi mamá, tenían de todo. Me acuerdo que había inmensas chacras de papas, cosechábamos sacos de papas, el trigo: un montón de sacos, y todo lo que es verduras, las zanahorias,

«Cada una de mis hermanas tenía su huso y fue mi papá quien nos hizo uno a cada una de nosotras. El huso era de ciprés y la rosquita de hueso de vacuno».

los repollos. Las semillas las compraban; sembraban y cosechaban y guardaban semillas para así seguir sembrando.

Recuerdo que las habas esas que cosechaban por bolsas, esas las íbamos a buscar a las chacras que quedaban lejos de la casa, en unos sacos de esos de harina que eran de 40 kilos. Teníamos que buscar unos buenos sacos para que nos alcancen, porque éramos muchos.

Mi papá sabía sembrar de allá de sus tierras, porque en Chiloé se siembra mucho, decía, y es verdad porque cuando yo anduve por allá lo vi: la gente siembra todos sus campos. Mi papá y mi mamá también sabían porque mi abuelito y abuelita trabajaban de la misma forma.

No usaban nada de fertilizantes, encerrábamos las vacas y las ovejas en las chacras y así abonaban la tierra. No se usaba fertilizantes ni nada de eso, así no más, y crecían unas papas lindas. Me acuerdo que nosotras cuando éramos más grandes ayudábamos a sacar las papas, a sembrar, amontonar el fardo. Era entretenido. A nosotros nos gustaba eso cuando nos llevaban a todos, porque llevaban mate, pancito para que tomáramos once y de repente llevaban asado para el trabajo. Era entretenido, a nosotros nos gustaba.

Mi papá y mi mamá siempre trabajaban juntos. Recuerdo que cuando mi papá salía a la madera a hacer postes y todo eso, ahí mi mamá no iba, porque para eso mi papá siempre iba solo y después cuando nosotros estábamos más grandes de repente le íbamos a ayudar, pero lo que era siembra siempre mi mamá le ayudaba.

Mi papá con mi mamá sembraban a puro pulso con el azadón, el gualato como le llamaban, y tenían solo uno primero, siendo la única herramienta con la que trabajaban. Después mi papá hizo otro para así tener un azadón cada uno, pero con eso trabajaban no más, y también con un hacha.

Las chacras eran grandes y mis papás trabajaban mucho. Cosechaban papas para todo el invierno y se sembraba para el consumo.

A veces se vendía, pero muy poco. Últimamente se vendía para poder comprar cuando entraron los niños a la escuela. Para comprar los útiles escolares, los cuadernos y además si vendían frutas, se traía ciruelas.

Me acuerdo que mi mamá nos hacía moler trigo en una piedra [kuzi]. Estábamos casi todo el día moliendo el trigo con dos piedras y a una de ellas le decíamos “la mano”. Se hacía la harina tostada, era un trabajo que demoraba; la harina blanca se compraba, aunque a veces también se hacía harina blanca porque a mi mamá le gustaba.

Yo nunca fui a la escuela, pero yo sé leer y escribir porque mi papá y mamá me enseñaron a mí y a mi hermana mayor. Yo lo recuerdo como algo muy lindo. Yo pienso que era como estar en la escuela porque mi papá nos hacía levantar súper temprano. Como a las ocho de la mañana nos tenía a las dos de cabeza en los cuadernos con esas luces que se hacían antes, la luz de chonchon, que era un tarrito con una bombilla a la que se le colocaba una mecha y se prendía, y con eso nos alumbrábamos para estudiar.

Me acuerdo que estudiábamos un rato, después desayunábamos, jugábamos. Llegaba la hora de almorzar y después nos daban otras tareas más y en la noche mi papá nos daba más tareas y así todos los días de lunes a viernes. Los sábados y domingos no estudiábamos, pero era muy intenso hasta que aprendimos. Recuerdo que nos enseñaban muy bien porque siempre estaban al lado de nosotros enseñándonos a conocer las letras. Yo me habré pegado un montón de llanto cada vez que me exigían un poco más, debe haber sido cuando yo tenía unos seis o siete años, era una edad en que yo podía aprender.

Yo en ese entonces no sabía que existían las escuelas y nos explicaron que iba a ser muy difícil llevarnos a la escuela porque la única manera de salir de donde estábamos era a caballo y nosotras éramos muy pequeñas. Imagínese, para llevarnos a nosotras dos tendríamos que haber ido todos y éramos en total diez, por eso optó por enseñarnos a nosotras. Pero después a mis hermanos menores los pudo enviar a la escuela. Yo siempre converso con mi hermana y le digo que nunca me he sentido mal porque mis papás no nos enviaron a la escuela, porque yo sé que ellos se preocuparon por nosotras y sabíamos que ellos no podían. No tengo ninguna molestia y siempre he querido que los otros hermanos aprendieran y estudiaran.

«Mi papá sabía sembrar de allá de sus tierras, porque en Chiloé se siembra mucho, decía. Mi papá y mi mamá también sabían porque mi abuelito y abuelita trabajaban de la misma forma».



Tortel la primera vez que lo conocí era muy distinto, fue cuando fui a ver a mi abuelita y ahí yo tenía cinco años. En ese entonces no habían pasarelas, no había nada, solamente unas casitas locas. Me acuerdo que había una casa de mi tía Juana, la de mi tío Emilio, al ladito del mar había una casa bien malita y más arriba había otra casita más, pero un tiempo después ya no existió esa casita. Había como cuatro casas por aquí y por este lado habían unas ocho casas.

Me recuerdo que lo encontré lindo. Me acuerdo que lo que más nos llamaba la atención a nosotros era ese olor a ciprés en las mañanas, porque hacían fuego con ciprés. Nosotros en el campo no hacíamos fuego con ciprés, hacíamos con leña de la otra no más, pero nunca usábamos el ciprés. Nosotros antes usábamos el ñirre, el coigüe y el canelo seco, es bien bueno para el fuego.

La segunda vez que vine yo tenía quince años y en ese entonces, uy, estaba distinto. Había pasarelas, estaba la escuela, había más gente, era un lugar muy distinto al lugar donde nosotros vivíamos. Me gustó, me hubiese quedado.

Regresé nuevamente cuando tenía 18 años y me quedé acá cuidando a mis hermanos que estaban aquí en la escuela. Luego me puse a trabajar y nuevamente regresé al campo cuando yo tenía 20 años, cuando me casé.

Yo me vine para acá porque mi hermana estaba esperando guagüita y tenía que viajar a Coihaique a tener su guagüita y mi papá con mi mamá me preguntaron si yo quería venir a cuidar a mis hermanos y yo les dije que bueno, no fue algo obligado, me consultaron y yo les dije que bueno.

Yo tengo invernaderos, eso lo vine a ver acá con la abuelita Leo⁴⁴, ella tenía así que por ahí a mí se me ocurrió. Hace pocos años que yo comencé a hacer invernaderos, me gusta y me ha dado resultado y me da harta producción, hasta vendo. Antes no había hecho nunca, solamente sabía las siembras de las papas, el trigo y las verduras en las chacras porque mi papá se ocupa de las ovejas, vacas, siembras y madera. También se hilaba para hacer los calcetines, “jersey” (chalecos), las mantas, frazadas, para nosotros mismos.

Nosotras las mujeres aprendimos todas a hilar desde chiquitas. Nuestra mamá nos enseñó a tejer también y a la fecha yo todavía hilo, tengo huso y máquina. Estoy un poco más “moderna” porque tengo máquina, aunque ahora con la máquina hilo menos que antes igual me gusta hilar. Cada una de mis hermanas tenía su huso y fue mi papá quien nos hizo uno a cada una de nosotras. El huso era de ciprés y la rosquita de hueso de vacuno, se la sacan de la cadera. Eso lo aprendimos más o menos cuando tenía seis o siete años, fue en ese tiempo que aprendíamos a escribir y también hilábamos.

Yo tenía ocho años cuando tejí un chaleco. Para nosotras era normal, trabajábamos en la casa porque lavábamos la ropita a mi papá y mi mamá, hacíamos pancito. Mi mamá nos enseñaba y nos decía que teníamos que aprender; nos enseñó a todas nosotras a hacer pan, cocinar, hilar y así también nosotras les enseñamos a nuestras hijas, aunque a hilar no le alcancé a enseñar a la mía. Un día le dije: “Te voy a enseñar”, pero se me olvidó, ya que de repente creció. Sabe tejer pero a palillo no más.

Yo siempre supe que era indígena porque mi papa decía que lo trataban de “indio”. A nosotros igual. Pero él se sentía bien, él sabía que era indígena y si lo trataban así, “No hay que hacerse problema”, decía. Nunca los escuché hablar en su lengua, pero mi papá siempre quiso volver a visitar Chiloé. Nunca pudo ir, nunca cumplió su sueño de ir a Chonchi nuevamente.

No sé por qué se vino para acá. Lo único que sé es que mi papá antes de venirse para acá, él ya había andado antes por aquí con mi abuelito cuando era niño. Seguramente, quizás, le gustó este lugar, así es que con mi abuelito se vino a trabajar para no volver a su tierra.

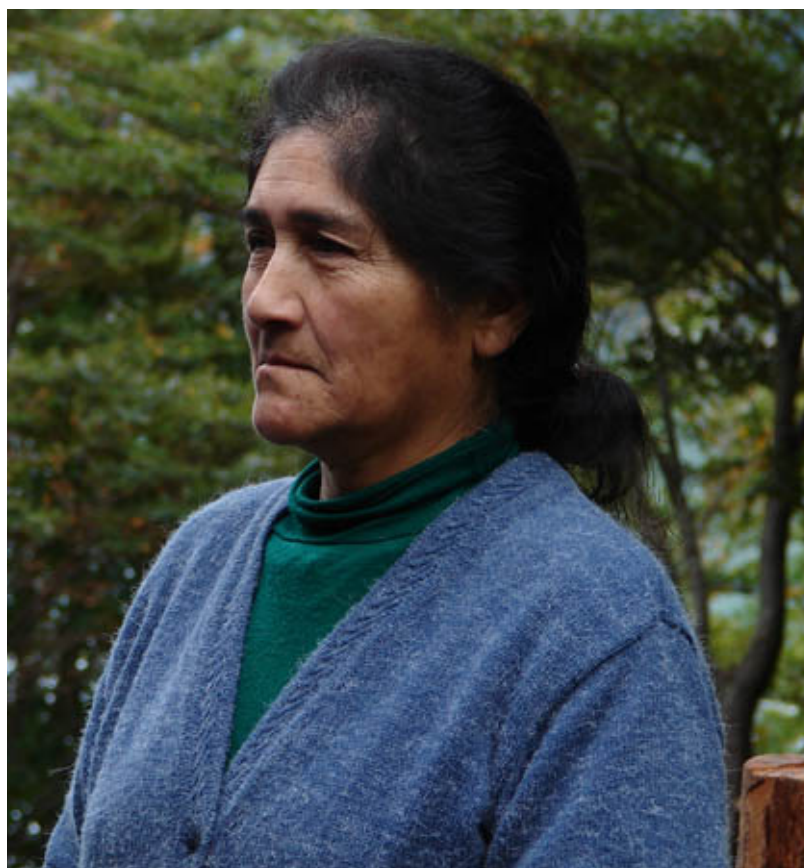
44 Leonila Mansilla Huilquira.

Ana Vidal Menco

Una etnografía construida de recuerdos

COMUNA DE CALETA TORTEL

NACIDA EL 31 DE MAYO DE 1944



Presentación

La señora Ana nos dice al final de su testimonio que de cinco palabras en mapuzugun que recordaba, ahora solo puede recordar dos. Esta realidad que en otras circunstancias nos hablaría de un acelerado proceso de aculturación, sin embargo, importa substantivamente menos aquí. La simple confrontación de esa situación lingüística puntual con la sugerente riqueza del resto de su relato nos lleva a relativizar tal pérdida. Al hablarnos de su familia y de sus raíces mapuche williche, sin darse cuenta nos introduce en un mundo de relaciones interétnicas entre diversas culturas y personas indígenas y mestizas.

A partir de la coyuntural y azarosa historia de vida de su numerosa familia, la señora Ana nos regala un completo recorrido histórico-cultural por la Patagonia indígena y mestiza de un pasado más o menos reciente; un ámbito de una amplitud sociocultural tan exuberante como la geografía que hasta ahora subsiste por estas apartadas latitudes.

Desfila en sus descripciones una parte de la transversal cotidianeidad no solo de su propio sistema cultural, sino de otras dos culturas hoy condenadas por la “historia oficial” a la desaparición o la negación. Nos referimos a los kawésqar de los canales y a los aonikenk de las estepas orientales.

Generoso trasvasije de identidades y territorios que sorprenden más hoy en día, acostumbrados como estamos a ver a los actores indígenas segmentados geográfica y culturalmente, en ese pasado aludido, los contactos interculturales entre habitantes de unos u otros sectores, por más distantes que aparentaran estar, eran pan de cada día y alimento de una pluralidad hoy extraviada por las imposiciones histórico-culturales.

Al final poco importa si las imágenes rememoradas por la protagonista las vivió en carne propia o son recuerdos heredados de sus mayores, pues de eso justamente se trata lo que llamamos “memoria colectiva”, esa que como el telar se teje con la inevitable paciencia del tiempo.

Mi nombre es Ana María Vidal Menco⁴⁵. Nací el 31 de mayo de 1944, tengo 61 años. Mis padres están fallecidos y los nombres de ellos son Gabriel Vidal Núñez y María Menco Pimir. Yo no conocí a mis abuelos porque yo fui la hija menor, pero me acuerdo muy bien de su nombre: Carmen Pimir Ñirrir, ella es mi abuelita materna. Acuérdesse, Pimir Ñirrir⁴⁶. Mi abuelito se llamaba Antonio Menco.

Nosotros fuimos dieciséis hermanos y yo era la menor. Nosotros éramos de Cochrane, cerca de los límites que hay ahora. A ese lugar le llamaban Lago Escondido y eso todavía existe.

Mi papá por parte de él, venía de Chiloé. Él venía de una isla, de una islita que ahora no me acuerdo, porque ahí en Chiloé hay varias islitas. Me acuerdo que de niña se decía que el padre de mi padre trabajaba allá en pesca, pescaba, usaban redes, redes o pinel, no me acuerdo. Me acuerdo que decía que sacaba tremendas cantidades de pescado, los subían a los botes y los vendían, ese era su trabajo y también venían a las Guaitecas que les llamaban, cortaban madera y quizás ahí empezaron a venir para acá.

También la agricultura la aprendió mi padre en sus tierras de allá. Trabajaban el trigo, lo cosechaban para así hacer su pancito. Siempre contaba eso de sus tierras. Siempre se acordaba. Él decía que era un lugar muy lindo.

No tengo mucha información de por qué se vino para acá mi padre. Lo único que sé es que ellos viajaban de la isla a Argentina por temporadas, porque allá se acostumbra –en Chiloé– que por temporadas se iban a Argentina y las mujeres se quedaban ahí en su casa. Se iban a las estancias por temporadas, algunos se quedaban y otros se iban, así llegó él. Mi padre llegó solito, sin ningún familiar. Él estuvo hasta los dieciséis años en Chiloé, sin embargo la primera vez que él vino para acá, vino con su papá y después él se quedó. Se sabía que

45 Es interesante consignar que en el texto recientemente editado por la I. Municipalidad de Cochrane *Biografías. Reconocimiento a los Pioneros del Baker* (2004), en la página 34, aparece el testimonio de la misma señora Ana, pero esta vez no se hace ninguna alusión a su calidad de indígena, tan solo se identifica con la categoría “chilote”. Creemos que este es un buen ejemplo no para descalificar una o la otra versión de una misma persona, sino que todo lo contrario, para complementar una misma historia.

46 Una vez más aquí el censo de Oportus es el correlato perfecto del testimonio oral (¿o es al revés?). Gabriel Vidal (núm. 120) es el segundo esposo de doña María Menco Pimir (núm. 119, la madre, a su vez, de doña Ángela); Carmen Pimir Ñirrir, su abuela, es la 127 del censo (ver el testimonio de doña Ángela, de Santiago Iñiguez y de María Chodil en p. 116, 153 y 124 respectivamente).

«Mi papá podía hacer botes, eso fue lo que aprendió de allá de donde venía. No le decíamos bote, le decíamos chalana, eran planitas».

tenía hermanos, algunos nombres me acuerdo: Teo, Eugenio, Antonio; Filomena era el nombre de mi abuelita Núñez. Me confundo con los nombres. Creo que cuando anduvo trabajando mi papá en el inicio, estuvo trabajando en Argentina, después estuvo trabajando acá en madera y aquí trasladaban la madera por los bracitos de mar.



Me acuerdo que yo llegue acá cuando tenía nueve años más o menos, aquí a este pueblo, Tortel. Antes de eso, como le decía yo, vivíamos en Lago Escondido y por lo que yo sé, ellos estuvieron viviendo ahí más o menos treinta años. La historia amorosa de mis papás la desconozco, quizás un poquito. Le voy a contar. Cuando mi papá se casó con mi mamá ella era viuda y tenía cuatro hijos en total. El primer marido de mi mama murió de una gripe; contaban que le comenzó a doler la espalda, tiene que haber sido neumonía o bronconeumonía, tenía una tos y le dolía demasiado la espalda. Somos dieciséis hijos. Dentro de esos, están estos cuatro mayores. Los primeros son Iñiguez Menco y todavía está la mayor acá que es la Ángela Iñiguez Menco⁴⁷. Era ella, Facundo, la Valeria, Carmen y nosotros. La segunda parvía somos doce, los Vidal Menco; mejor dicho, fuimos doce, ya que algunos murieron.

Las cosas que yo recuerdo... Se sembraba, se trabajaba en madera y se mariscaba. Para mariscar, hay que ir a los canales allá. Mi papá hacía botes chicos, le quedaban lindos. Nosotros del Lago Escondido viajamos a caballo. Del Lago Vargas después nos veníamos en bote al Lago Bravo. Nosotros nos vinimos porque mi papá quería explorar y mi papá sabía que en Tortel había gente. Él quería ver si podía encontrar un campito mejor y esos datos los sabía cuando iban a Argentina a comprar sus víveres y conversaban con la otra gente. Para tomar la decisión antes de venirnos, mi papá vino a explorar primero.

Así que así fue como llegamos a Yungay, después a Río Bravo. Él podía hacer botes, eso fue lo que aprendió de allá de donde venía. No le decíamos bote, le decíamos chalana, eran planitas; son como unos ca-

47 Ver su testimonio en p. 116.

joncitos planos, son cuadraditas abajo. Aserraron madera, así a brazo, para hacerlo, y así llegamos acá. Comenzaron a trabajar en madera, después se organizaron a través de cartas a Punta Arenas, para solicitar barcos que pasaran por este lugar. Antes de eso no pasaba ninguno. No sé cómo lo lograron. Juntos con otros pobladores más hicieron que llegaran esos barcos. Los barcos venían cada tres meses y se hacía un trueque; ellos entregaban víveres y los pobladores entregaban madera. Ellos eran de la Armada⁴⁸.

Antes de eso tenían que ir a buscar de afuera no más, es decir, de Argentina, porque en ese tiempo en Cochrane no pasaba nada. Me acuerdo que iban a unos boliches, donde Foitzick y Mondelo... A ver, parece que el nombre del último era José Mondelo, su dueño. Se demoraban muchos días para ir y volver, casi un mes. Lo hacían a caballo. Eso lo alcanzaron a hacer un año solamente porque después llegaron los barcos. Me acuerdo que la primera vez que vinimos a Tortel nos alojamos en este sector que le decimos “El Rincón”.

Antes Tortel tenía otro nombre o le decían de otra manera. Le decían Pisagua específicamente, mejor dicho, Bajo Pisagua. Siempre cuando los escuchaba a mis papás conversar se referían con ese nombre, inclusive hasta ahora último hay gente que lo llama así; los “antiguos” le dicen así, los veteranos de este pueblo.

Tantas cosas que contar, ni se imagina. Cosas que pasamos y sufrimos hartos, son muy largas lo que hay que conversar. Por ejemplo, cuando recién llegamos, a mi papá con el caballero que le había ayudado a hacer la embarcación de mi papá, se les ocurrió ir al Faro de San Pedro. Él conocía y lo entusiasmó porque le dijo que ahí se podían conseguir víveres. Llegamos el cincuenta y dos acá, en mayo, y esto ocurrió a fines de agosto. Nosotros teníamos una chalana, teníamos un saco de harina, y le contaré que de ida no más hubo un temporal. Se nos fue una chalana del caballero. Íbamos algunos hermanos, el caballero y un sobrino; éramos ocho y tuvimos que ir haciendo campamentos. El caballero se llamaba Senovio Cheuqueman.

Ya no nos quedaba comida. Me acuerdo que cuando parábamos en las playas recogíamos cohayuyo para comer. El palito del cohayuyo es como un repollo muy rico. Eso era muy rico. Ese lugar donde parábamos

48 Sobre el origen de la actual Caleta Tortel ver entre otros trabajos, el de Ivanoff, Danko (2003); también la reseña de Hartmann, Peter, “De Tortel a La Moneda, un largo camino” en I. Municipalidad de Tortel (<http://www.municipalidaddetortel.cl/html/comuna.html>).

«Yo vi a los alacalufe. Andaban a pie pelado y vestidos en sus canoas, que eran como unos troncos ahuecados. Andaban con sus perritos, que les ayudaban a cazar las nutrias. No eran tan distintos a nosotros».

era un puerto y le decían “Puerto Caimán”, ahora no sé si existe, nunca más he vuelto. Yo tenía nueve años en ese entonces. Si yo le contara... Fue un milagro que nos salvó para poder llegar al faro y al llegar al puerto de San Pedro, al faro, habían marinos. Era como una base naval y ahí ellos nos dijeron que, por el tipo de embarcación, se dieron cuenta que no éramos alacalufes (kawésqar), porque ellos ya los conocían en esos años.

Yo vi a los alacalufe (kawésqar). Yo tenía nueve años entonces. Eso fue el sesenta y dos. Ellos también nos vinieron a ayudar. Cuando estábamos llegando al faro, los marinos y los alacalufes nos ayudaron a salirnos de la embarcación. Fue la única vez que vi alacalufes. Yo supe que eran porque don Senovio y mi papá nos dijeron. Se notaban que ellos eran buenos, les gustaba tomar matecito; eran chiquititos, aunque me llamó la atención una que era alacalufe, que era mezclada: tenía rasgos de alacalufe y de gringo. Mi mamá hablaba con ella, pero no se le entendía. Solamente había una que se llamaba Lola, que hablaba en español y ella como hablaba castellano, ayudaba a conversar con las otras.

Andaban a pie pelado y vestidos en sus canoas, que eran como unos troncos ahuecados, angostas y con unas puntitas para arriba; usaban un palito para navegar. Ellos andaban con sus perritos en las canoas, que les ayudaban a cazar las nutrias. Eran sus perros, a lo mejor de raza para ellos. Ellos vendían esos cueros de nutrias a la Base (Naval) y también allá en Puerto Edén, también hacían trueques con los barcos. Lo que más me gustó fue ver que los perros iban echaditos en las canogas. No eran los alacalufes tan distintos a nosotros, eran morenitos, de nariz anchita, labios también. Eran bajos. Me acuerdo

«Mi mamá costuraba con la misma venita que sale del guanaco y con eso enhebraba las capas de cuero. Los cueritos eran de zorros colorados, guanacos y también de zorro gris».

que la Lola⁴⁹ era como soy yo ahora de porte. Ahí estuvimos diez días esperando si alguna embarcación nos podría traer de vuelta. Alacalufes también llegaban acá a Tortel, Bajo Pisagua en ese entonces. Yo creo que el finao Senovio Cheuqueman⁵⁰ siempre mantenía contacto con ellos. Yo al menos supe que vinieron tres veces para Bajo Pisagua. Ahora me acordé de la otra alacalufe, Rosa se llamaba, y la niña mezclada que te decía, esa chiquita que vi en el Faro, después la vieron cuando era señorita. Dicen que era muy simpática la chiquilla. Con respecto a don Senovio Cheuqueman, él tuvo descendencia, una mujer. Ella está en Punta Arenas, pero no me acuerdo de su nombre, lo único que recuerdo de esa hija es que su madre es Berta Nahuel. Entonces la niña es Cheuqueman Nahuel.



Mi mamita conversaba mucho de los tewelche (aonikenk)⁵¹. A lo mejor ella era tewelche porque nos contaba mucho de su infancia. Ella nos contaba que no acostumbraba a estar más de un mes en un lugar. El papá de mi mamá nunca quiso poblarse en un lugar, le gustaba andar siempre en distintos lugares. Hacían su campamento de juncos y lo apretaban con sogas, con ramas, y cazaban avestruces porque las plumas le servían y guanacos y esa piel la vendían. Eran abundantes en esos tiempos. “Ese era el trabajo de mi papá, nunca se pobló, siempre quería andar y andar y andaban por campos lindos”, decía mi mamá. Ella siempre se acordaba de los tewelche; ellos eran muy altos, morenos y bien huesuditos.

49 Sobre los Kawésqar existen varias referencias, entre ellas, los trabajos clásicos de Emperaire, Jopeph, (1963) (Ver bibliografía). Sobre el tipo de embarcación mencionado por doña Ana, además de Emperaire, ver Cárdenas, R., et al (1991: 74 y ss).

50 Ver el testimonio de doña Leonila Mansilla Huilquiruca.

51 En este trabajo se ha privilegiado mantener los nombres propios tal y como lo han mencionado las y los protagonistas. No obstante, existe hoy acuerdo en que el término *tewelche* es la denominación que los antiguos mapuche pusieron a este pueblo originario, del cual ha trascendido la principal de sus denominaciones (no la única): *aonikenk*.

Mi mamá y mi abuelita quizás eran tewelche o compartieron con ellos, no lo sé. Mi mamá, por ejemplo, hacía quillangos. Mi mamá costuraba con la misma venita que sale del guanaco, ¿cómo es que la llaman a esas tripas?, y con esas enhebraba las capas de cuero. Los cueritos eran de zorros colorados, guanacos y también de zorro gris. Eran grandes capas. Eso hacía mi mamita con esos trabajos, quedaban preciosos, no se imagina, muy bonito. Eran muy calentitos. Me acuerdo que los curtía y además tejía a telar, esos eran los trabajos que ella hacía.

Con mi mamá vi otros tejidos que no he visto más, tenían dibujos de diferentes colores. Yo creo que la única que aprendió a tejer lindo fue la Ángela Iñiguez, ninguna de las otras aprendió tan bien como ella, en cambio las otras hijas aprendimos a hilar y a tejer liso. Yo no logré aprender con diseños, yo uso más que nada la lana blanca; mi hermana Ángela aprendió más y ahora está tan viejita... Yo lo que sé un poco son algunas franjas, algunos cuadritos.

Lo que sí sé hacer bien es hilar. De pequeña aprendí, como a los cinco años, pero me costaba mucho, me daba mucha rabia porque se me cortaba el hilo y eso me pasaba a veces cuando daba vuelta el huso, y mi mamá me consolaba, me decía que no tenía que ser así, pero al final aprendí con paciencia. Usaba lana de oveja.

Mi mamá se acordaba mucho de los tewelche porque donde ella andaba andaban muchos tewelche haciendo los mismos trabajos, cazando avestruces para vender sus plumas... Chulenguitos le llamaban a los guanacos recién nacidos; eran apetecidos, los agarraban para vender sus pielcitas. Nunca supe a quiénes se las vendían, quizás para hacer trueques.

Yo creo que por lo que cuenta mi mamá los lugares donde andaban tiene que haber sido cuando Coihaique era solo, cuando no había pueblo. Además que las familias andaban aparte, así que se llevaban bien unos con otros. Se encontraban de repente, en los campamentos solamente. Tiene que haber gente mezclada con tewelche, además que yo tengo un sobrino que es flaco, moreno y medio altito, quizás, quién sabe.

Mi mamá igual nos enseñó a sembrar, nos enseñó a ser obedientes, a ser rectos como hijos; después nos enseñó a tejer cuando éramos más grandecitas y siempre estaba al lado de nosotras. Me acuerdo que a mí me costó hacer el taloncito de las medias, yo me distraía, como estaban los otros chicos jugando, yo también quería jugar. Así es que más de alguna vez me tiraron la oreja. Eso nunca me voy a olvidar, de

«A mi mamá la escuché hablar en su lengua pero no mucho. Me acuerdo que nos enseñó algunas palabras: *logko*, es la cabeza; *txewa* es ‘perro’».

ahí en adelante obedecía. Me acuerdo y me duele mi oreja. Y cuando grande, siendo madre, nunca le he querido tirar la oreja [a mis hijos].

Como a los catorce años, mi mamá me enseñó a tejer a telar cuando estábamos viviendo en el Río Bravo, que fue el lugar donde estuvimos viviendo al final. Yo creo que ella me hubiera enseñado antes de los catorce años, cuando vivíamos en Lago Escondido, pero cuando nos cambiamos a Río Bravo, ahí no había lana, tuvimos que hacerla de oveja o si no me hubiera enseñado como a los diez años.

Con respecto al curtido de cuero que hacía mi mamá, después ya no lo hizo. Cuando vivíamos en Río Bravo no la vi trabajar en cuero, no sé qué edad tendría ella cuando nos vinimos para acá. Recuerdo que antes de viajar ella estuvo terminando unas frazadas, las famosas capas⁵², las que eran laboreaditas y que lo usaban para los caballos. Eran muy bonitas, a la gente en sus caballos no le faltaba la manta y la capa la usaban en el caballo y dobladita. Mi mamá alcanzó a hacer tres antes de venirse y también una manta.

Mi mamá aprendió a hacer esos trabajos porque mi abuelita se los enseñó y eso de las capas se lo aprendió a sus amigas tewelche, ya que eran amigos con mis papás, es decir con mis abuelitos. Los nombres de esos amigos no me acuerdo, ya me olvidé. Ella iba al campamento donde ellos y los observaba, ya que lo hacían de otra manera, porque a esas capas no les ponían género, usaban tierra de color que había ahí y que todavía hay al llegar a Cochrane por el Lago Esmeralda. Si usted se fija, hay un cerro que es bien colorado, como el colorado de este cañón y esas tierritas las arreglaban y hacían como unos lapicitos, como esas tizas que vienen en los útiles de los niños y esas las arreglaban con unas grasitas, no sé qué más le echarían.

⁵² Una completísima descripción del estilo de vida tradicional de un grupo tewelche de mediados del siglo XIX, entre esta, la forma de elaborar los cueros pintados a los que hace alusión doña Ana, se encuentra en el texto clásico de George Musters (1871) (1979) *Vida entre los Patagones*. También Martinic, M. (1995: 249 - 257). Quizás la palabra mencionada por la señora Ana, *capa*, provenga del término tewelche *kaapenk*, que significa ‘colorado’ (rojo). Ver <http://www.ultraguia.com.ar/Varios/UltraDiccionarioTewelche.html>

Así que hacían con esas tizas unos dibujos en los cueritos, en las capas que yo le estoy contando, le hacían cualquier cuadrito y dibujito, pero completo, como si hubiera sido un género así. Eso lo vio ella, mi mamá, cuando era niña. Yo sé esas cosas porque escuchaba cuando mi mamá le conversaba a mi papá cómo fue su crianza y contaba también lo que ella había visto hacer y lo que había aprendido, y como uno de niña es curiosa, escuchaba⁵³.

Yo siempre supe que era indígena porque mis papás nos decían y mi mamá siempre decía que ella era india. Aunque mi papá era Vidal Núñez, pero él también decía que era mezclado. A mi mamá la escuché hablar en su lengua pero no mucho, no muchas veces. Me acuerdo que nos enseñó algunas palabras, ¿le digo cuáles? Logko, es la cabeza; txewa es 'perro'. Yo aprendí cinco palabras, pero ahora no me acuerdo de las otras tres. Mi mamá nos enseñó porque yo creo que quería enseñarnos, pero miren qué cabeza: no me acuerdo ahora.

53 Dice Musters (ob. cit.): "La ocupación más importante de las mujeres en el campamento era la fabricación de mantas de piel. Se les unta de grasa e hígado hecho pulpa, y después se les ablanda a mano hasta hacerlas completamente flexibles; entonces se las tiende en el suelo, se las corta en pedazos con un cuchillo pequeño muy afilado, haciendo muescas para ensamblarlas unas con otras a fin de dar más fuerza a la costura, y se las distribuye entre cuatro o seis mujeres armadas de las correspondientes agujas y hebras de hilo, que consisten en punzones hechos de clavos aguzados y en tendones secos extraídos del lomo del guanaco adulto. Cuando la manta es grande no se la cose toda de una vez; así que la mitad está concluida, se la estaquilla y se le aplica la pintura de la manera siguiente: se humedece un poco la superficie; luego, cada una de las mujeres toma una pastilla, o pedazo de ocre colorado, si este va a ser el color de fondo, y mojándolo aplican la pintura con gran cuidado. Una vez terminado el fondo, se pinta con la mayor precisión el dibujo de motitas negras y rayas azules y amarillas" (1979: 246 - 47).

Gerónimo Tropa Llamín

Un “formador” del pueblo venido desde la Araucanía

COMUNA DE CALETA TORTEL

NACIDO EL 23 DE DICIEMBRE DE 1953



Presentación

Gerónimo Tropa es fiel exponente del silencioso aporte de este tiempo contemporáneo a aquello que hemos dado en llamar, recurriendo a una analogía culinaria pertinente, el estofado o curanto de las identidades indígenas vigentes hoy en esta parte de la Patagonia.

Él es un inmigrante de primera generación venido medio consciente, medio al azar –como todo inmigrante que se precie de tal– a Caleta Tortel hace 30 años desde la zona de Galvarino, en el corazón mismo de la Araucanía. Es, por tanto, portador de todas las señas de identidad mapuche que caracterizan la, por así decirlo, “imagen pública” de esta cultura; es nacido y criado en una reducción indígena; es hablante de mapuzugun; tuvo una infancia marcada por las típicas labores de una economía campesina, entre huellas menos manifiestas, de seguro. Mirando las cosas desde el punto de vista de lo etnográficamente correcto, estos rasgos culturales objetivos serían evidentemente concordantes con la descripción de un sujeto mapuche actual, citable en un manual o enciclopedia cultural.

Pero don Gerónimo también es partícipe de otros elementos culturales menos visibles, como su condición de evangélico, por ejemplo. Dichos rasgos tal vez suenen contradictorios para las definiciones “puristas” de lo étnico. Aquel “desajuste” identitario, sin embargo, resulta edificante a la larga para los fines de esta exploratoria investigación, pues no es sino de la constatación del gran abanico de las identidades originarias actuales, todas en movimiento por lo demás, que se puede empezar a construir una auténtica identidad multiétnica regional.

Mientras, don Gerónimo Tropa con su historia personal a cuestas: la de sus creencias, su rol como funcionario municipal, entre otras, y como los demás habitantes de Caleta Tortel, puede seguir sintiéndose “formador del pueblo”.



Soy Gerónimo Tropa Llain y nací en Galvarino [región de la Araucanía] en una reducción que se llama Llufkentue⁵⁴. De Galvarino a Llufkentue hay más o menos 12 kilómetros yendo hacia el sur. Ahí todos son mapuche, pero así netos.

Mi abuelita se llamaba Rosa Huenchual Huenul, y por parte de mi mamá, la abuelita, Dominga Llain Cayul, Cayul de ‘cinco’⁵⁵. Mi mamá se llamaba Mercedes Llain Antil. Mi papá, Daniel Tropa Huenchual. Incluso cuando estudié en un colegio en Arauco fuimos muy amigos con un chico de Lautaro, cantábamos en mapuche. Claro, él casualmente era evangélico.

¿Qué me queda de indígena y qué he perdido? La forma de hablar como que se me ha ido, pero estoy tratando de cultivarlo. Incluso tengo un Nuevo Testamento mapuche, me lo regaló mi hermana mayor. Y el texto está en mapuche. Me parece mucho que hay biblias que están saliendo en mapuche, para que lo tenga más o menos presente.

Lo que le he estado enseñando a mi hijo son los saludos para que siempre mantenga la raíz indígena. Me gustaría que mi hijo a lo menos pueda saludar. A lo menos los cuatro saludos, o tres: mari mari (buenos días, buenas tardes) y después pun may (buenas noches).

Es tremendo hombre mi hijo, mide un 1.84 cm. Nosotros quedamos chicos. Mi hija tiene un 1.73 cm, la otra tiene 1.69 cm. Mi hija mayor, la Daniela, tiene 1.73 cm. Pablo tiene 1.82 cm. No sé qué puede ser, pudiera ser la alimentación de estos chicos. Cuando llegué acá me gustó mucho meterme en el mar, saqué hartos congrio, todos los días congrio, con la cola y la cabeza. Sacaba centolla, mi viejita se dio el lujo de hacer empanadas de centolla. En esa ocasión, llegó la barcaza de la Armada, andaba un biólogo marino, lo invitamos a la casa. ¡Oye, empanadas de centolla! El compadre nunca las había comido, [estaba] fascinado. Entonces, esa es una razón, pienso que es una razón, y lo otro es que ¡duermen tanto! Todos buenos estudiantes, todos. El asunto es que no sé si hice mal, decirles: “Necesito los primeros lugares”.

También es que, probablemente, nosotros tampoco crecimos mucho porque el mapuche, el problema es que es muy esforzado. Imagínese, de repente los cabros chicos trabajando como adultos. En el caso mío,

54 La actual comuna de Galvarino está ubicada en la provincia de Cautín de la región de la Araucanía, 58 km hacia el norponiente de la capital regional, Temuco. Según el censo de 2002, la comuna tiene una población de 12.596 habitantes, de los cuales un 59% es mapuche. La reducción Llufkentue (‘lugar donde truenan’) es una de las reducciones rurales donde vive esa población originaria.

55 *Kayu* es ‘cinco’ en mapuzugun.

«Desde el momento en que llegué acá a la región siempre me caractericé por ser mapuche».

por ejemplo, a la edad de 12 o 13 con arado, dando vuelta la tierra. Eso es lo más bonito que puedo transmitir, incluso acá enseñándole a la gente, porque estamos en el área productiva. Estamos tratando de manejar los campos, de repente hacer cunetas para que los viejitos puedan disecar el campo y pueda ser productivo, o a lo menos puedan sembrar pasto para forraje.

En el asunto del invernadero nosotros mismos fuimos partícipes. En el caso mío yo comencé con invernadero acá. Hay un campesino ahí, don Guillermo Vega, [le dije]: “Necesito que me dé un pedazo de terreno para poder enseñarle a la gente a trabajar”. Ahí en la esquina tuvimos un invernadero hidropónico. Se estuvo trabajando durante cinco años y al final sonó la cuestión. Los mismos chicos de la escuela estuvieron trabajando, pero después cambiamos por este invernadero con tierra.

Aquí son muy pocos los que cultivan, la abuelita Ángela tiene una huerta; tenía de todo, ajo, de todo⁵⁶. Imagínate en el mismo caso mío, ¿qué es lo que hice yo? Encima de la roca coloqué todo, ahí donde pico leña, ahí; todo el asunto del aserrín de la madera lo estoy tirando acá junto con la tierra, así es que ahí hice tierra. Y en el aeropuerto también, cuando iba en avión uno. Iba en bote y en la vuelta me traía uno, dos, tres sacos de tierra. Tenía las mejores lechugas. Con una lechuga fácilmente pueden comer seis personas. Conviene también hacer rotación de cultivo para no botar la tierra.

Es que, en el fondo, recuerde que lo que los indígenas normalmente buscan son terrenos donde poder apropiarse. Un pedazo de terreno. Recuerde que mapu es ‘tierra’ y che, ‘gente’; mapuche es la gente de la tierra. Entonces, normalmente el hombre campesino... por ejemplo, un colono que vino el año 1800 y tantos, don Reinaldo Sandoval. Reinaldo Sandoval Cifuentes viene de Temuco con un piño de animales. El viejito llegó con animales, utilizó el lado argentino para poder tirarse con los animales para acá. Llegó y pobló el Lago Vargas. Por ese lado están

⁵⁶ Se refiere a doña Ángela Iñiguez Menco. Ver su testimonio en p. 116.

«El idioma también lo manejo. Es que me crie con la abuelita en el campo, tenía siete u ocho años y no sabía hablar español».

esos animales y junto con él también vino otro viejito, que fue don Octavio Vargas, también vino de Temuco, Octavio Vargas Yáñez⁵⁷.

Normalmente, el campesino o el que quiere emprender trata de ubicar un lugar donde haya terreno para apropiarse. Ellos tenían como 4.000 hectáreas, porque aquí había campo para poder trabajar, poder explotar, y sin estudios ¿qué puede hacer un campesino? Prefiere ubicar un campo para poderle sacar provecho.

Tenía como veintitantos años, tenía como 22 años cuando al viejito este le hablaron de esta masacre que hicieron en el año 1906⁵⁸. Y este señor para poder hacer su servicio militar tuvieron que bajarle la edad para que no lo pillen como un infractor a la ley. Entonces recién lo inscribieron en el Registro Civil, tenía como 20 años. Entonces, eso pasó cuando Reinaldo Sandoval, después que termina su servicio militar, la gente comenzó a entrevistarse con los que sobrevivieron a esa masacre, entonces él dice que nació en el año 1880. Ese viejito murió, tenía más de 115 años antes de morir el año 1992. Él logró entrevistarse con cuatro de los que sobrevivieron a esa masacre. Ahí habían chilotes

57 Según el trabajo de Ivanoff, D. (ob. cit. pág. 171-172), Reinaldo Sandoval Cifuentes, quien efectivamente venía de Temuco, se radicó en la zona del Lago Vargas en 1937. Por su parte, Octavio Vargas lo hizo en 1938, pero en cambio se dice que este era de Puerto Montt.

58 Se refiere a un hecho muy significativo para la memoria local de Caleta Tortel, acaecido en el año 1906 en el lugar llamado la Isla de los Muertos, más específicamente en el sitio denominado Bajo Pisagua (nombre puesto por la expedición de Hans Steffen, en 1898), que estaba ubicado no exactamente donde hoy está Tortel, sino en la margen norte de la desembocadura del Baker. Este acontecimiento es un hecho ocurrido en la “prehistoria contemporánea” de Tortel si se quiere, pues en ese entonces el actual pueblo aún no existía. Se trató de la muerte de un grupo de 67 obreros –varios de ellos mapuche– producto del hambre y la rigurosidad del clima. Estos obreros prestaban servicios a la Compañía Explotadora del Baker y casi todos fueron sepultados en un lugar hoy denominado la Isla de los Muertos, sitio declarado Monumento Histórico en el 2002. Estos acontecimientos hasta ahora se encuentran omnipresentes en la memoria colectiva de los habitantes de Tortel y Cochrane como una especie de telón de fondo histórico sobre el cual se asentó la trayectoria de este lugar. Ver el texto referido por el sr. Tropa: Ivanoff, Danka (2000) *Caleta Tortel y su Isla de los Muertos*, I. Municipalidad de C. Tortel. También Osorio Pefaur, Mauricio (2016), *La tragedia obrera de Bajo Pisagua. Río Baker, 1906*, Eds. Nirre Negro, Coyhaique.

y de Temuco, también había indígenas, pero no hay registro de quiénes fueron los que murieron.

A la señora Danka Ivanoff cuando escribió el libro nosotros le pedimos que nos saque el libro con la historia de todo esto. Así es que se ha agotado rápido. Hemos sacado un buen tiraje, como de mil y tantos y después otro tanto, y ahora le pedí que me tire unos 600 libros: ya no nos queda nada. Lo que nos interesa a nosotros es que podamos tener a toda la gente informada de todo este asunto.

Acá por ejemplo había un viejito, don Blas Jiménez, este venía de Temuco⁵⁹, no tiene nada que ver con mapuche, pero el viejito se crio en una reducción indígena y aprendió muy bien el idioma. Yo siempre cuando iba a su campo allí en Lago Vargas conversaba con él. Iba a su casa: mari mari, chaw, ‘cómo estás, padre’⁶⁰, me decía.

Entonces yo desde el momento en que llegue acá a la región siempre me caractericé por ser mapuche. El idioma yo también lo manejo. Es que me crie con la abuelita en el campo, incluso tenía siete u ocho años y no sabía hablar español. Entré a los siete años al colegio, pero con raíz, con esas raíces preciosas.

Mi abuelo fue pastor en el campo y tenía la tremenda iglesia. El viejito la construyó con su propio ñeque, esfuerzo, que sé yo. Así que todos los días domingo me decía: “Mijito, hay que ir a la iglesia hoy día”. Claro, todos los días domingo estábamos en la “iglesia sagrada”. Aprendí algunos coritos mapuche, de manera que, como los coritos son más o menos universales, los cantábamos en Arauco. Eso me lo enseñó mi abuelo. Los coritos son cantos para dios. Hay un corito que dice⁶¹:

*Amulgwe mi paloma
Wenumapu guetran
Ñelague tami ruku
Eymi mew ta konan
Amulgue mi hueñankn
ayuguelen tuñe
Fachiantu Jesucristo
muntu lafiñ pieymu*

59 Esta persona, también procedente de Temuco, llegó a Lago Vargas en 1944 (ob. cit., p. 172).

60 Trato cariñoso en mapuzugun.

61 La traducción de este canto religioso, fue hecha por el propio señor Tropa. La versión en mapuzugun, por su parte, se hizo utilizando el denominado “grafemario unificado”.

Cuya traducción al castellano es:

*Envía la paloma
con fuego celestial
Descúbrele tu pecho
que quiere penetrar
Deshecha la tristeza y empiézate a gozar
Ahora Jesucristo
te quiere personar*



Somos cuatro hermanos. Mi hermana mayor está en Santiago, el otro menor estuvo acá y se fue en mayo a Santiago. Mi hermana menor está en Galvarino, en el campo ahí donde nací, se llama Fresia Tropa Llamin.

En la región de Aisén llevo treinta años. Tenía veinte años cuando llegué. Yo estudié con cabros de Aisén, incluso cabros que criaban animales. Ellos siempre me comentaban: “Sabes que más, viejo, cuando en Aisén nosotros teníamos que ir a la feria con los animales nos demorábamos meses, un mes, mes y medio, eso más menos era el tramo”. Nunca les creí y era cierto, sucede que esto lo pude ver acá mismo. Estamos más menos a 500 kilómetros de Coihaique, 460, 470 más menos. Me acuerdo que en el año 1984 el juez de Cochrane me citó. El hecho es que un 18 de septiembre le aforraron al jefe, al alcalde, y en esa ocasión yo estaba como secretario municipal, entonces cuando llegó el momento de investigar actué como de secretario de juez y me citó a declarar en Cochrane. De Tortel salimos como cuarenta y tantas personas y nos demoramos como tres días para llegar a Cochrane. Un día entero de aquí a Lago Vargas y ahí pasamos a buscar 15 o 20 caballos.

De aquí a Lago Vargas en lancha. Dieciocho horas río arriba, llegamos a la casa de Casanova. Ahí alojamos y al otro día salimos más o menos temprano y alojamos cerca de Cochrane, ahí en Los Mellizos. Llegamos al día siguiente, con dos días y medio a caballo. El hecho es que en esa ocasión recién cuando íbamos cabalgando me acordé de lo que comentaron los cabros, tenían razón cuando me comentaban que para poder salir con una tropa de animales... Claro, nosotros íbamos simplemente a caballo, pero tenemos que recorrer 140 kilómetros para llegar a Cochrane. Llevemos ahora eso al ámbito ganadero: para poder

«Aquí en Tortel hay algunos mapuche como que esconden el rostro. Yo siempre he saludado en mapuche. Es tan bonito, ¿por qué deberíamos olvidarnos de las raíces?».

llegar con su tropa... pues nunca los animales se van derecho. Nosotros a buen paso a caballo. Así que cuando los viejitos tienen que arriar su ganado, cuando tienen que caminar más o menos 200 kilómetros para llegar a la feria... Así que recién ahí le creí a los chiquillos lo que comentaban en mi época de estudiante.

Fui funcionario de Conaf. Yo soy técnico forestal, estudié en Arauco en una escuela agrícola, pero con mención forestal. En Coihaique la partida nuestra dio muy buenos resultados, todos buenos resultados, de manera que cuando llegué a Aisén el director regional en ese tiempo, me dice: "Viejo, vente cuando quieras, será un placer tenerlos. Los alumnos que han egresado contigo han dado excelentes resultados, así que ven cuando quieras". Y vine, y llegué a Aisén, a Conaf. Estuve a cargo del cerro María Isabel, ahí teníamos un programa de reforestación que estaba a cargo mío y dimos resultados; estoy hablando del año 1975-1976.

En el caso mío, cuando solicité práctica profesional hice una carta tipo y de ahí comencé a fotocopiarla; de ahí fui recibiendo respuesta de Nacimiento, Laja, Lota, Temuco mismo. Y de repente, como a la séptima u octava carta, recibí de Aisén: "Será un placer tenerlo". Me despedí de la familia y me conseguí un caballo en Galvarino.

Yo les decía a mis familiares: "Sabe que más, tío, ha llegado el momento de partir. Ya terminé mi estudio y tengo que sacar el título y me están ofreciendo Aisén para poder realizar mi práctica profesional, así es que bueno, quiero irme un año al sur y después regreso". Porque en ese tiempo yo era muy bueno para el inglés, entonces estaba solicitando una beca para Estados Unidos y los papeles estaban funcionando, pero después me pilló el asunto de la familia; estuve en Aisén dos años, me gustó una niña preciosa y me quedé.

Si ahora me dijeran: "Oye, ándate", diría que no porque en el fondo he sido formador del pueblo [Caleta Tortel]. Veinticuatro años, imagínate, mi obra y las construcciones... He trabajado en finanzas y en finanzas el gobierno me catalogó en manejo financiero en cuarto lugar

«Cuando cabro chico yo trabajé con bueyes, arado o roturando tierra, haciendo siembra».

a nivel nacional. De alguna u otra forma está mi orgullo personal ahí. Por ejemplo, proporcionamos dos viviendas pareadas a cuatro carabineros. Llegó el momento también en que en Cochrane no tenía casa la gente de Tortel, ahora sí, y también por el buen trabajo que hemos realizado acá. Por eso trabajamos.

Aquí en Tortel hay algunos mapuche como que esconden el rostro. Yo siempre he saludado en mapuche. Yo a mis cabros les estoy enseñando a hablar. Marcelo, mi hijo, en la mañana dice “Buenos días, mari mari”. Es tan bonito, ¿por qué deberíamos olvidarnos de las raíces? En Coihaique tenían los saludos en castellano, inglés y mapuche: “Good morning, buenos días, mari mari”. Tener todo ese tipo de cosas es bueno y, por otro lado, nosotros que conocemos el asunto somos los encargados de que esta gente los pueda mantener. La gente debería conocer sus raíces, deberían a lo menos conocer los saludos. A lo menos. No les pido que conversen en mapuche. Yo tengo una tía que estuvo toda una vida en Santiago, ahora está en Galvarino, pero la viejita habla mapuche, o sea nunca ha hablado castellano.



Cuando llegué a Tortel se veían vehículos, pero el camino estaba lejos. “No hay esperanza de camino”, se decía. “¿Cómo se van a criar mis cabros?”, pensaba yo. Entonces después comienza el asunto de la carretera, la Carretera Austral. Si bien es cierto venía de antes, pero hasta entonces no había mayores indicios del comienzo; de manera que renuncié a Conaf, me pagaron los años de servicio, todo bien, pero después se me hizo difícil. Había un ingeniero que fue mi jefe, me dio otra oportunidad para ingresar; estábamos esperando una contrata de sistema, no salió nada, así que se me dio esta oportunidad en el sur con el Ministerio de Educación.

Siempre me acuerdo de la señora María Teresa Carrera, que era la Seremi de Educación de ese tiempo, cuando me dice: “Señor Tropea, queremos enviarlo allá”. Primero me estaban ofreciendo Puerto Ibáñez, pero después que me vio tan entusiasmado me ofreció Tortel. Claro, en ese tiempo era bonito, pero no para vivir.

En Tortel llovía todos los días, 3.500, 3.600 milímetros anuales. Miento: 3.600, 4.000 milímetros anuales dicen las estadísticas que

llovía acá en Tortel. En ese tiempo en que llovía mucho, yo dije: ¿Qué pasa, por qué llueve tanto? Y me voy metiendo en los libros. Claro, recién me di cuenta que todos los días estaba lloviendo, entonces, me acuerdo, escribí una carta a la Sarita [su esposa] en 1980 y le dije: “Sarita, vamos a estar acá solamente unos dos años, vamos a juntar un poco de plata y nos vamos”. Así es que llevo 24 años, pero el asunto ahí es que quedan esos recuerdos. Después, cuando vinieron los cabros fue diferente, estaba como familia. Tengo cuatro cabros. La Sarita siempre trabajó con el asunto del voluntariado, el asunto del jardín. Y así nos quedamos. Solo habría sido difícil.

El asunto de la fruta por ejemplo: era difícil conseguir. Del año 1982 en adelante, cuando el Banco del Estado comienza a venir acá a Tortel, en ese tiempo éramos amigos con el inspector del banco, que traía mallas de naranja y cajas de manzanas, imagínate, a los precios de Coihaique. En ese tiempo, el kilo de manzanas acá costaba, por decirte, mil pesos. En ese tiempo era más. En Coihaique, por ejemplo, estaba a quinientos pesos, ese era el costo real. Para obtener fruta, para conseguir fruta, era muy difícil. Me acuerdo de una ocasión en que fuimos a Lago Vargas a comprar manzanas con Sarita y me dice llorando: “Viejo, te acuerdas cuando esto se lo dábamos a los chanchos y ahora tenemos que comerlo”. Una manzanita así bien chica. Claro, allá tenía las manzanas “cabeza de niño”, eso es lo que comíamos en Temuco y acá esas manzanitas que se dan en el campo... Pero afortunadamente ahora con el asunto del camino está llegando fruta buena.

A mi hermano Bernardo lo traje yo acá. Llegó en el año 1982 y se fue el año 1992. Ahora está en Santiago, él siempre trabajó en empresas, llevaba la contabilidad de las empresas. Acá también trabajó en finanzas, después fue secretario municipal y de secretario lo invitaron para la alcaldía y le ofrecieron la alcaldía⁶².



Cuando cabro chico yo trabajé con bueyes, arado o roturando tierra, haciendo siembra, me acuerdo. Con el tío normalmente trabajábamos dos, tres yuntas de bueyes; teníamos animales y eran animales suficientes. Imagínate, 130 vacunos, dos, tres yuntas de bueyes: teníamos hartos. Y en el campo se comía lo que uno quería y de repente es tan delicado. Mi primo –siempre he sido un admirador de él– decía: “Mira, me quiero comer ese pollo y tenés que carnearlo”.

62 Bernardo Tropa Llamín, alcalde de la comuna de Caleta Tortel de 1988 al 2000.

En el caso de nosotros, yo tengo también una historia triste: cuando mi mamá muere yo tenía como doce años, algo terrible que queda como una herida. Por eso también a los chicos muchas veces no les cuento, pero son cosas que quedan. Al final me quedé con mi tío y mi tía, imagínate, nos criaron en una tremenda casona, dos familias. Así es que cuando mi viejo queda viudo se va a Santiago, eso fue el año 1968. Yo me quedé con mi tío y después había que continuar estudios y estudié en Arauco.

Yo estudié en Contulmo. Había una escuela agrícola forestal donde los profesores alegaban ahí. Con ellos tuve el privilegio de estudiar. Así es que la parte buena del campo cuando chico –no digo tan chico, once o trece años– es cuando el hombre de repente agarra la echona para cortar pasto para tener forraje para los animales y trigo también para la cosecha. Hay de todo en el campo, porotos, arvejas, lentejas, poroto manteca, de todo. De esos mi viejo siempre iba a vender en Santiago, como era agricultor. Vende sus productos para poder tener sustento también y aperarse para el invierno. De repente no tenía ni para qué comprar cosas, tenía trigo suficiente, que termina en harina; al molino diez, doce sacos de trigo: así trabajan los viejos, así tenían trigo suficiente para el año. Y después la receta para la siembra, una cantidad de sacos sulfatados.

En el campo es tan lindo para la cosecha cuando cortábamos trigo. Diariamente nos tirábamos una cuadra, como éramos todos charlatanes agarrábamos una esquina tras otra para no estar cerquita, si no, alguien tiraba un chiste. Así es que en un día nos tirábamos la cuadra. Una cuadra son seis tareas; las tareas son de 50 x 60. Así es que nos mandábamos eso. Y me acuerdo siempre –como hoy que es caluroso, al mediodía cuando comienza a picar el sol– que había que trabajar hasta las doce o la una, porque ahí a la una y media ya no podías trabajar, pero pasábamos a la casa a comer un poco y después a la pesca. Hay un canal por ahí, no es tan honda la cuestión, debe tener más o menos un metro y medio. Los pescaditos a la hora del almuerzo duermen todos amontonados. El hecho es que nosotros lo hacíamos más por deporte, pero nunca dejamos pescaditos ahí: todos para comer, eso es lo que siempre comento. Y después a cortar trigo de nuevo. Imagínate desde las cuatro hasta las once...

Santiago Omar Iñiguez Jara

Una identidad en construcción

COMUNA DE CALETA TORTEL

NACIDO EL 15 DE JULIO DE 1968



Presentación

Santiago Iñiguez es, seguramente, la persona más joven de los protagonistas que aparecen en este trabajo. Pertenecer a una generación que alimenta su ser indígena a partir de la captura de trozos de historias escuchadas o “incentivadas” por la vía de la memoria familiar y colectiva como también por otros actores externos –como aquel concejal que los motivó a organizarse–.

Como miembro de la colectividad indígena actual, que en gran medida está en proceso de construir su(s) identidad(es), Santiago refleja en su testimonio todas las fortalezas, pero también todas las contradicciones de lo que significa pertenecer contemporáneamente a una identidad étnica, que por haber sido sistemáticamente violentada y negada no es condición que se transmite alegremente y sin traumas.

Pero es que aquí –y he aquí una de las especiales características de esta zona y, puntualmente, de Caleta Tortel– quíerese o no, el encuentro cara a cara con el origen étnico es cosa cotidiana y recurrente. Hasta se podría llegar a afirmar que en Caleta Tortel es imposible escapar a la condición originaria, múltiples factores colaboran a ello. Por ejemplo, la poca densidad demográfica; la condición de enclave geográfico que hasta ahora detenta Tortel; la condición “histórica” de la mayoría de sus habitantes, es decir, el hecho de que la mayoría de las familias actuales estuvieran presentes aquí incluso desde antes de que existiera el pueblo; y la peculiar trayectoria de este lugar como espacio de contacto y relaciones interétnicas entre individuos de diferentes culturas, ya sean estas indígenas, mestizas, europeas, etcétera.

Puede que el transcurso del proceso del cual es protagonista Santiago –proceso que en esta hora sería casi un fenómeno transversal en diferentes partes de Chile– fluya y se encauce por caminos contrapuestos. Puede que se consolide su rol como dirigente y/o activista o puede que, incluyendo soluciones intermedias, su ser se encamine por otros rumbos identitarios.

Mi nombre es Santiago Omar Iñiguez Jara, tengo 37 años, nací acá en Tortel el año 1978. Mi finao papá se llamaba Facundo Iñiguez Menco y mi mamá se llamaba Ema del Carmen Romero⁶³.

No nací en un hospital, nací en el campo. El parto de mi mamá lo atendió mi abuela. Nosotros con mis hermanos somos nacidos y criados acá. El lugar donde yo nací queda en el sector de Río Bravo; uno puede llegar en bote a motor y se demora dos horas más o menos.

Somos cinco hermanos: cuatro hombres y una mujer. La mayor es la hermana mujer, el segundo viene siendo un hermano hombre, que es sordo mudo, después venimos dos hombres que somos gemelos y un último hermano, el menor, que se encuentra en el campo. Todos nacimos en el campo y cuando nacimos, nos atendió mi abuelita materna junto a una señora conocida de mi abuela, la Señora María Gangas, ella nos recibió en el parto.

Lo que yo sé de mis papás es que el abuelo por parte de padre venía de Argentina. Mi papá llegó a Cochrane cuando él tenía entre 10 a 15 años de edad más o menos. Mi abuelo paterno se crio ni en Argentina ni en Chile, más o menos en el límite, por la cordillera en realidad. Eso es lo que yo sé de mi abuelo por parte de mi papá y bueno ahí conoció a mi mamá mi finao papá, ya que, justamente, había llegado también la familia de mi mamá, que venía de otro lugar también. Tenían una diferencia de alrededor de veinte años, mi mamá era menor que mi papá, había una diferencia enorme.

63 Al igual que en otros testimonios de protagonistas de este trabajo, los padres de Santiago Iñiguez aparecen mencionados en el citado censo levantado por orden del Ministerio de Fomento de la época y ejecutado por el ingeniero Carlos Oportus Mena en 1928. Recordemos que dicho censo se llevó a cabo con la finalidad explícita de: “poner en subasta pública el arrendamiento de los terrenos ubicados en la región del río Baker...” (1928:5). Como siempre sucede con los procesos históricos, creemos que tal censo encerraba otra finalidad implícita: hacerse parte el Estado de un problema social que se estaba generando en la zona, esto es, los conflictos declarados entre la sociedad Hobbs y CIA –arrendataria de gran parte de esas tierras– y una serie de pobladores –varios de ellos indígenas y varios además provenientes desde Argentina– que por iniciativa personal se habían asentado en tierras que pese a ser fiscales la compañía consideraba suyas (ver Ivanoff, D. (2005:148), también Ibáñez, 1972-73). Los padres de Santiago Iñiguez y los demás protagonistas estaban en esa categoría y aparecen mencionados en el censo. Don Facundo, de 10 años a la fecha, es el número 124 de la nómina de pobladores y ocupaba con su familia la ribera del río Cochrane. Por su edad, doña Ema aún no había nacido en la fecha del censo, pero sus padres y hermanos aparecen como pobladores de la confluencia de los ríos Baker y el Colonia (números 139 al 144). Ver ob. cit. (1928: 50, 52).

«Yo siempre he dicho que los primeros que llegaron aquí a Tortel fueron indígenas, quienes enseñaron a los que vinieron después y debido a eso empezaron a trabajar la tierra».

La familia de mi mamá llegó de Chiloé, de Castro específicamente. Eso queda en otra región yo creo. Se vinieron buscando trabajo y nuevos horizontes. Ellos se conocieron en Cochrane, que en ese tiempo tenía otro nombre, pero no lo recuerdo. Después a ellos les nació la idea de venirse para Tortel, porque ya se nombraba este lugar. En ese entonces ya se sabía que estaba llegando gente para colonizar con la idea de armarse de algún campo, de algún terreno. De ahí se quedaron aquí.

Nosotros quedamos huérfanos a temprana edad, muy chicos. Yo tenía siete años cuando falleció mi papá. Mi mamá falleció cuando mi hermano menor tenía seis meses. Nosotros fuimos criados por la abuela por parte de mi madre, ya que los abuelos de parte de padre estaban fallecidos. Mi mamá falleció en el campo por un ataque cardíaco. De la noche a la mañana falleció y mi papá tenía una enfermedad que lo atacó al pulmón. En esos años era muy difícil salir de acá porque no había caminos como ahora y se podía salir en avión una vez al mes solamente, y dependía del tiempo, si estaba bueno o malo. Él se fue Punta Arenas en un buque, pero no alcanzó a llegar a Punta Arenas. Faltaban dos horas para llegar cuando falleció. Mi padre era hermano de doña Ángela Iñiguez Menco, no sé si era mayor o menor que ella⁶⁴.

No tengo muchos recuerdos de mi infancia, pero sé que cuando formaron familia con mi mamá y se vinieron para acá a Tortel, comenzaron a vivir de la madera. A veces también de la ganadería y salían a Cochrane a vender sus animales lanares. Años atrás Funda [una ONG] compraba los animales a los ganaderos.

Mi papá tenía campo, fue el lugar donde nacimos. Sin embargo, al fallecer mi padre, nosotros los hijos nos fuimos a vivir con la abuela, entonces ese campo perdió todo lo que es la validez y el adelanto que se había hecho y como nosotros éramos chicos y no tuvimos el apoyo de la familia, no se pudo tratar de salvar ese pedazo de terreno que tenía mi papá. Ahora último empezaron hacer las solicitudes para legalizar los campos y como nosotros no pudimos hacer nada,

64 Ver el testimonio de doña Ángela Iñiguez en este trabajo en p. 116.

perdimos todo eso. La casa que había se quemó y no sé qué pasó exactamente después.

Antes aquí se sembraba mucho la tierra. En el campo se sembraba mucho la papa, arvejas, verduras, así de eso nos alimentábamos. Era para el consumo y para la venta aquí en Tortel, ya que había población en ese entonces.

Mi infancia la recuerdo haciendo un montón de cosas. El cuidado del ganado, la madera, las siembras. En el campo trabajamos con pala y gualato⁶⁵ para cultivar la tierra. En cien metros cuadrados efectuábamos un reparto de distintas siembras, las chacras no eran muy grandes. En esta zona el clima es muy húmedo, de hecho, en estos últimos años, las hortalizas se pudrían con el agua. Antes no se usaba fertilizantes. Por ejemplo, el abono lo sacábamos de los animales, el abono del gallinero lo mezclábamos con la tierra y lo dejábamos un tiempo, porque eso se prepara con tiempo, más o menos un mes antes de empezar a sembrar para que se vuelva abono. Después se usaba cuando estaba listo; se revolvía con la tierra. La harina se compraba y la fruta; en algunos casos, la gente tenía sus árboles frutales.

Yo debo haber tenido unos siete años cuando me trajo mi abuelita aquí para ingresar a la escuela, mi padre había muerto hace poco. Ella me trajo a la escuela, a la enseñanza básica, y la cursé en Tortel, y la enseñanza media, en Cochrane. Cursé hasta tercero de enseñanza media. Todos mis hermanos estudiaron, pero ninguno terminó la enseñanza media.

También todos vivimos en Tortel. Uno de ellos se encuentra en el campo, se dedica a producir madera y a administrar el campo, los animales, y trabaja con mi hermano que es mudito. El otro trabaja acá en Tortel, tiene familia e hijos estudiando; y mi hermana, Elvia Beatriz Iñiguez Jara, también trabaja y tiene familia. Yo volví para acá, estuve doce años fuera. Seis años atrás estuve en Coihaique y seis en Puerto Aisén. Después regrese a Tortel y me gusta y me quedé aquí. Actualmente estoy trabajando en la escuela de Tortel, estoy con trabajo y vivo con mi hijo. Mi señora se llama Rosa Bernarda Vargas Muñoz. Mi hijo está en quinto básico y se siente contento porque es indio, se siente orgulloso. Está conforme. Yo para mi hijo tengo muchos sueños: que termine sus estudios, pero también veo que él

⁶⁵ Ver la descripción de este artefacto de origen chilote en el testimonio de los hermanos Quinto Arratia de Los Ñadis.

tiene sus aspiraciones, yo le he preguntado y él me dice que quiere ser una cosa u otra. Cuando sea más grande, debe ser más seguro.



Nosotros fuimos incentivados hace dos años atrás por un concejal para formar una Asociación Indígena. Recuerdo que en una reunión nos informó un funcionario de la Conadi⁶⁶, nos orientó con toda la información que requeríamos. Se levantó un acta de constitución para luego conformar la Asociación Indígena Menco, para posteriormente solicitar nuestra acreditación como indígenas. De hecho, nosotros cuando comenzamos a revisar los apellidos, cuando ya supimos que habían indígenas por apellido, nosotros desconocíamos eso. En el caso de nosotros sí éramos indígenas, por mis padres y nuestros abuelos. Aunque yo creo que a lo mejor lo sabía de antes, pero no lo tenía muy claro. A nosotros cuando éramos chicos nos decían los vecinos que nuestros antepasados eran indígenas. En realidad nos decían que éramos indios, pero nunca pensamos que había una ley por detrás, que había cosas tan importantes, que éramos reconocidos como indígenas.

Yo valoro mucho que exista la organización. También aquí en la región hay muchas cosas que se pueden hacer. Algunas cosas naturales, por ejemplo, utilizar el cuero de un animal, la lana, y en el campo hay muchas hierbas medicinales y todas esas cosas uno puede aprender. Como poder sacar algo bueno y también vender. Los yuyos son buenos para las enfermedades. El habla, el idioma, no se conoce acá; yo lo he escuchado, me gusta, pero uno no entiende nada. Sería bonito escuchar y entender lo que está diciendo.

Actualmente existen indígenas en Tortel. Nosotros somos como la tercera o cuarta parte. Aquí existe una abuelita, mi tía Ángela Iñiguez Menco, pero antes había más. Yo creo que aquí hay mezcla más de indígenas, pero que son de distintas procedencias. Por ejemplo, el caso mío, yo creo que soy indígena por los dos lados, por parte de mi mamá y papá. No tengo muy claro el nombre, pueden ser los tewelche y mapuche, pero no lo sé. Por el lado de mi abuelo era de otro pueblo, ¿tewelche? Mi mamá, de hecho, venía de otra zona, venía de otra región de Chile que queda en el norte.

⁶⁶ Corporación Nacional de Desarrollo Indígena, la institución estatal que actualmente se encarga de administrar las políticas públicas referidas a los diversos pueblos originarios que habitan el actual territorio chileno.

«El abuelo de mi papá se juntó con una tewelche en unos de esos campamentos en que andaban. La historia de mi abuelo es que a él le gustaba andar en los cerros y no es que andaban arrancando. Él ayudaba a los tewelche a cazar y cuestiones por el estilo».

Yo creo que la familia de mi papá, y por la ubicación, uno sabe dónde existieron lo tewelche. Acá en Chile se piensa que no existen descendientes tewelche, así se piensa. Pero el abuelo de mi papá... Cuando mi papá era chico, nos conversaba que estaban en la cordillera y se juntaban con los tewelche y por ahí quizás... De hecho mi abuelo de mi papá se juntó con una tewelche en unos de esos campamentos en que andaban. La historia de mi abuelo es que a él le gustaba andar en los cerros y no es que andaban arrancando. Él ayudaba a los tewelche a cazar y cuestiones por el estilo.

Para mí el futuro lo veo en la gente que se reconoce y quiere apoyar la recuperación de las costumbres, sería bonito. Yo veo que aquí lo que queda no es mucho. El trabajo con la lana, el trabajo en telar, todo eso se ha ido olvidando, hacían cosas muy bonitas. Entonces yo pienso que está la oportunidad para reiniciar eso, ese tipo de trabajo, porque ahora hay más posibilidad para poner en el mercado o negociarlo. Y así muchas cosas que se han perdido porque no tenemos conocimiento de eso. Yo pienso que a través de la Asociación [Indígena] se puede ir tomando un rumbo más ordenado y poder presentar algunos proyectos que son necesarios para la comunidad, es decir de nuestra Asociación.

Me gustaría que no se pierda la fe de los hermanos indígenas de allá del norte. Que traten de luchar no más y traten de cooperar a una persona que está adelante de una asamblea o una directiva que los representa a ellos y que no se pierdan esas cosas antiguas que se hacían antes.

Yo siempre he dicho que los primeros que llegaron aquí a Tortel fueron indígenas, quienes enseñaron a los que vinieron después y debido a eso empezaron a trabajar la tierra. Ellos sabían que la tierra no tenía fertilizantes, pero que podían hacerlo de otra manera. Por ejemplo, el abono de los animales. Y así siguieron hasta ahora. También se pescaba y se hacía solamente para el consumo, nunca se

consideraba para la venta, porque no se podía por lo lejos. Por ser una zona aislada no teníamos cómo hacerlo.

Me gustaría aprovechar de enviarles un mensaje a los hermanos, a todos los que se identifican como indígenas que sientan el apoyo y la confianza en nosotros. Que seamos uno solo. Tratemos de cooperar y unir fuerzaz. Las historias que han tenido ojalá compartirlas para tener más conocimiento de nuestros antepasados.

Referencias bibliográficas

ACTAS Seminario Aysén Descubre sus Raíces, I. Municipalidad de Cochrane s/f.

AUGUSTA, Fray Félix José (1966) (1991, 2ª edición facsimilar). *Diccionario Araucano, Mapuche – Español; Español – Mapuche*, Editorial Kushe Temuco.

BATE, Luís Felipe (1978). “Pasado Prehistórico de Aisén”, en *Revista Trapananda*, año 1, N° 1, enero – junio de 1978, Oficina regional de Vialidad, Coyhaique. Págs. 7-13.

CÁRDENAS, Renato; Dante MONTIEL VERA; Catherine HALL (1991). *Los Chono y los Veliche de Chiloé*, Ediciones Olimpho, Santiago.

CURAQUEO LONCON, María Teresa (2002). “Nací para ser Tejedora”, en *Voces Mapuches*, Ediciones del Museo de Arte Precolombino, Santiago, Págs. 60-80.

ENCINA, Francisco Antonio (1949). *Historia de Chile desde la Prehistoria hasta 189*, tomo I, 3ª edición, Editorial Nascimento, Santiago de Chile.

EMPERAIRE, Joseph (1963). *Los Nómades del Mar*, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago.

GALINDO OYARZO, Leonel (2001). *Aisén, Voces y Costumbres*, Impresos Esparza y Cía, Santiago.

GÓMEZ, Rosa & Joaquín CHEUQUEMAN (2004). *De Pueblo Nuevo a Cochrane. Historia y Tradiciones*, (Fondart 2003), Lom Ediciones, Santiago.

GONZÁLEZ KAPPES, Mario (1985). “Cronistas y Viajeros en Aisén”, en revista *Tierradentro*, N° 4, Area de Cultura, Secreduc, Coyhaique. Págs. 6-19.

— (1998). *Aisén en la Patagonia*, autoedición, Coyhaique.

IBÁÑEZ SANTA MARÍA, Adolfo (1972-73). *La incorporación de Aisén a la vida nacional*, Instituto de Historia, Universidad Católica de Chile, Santiago.

IVANOFF WELLMANN, Danka (2003). *Caleta Tortel y su Isla de los Muertos*, Ilustre Municipalidad de Caleta Tortel, Editorial Cruz del Sur de la Trapananda, Coyhaique.

— (2005). *Lucas Bridges – El Señor del Baker*, Talleres Kolping, Padre Las Casas (Fondart 2004).

ILUSTRE MUNICIPALIDAD DE COCHRANE (2004). *Biografías: reconocimiento a los Pioneros del Baker* (Fondart 2004), Lom Ediciones, Santiago.

LATCHAM, Ricardo E. (1928). *La Prehistoria Chilena*, Imprenta Universo, Santiago.

MANCILLA, Lucio V. (1948). *Una excursión a los Indios Ranqueles*, Editorial TOR S.R, Buenos Aires.

MANSILLA CONTRERAS, José (1998). *Identidades en Aisén, Cuadernos de Historia y Cultura de Aisén*, N° 3 y 4. Universidad de los Lagos, Coyhaique.

— (2003). “Chilotes y Chilotas en la Patagonia”, en *Actas Seminario Un encuentro con nuestra Historia*, Serie *Anales del Centenario*, año 1, N° 1, págs. 57-64, I. Sociedad de Historia y Geografía de Aisén. Municipalidad de Coyhaique.

MARTINIC, Mateo (1977). “Ocupación y Colonización de la región septentrional del antiguo territorio de Magallanes, entre los paralelos 47 y 49”, *Anales del Instituto de la Patagonia*, vol. VIII, Punta Arenas.

MENA, Francisco (1982). “Los hombres del alba”, en *Revista Tierradentro*, N° 1, Secreduc, Coyhaique. Págs. 7-11.

— (1995). *Los Aonikenk. Historia y Cultura*, Ediciones Universidad de Magallanes, Punta Arenas.

MILLALDEO AVILÉS, Claudia (2001). *La llegada de nuestros antepasados. Una experiencia del doblamiento mapuche – huilliche en Aisén*, Fondart, Coyhaique.

— (2002). “Los que vinieron del Mapu” en *Revista Tierra Adentro*, Departamento de Cultura, Seremi de Educación, Coyhaique. Págs. 23-28.

— (2003). “Presencia indígena en Aisén”, en *Actas Seminario Un encuentro con nuestra Historia*, Serie *anales del Centenario*, año 1, N° 1, Sociedad de Historia y Geografía de Aisén. Municipalidad de Coyhaique. Págs. 84-102.

MILLAR SOTO, Sergio (2003). “El poblamiento de Aisén frente a la política estatal de colonización nacional”, en *Actas Seminario Un encuentro con nuestra Historia*, Serie *Anales del Centenario*, año 1, N° 1, Sociedad de Historia y Geografía de Aisén. Municipalidad de Coyhaique. Págs. 65-72.

MORALEDA, José de (1888). *Esploraciones Jeográficas e Hidrográficas*, Imprenta Nacional, Santiago.

MUSTERS, George, Ch. (1964). *Vida entre los Patagones*, Ediciones Solar, Buenos Aires.

ORTEGA PARADA, Hernán; Annabella BRÜNING LALUT (2004). *Aisén. Panorama Histórico y Cultural de la XI Región*, Lom Ediciones, Santiago (Fondart XI Región, 2004).

OPORTUS MENA, Carlos (1928). *Informe Sobre el Problema de la Colonización de la Zona del Río Baker*, Ministerio de Fomento, Departamento de Tierras y Colonización, Folleto N° 3.

POMAR, José M. (2002). *La concesión del Aisén y el valle Simpson (Notas y recuerdos de un viaje de inspección en mayo y junio de 1920)*. Copia facsimilar del original con un anexo de Leonel Galindo, Consejo del Libro y la Lectura 2002.

RAMÍREZ SÁNCHEZ, Carlos (1995). *Onomástica Indígena de Chile: Toponimia de Osorno, Llanquihue y Chiloé*, Universidad Austral de Chile, Valdivia.

SALAS, Adalberto (1992). *El Mapuche o Araucano*, Ed. Mapfre, Madrid.

STEFFEN, Hans (1910). *Viajes de exploración i estudio en la Patagonia Occidental 1892 -1902, Anexo a los Anales de la Universidad de Chile*, Imprenta Cervantes, Santiago, 2 tomos.

VV.AA. (1998). *Cuadernos de Historia y Cultura de Aisén*, año 2, N° 3 y 4, primer y segundo semestre de 1998. Universidad de Los Lagos, Campus Coyhaique.

Planes de Revitalización Cultural Indígena y Afrodescendiente

